

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Campo: Literatura

Literatura y Exilio: el caso argentino. La narrativa de Mempo Giardinelli
y Tununa Mercado.

Tesis

Que para obtener el título de:

Maestra en Estudios Latinoamericanos

Presenta:

Andrea Candia Gajá

Asesora:

Dra. Sandra Lorenzano Schifrin

México, D.F.

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Es asombroso pensar en lo rápido que pasa el tiempo, y más sorprendente resulta darse cuenta de cómo un proyecto con los pies y cabeza mezclados en una telaraña de ideas fue tomando forma poco a poco hasta convertirse en las páginas que componen este trabajo. Lecturas, reflexiones, aprendizajes y experiencias me han acompañado desde el momento en el que decidí sumergirme en la aventura de hacer una Maestría en Estudios Latinoamericanos. Y es que no ha sido sólo un proceso para obtener un grado académico, sino una etapa que ha traído consigo elementos que me componen como la persona que soy el día de hoy.

Hay mucho que agradecer y muchos a quienes agradecer.

A mi mamá, porque es el apoyo incondicional para seguir adelante y la certeza de que a pesar de lo duro que sea el trayecto, todo vale la pena y la recompensa será satisfactoria.

A mi papá, por lanzar a mi vida las piezas clave de un rompecabezas de historias de lucha y justicia fascinantes y por depositar en mí la curiosidad para armar ese rompecabezas y descubrir esas historias.

A mi hermana, por acompañarme a un viaje en el que comprendimos juntas el significado de la otra mitad de nuestra sangre.

A la familia de aquí y a la familia de allá; cuando la de allá ha sido la de aquí y la de aquí ha sido la de allá. Porque no importa dónde estemos, ni los kilómetros que nos distancien, siempre somos familia.

A los amigos de todas las latitudes que conocí en este proceso de escritura y autodescubrimiento y que hoy se han convertido en personas imprescindibles de mi historia de vida.

A los amigos que siempre han estado ahí y que con su fe en mí hacen que la confianza siempre le gane la batalla a la duda.

A Tununa Mercado, por transportarme, en el centro de la ciudad de Buenos Aires, a un rinconcito de México y hacerme sentir, entre pan casero y café, como en casa.

A Mempo Giardinelli, por compartir su tiempo a través de historias, relatos y memorias.

A Jorge Boccanera, que entre música y anécdotas plasmó sus recuerdos del viaje que representó su exilio.

A mi tutora la Dra. Sandra Lorenzano Schifrin, por sus aportes, recomendaciones y guía en el desarrollo de la tesis.

A todas las personas y maestros que con sus consejos, su opinión y crítica enriquecieron esta investigación.

A quienes han invertido parte de su tiempo en leer estas hojas y a quienes han creído y apoyado siempre mi proyecto.

A la UNAM, por la oportunidad de conocer el corazón de América Latina.

Y en especial a quienes inspiran este trabajo. Todas aquellas personas que, a pesar de haber sido perseguidos, transgredidos y expulsados de su territorio, se mantienen siempre fieles a los principios de justicia e igualdad.

Gracias.

"Demasiada gente y de la mejor que teníamos se perdió en esa lucha como para que pueda pasar indiferente por esta historia: está excluido el torpe desdén, pero también la exaltación romántica del héroe (salvo para los adolescentes, sea cual fuere su edad física) y por momentos, cuando uno se abandona emocionalmente a esta evocación, puede sentirse que el solo hecho de seguir viviendo es indecente"

Ángel Rama en el prólogo a *Los Pasos Previos* de Francisco Urondo.

Índice

Introducción.....	1
--------------------------	----------

Capítulo I. La Dictadura (1976-1983)

1.1. Muere Perón; nace una dictadura.....	7
1.2. Guerra Sucia.....	8
1.3. Cultura vs. Represión.....	11
1.4. El desplome del “Proceso”.....	13

Capítulo II. Cuando la partida se convierte en exilio

2.1. El inevitable hecho del exilio.....	17
2.2. El exilio en México.....	26

Capítulo III. Las letras del exilio

3.1. De la dictadura a las letras; de las letras al exilio.....	39
3.2. La literatura.....	41
3.3. Letras en la dictadura.....	44
3.4. El intelectual, el escritor y el intelectual comprometido.....	46
3.5. De intelectual a exiliado.....	51
3.6. El Exiliado.....	54

3.7. Escribir en el exilio.....	61
3.8. Literatura y Memoria.....	64

Capítulo IV. Mempo Giardinelli y Tununa Mercado. Su exilio en letras

4.1. El Cuento y el Relato.....	72
4.2. Mempo Giardinelli. Ironía y precisión.....	75
4.2.1. Kilómetro 11.....	76
4.2.2. El Castigo de Dios.....	81
4.2.3. Viejo Héctor.....	85
4.3. Tununa Mercado. Melancolía y futuro.....	88
4.3.1. El Frío que no Llega.....	91
4.3.2. Embajada.....	97
4.3.3. Casas.....	103

Conclusión.....	107
------------------------	------------

Bibliografía.....	112
--------------------------	------------

Literatura y Exilio: el caso argentino. La narrativa de Mempo Giardinelli y Tununa Mercado.

“La verdadera alegría no es la victoria sino la lucha en sí.”

Oswaldo Bayer

Introducción

La literatura recrea realidades, experiencias y memorias de sujetos particulares que nacen de recuerdos sociales y colectivos. Como afirma Juan José Saer, “la literatura, cuyo terreno no es la realidad sino lo imaginario –la realidad de lo imaginario-, busca en el mundo de la imaginación las regiones que están entre la fantasía cruda, mecánica, y las que desaparecen más allá de las últimas terrazas visibles.” (Saer: 2004: 187). Este estudio, que procura tomar a la literatura como herramienta para entender los procesos culturales, se sitúa en la década de los setenta e inicios de los ochenta, época que representó para América Latina un difícil y costoso proceso de lucha contra los regímenes dictatoriales que produjeron un ambiente de represión y censura, no sólo en el ámbito político sino también en la vida social y cultural de muchas naciones del continente. La Revolución Cubana, los movimientos juveniles de 1968, la descolonización africana y la guerra de Vietnam, abrieron las puertas al ingenio de las plumas de escritores y periodistas que alzaron la voz para enaltecer las causas populares y abogar por la paz y la justicia social. La juventud plasmaba sus sueños e ideales en figuras emblemáticas de fuerte sustento ideológico como el “Che” Guevara, Camilo Torres y otros jefes revolucionarios de la época. La producción en el terreno del arte y la cultura a floraba engrandeciendo a pintores, cineastas, poetas, músicos y novelistas. En medio del *boom* literario que se vivía en la mayoría de los países de la región, Argentina fue una de las naciones que vio sometida su vida social a estrictas normas de control dictatorial.

En junio y septiembre de 1973 en Uruguay y Chile, amplios segmentos de sus capas medias integrados por estudiantes, intelectuales, militantes políticos,

luchadores sociales y artistas, se enfrentan a los golpes de Estado que derrocarían a los gobiernos constitucionales. El caso de Uruguay presenta la particularidad de que es el propio presidente Juan María Bordaberry, quien irónicamente provoca un “auto-golpe” para establecer una dictadura con el fin de perpetuarse en el poder. En 1976 Bordaberry es sustituido mediante un pronunciamiento militar y las Fuerzas Armadas lo reemplazan por el entonces presidente del Consejo de Estado, Alberto Demicheli. Este gobierno de facto se extendió hasta febrero de 1985, periodo durante el cual se prohibió el funcionamiento de partidos políticos y sindicatos y se promovió la persecución y asesinato de opositores al régimen para finalmente, restituir el orden constitucional con la elección democrática del presidente Julio María Sanguinetti.

El caso de Chile, conocido como uno de los sistemas de represión más largos de América Latina, comprende de septiembre de 1973 a inicios de 1990. El general Augusto Pinochet, Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, derroca al presidente Salvador Allende e instaura un sistema dictatorial que duraría casi diecisiete años y que provocó el exilio y persecución de importantes pensadores e intelectuales chilenos, muchos de los cuales no volvieron a su país a pesar del triunfo de la democracia con la elección del presidente demócrata cristiano Patricio Aylwin, durante las primeras elecciones posteriores a la dictadura en 1990.

Con tres años de diferencia con respecto a sus países vecinos, la dictadura argentina se instaura en marzo de 1976 cuando la junta militar destituye del poder a Isabel Martínez de Perón y coloca al general Jorge Rafael Videla como presidente de la nación. Las medidas tomadas por el nuevo régimen eran previsibles conociendo los antecedentes de los países colindantes. La represión, persecución y desaparición de intelectuales, estudiantes y activistas políticos y sociales no se hizo esperar; hecho que derivó, en muchos casos, en el exilio de reconocidos escritores que se vieron en la necesidad de abandonar su país para residir en aquel que los recibiera hasta que les fuera posible volver a la Argentina. El orden constitucional se reinstaura en 1983 con la victoria de Raúl Alfonsín en las elecciones del 30 de octubre de ese año, abriendo de nuevo las puertas a los miles de exiliados que habían abandonado el país.

Conocer las notas dominantes del panorama institucional y político que vivía Argentina y los países vecinos durante la década de los setenta, nos permite abordar los aspectos más relevantes dentro del campo de estudio de esta investigación. Al respecto, Claudia Gilman señala que “el notable interés por estudiar la literatura latinoamericana del sesenta y setenta subraya la importancia de esa literatura, su institucionalización y emergencia como literatura continental y su consagración a nivel mundial. Fue precisamente en ese período cuando esa literatura alcanzó su pico máximo de visibilidad y contribuyó a rearmar una nueva tradición literaria latinoamericana.” (Gilman: 2003: 19). Este periodo, de control absoluto sobre los derechos básicos de la sociedad, marcó la mutilación ideológica de destacados intelectuales de la época como Haroldo Conti, Francisco Urondo y Rodolfo Walsh quienes mostraron su firme repudio hacia la ilegítima forma de gobierno que dominaba al país sudamericano. Aunque no se truncó el pensamiento de éstos y muchos otros escritores e intelectuales cuya producción llegó de manera clandestina a sus lectores, sí se limitó de forma determinante la posibilidad de escribir con libertad lo que sus ideas y reflexiones les dictaban. El secuestro y asesinato de estos dos escritores constituye un verdadero paradigma y marca la situación límite que vivieron muchos intelectuales y pensadores de esa época, que tuvieron que construir una historia lejos de su país.

Bajo estas circunstancias el exilio fue visto como una manera o, en muchos casos, como la única posibilidad de sobrellevar a la dictadura militar y de escapar de la muerte, la tortura, la cárcel o la desaparición. La decisión de abandonar el país de un día para otro representó para muchos un alejamiento y separación de familiares, amigos, costumbres y tradiciones que pasaron a formar parte de una agenda de interminables temas a tratar desde el país que los recibió. Las distintas maneras de partir hacia el exilio, o bien los motivos que originaron el mismo, derivaron en múltiples formas de exilios “desenvueltos sobre una diversidad de motivos y de prácticas políticas y sociales, desplegadas en cada una de las naciones donde encontraron refugio los expatriados.” (Yankelevich: 2004: 12). Radicados alrededor de todo el mundo, miles de argentinos se enfrentaron al reto de establecer un destino sin tiempo ni espacio precisos que para algunos se

convirtió, poco a poco, en el lugar que habitan hoy en día. De este hecho se desprendieron y siguen derivándose experiencias y reflexiones formadas por matices que dejan ver la diversidad de motivos que los llevaron a un exilio provocado por las formas de terror que fueron instrumentadas por el aparato represivo de la dictadura.

Uno de los países que recibió a un importante número de exiliados fue, sin duda, México. Una franja importante del exilio argentino en México estuvo formado por significativos grupos de individuos dedicados al periodismo, la literatura, el cine y la música, lo que a la mayoría se le presentó como una ventaja para poder relacionarse, en poco tiempo, con el mundo académico y artístico en donde encontraron espacios abiertos a la libre expresión y divulgación sobre los hechos que acontecían en la Argentina de la dictadura. Entre el grupo de intelectuales que llegaron a México se encontraban Tununa Mercado y Mempo Giardinelli, ambos escritores hallaron en tierra mexicana un sitio en el cual lograron reflexionar y asimilar el reto de empezar a aprehender el nuevo mundo que el exilio presentaba ante sus ojos.

La experiencia de convertirse en exiliados ocasionó que, durante los años del destierro o el periodo posterior a éste, ambos escritores llevaran a cabo una puntual producción de textos que parten de la construcción y rememoración de esa experiencia a través del recurso de la memoria y derivan en la recreación literaria de la misma. A través del cuento y el relato, los autores logran transportarnos a la inmediatez de los hechos y al escalofrío de la emoción.

La relación del escritor/intelectual comprometido con la sociedad, y la cercanía de sus relatos con la realidad histórica delatan la importancia que la labor de estos productores de cultura desempeñan en la historia de los movimientos sociales y en las expresiones culturales de los mismos. Claudia Gilman, basada en la teoría “La sociedad de la cultura” de Bourdieu, afirma en su libro *Entre la Pluma y el Fusil* que la figura del intelectual es ineludible para vincular política y cultura, dado que implica tanto una posición en relación con la cultura como una posición en relación con el poder. De esta manera, dejamos un primer testimonio de la importancia de la historia y la labor del intelectual ya que constituye el principal sujeto para

reproducir manifestaciones del mundo político, cultural y social. Así, como afirma Beatriz Sarlo, “leer la narrativa de estos años, puede ser... una de las formas posibles de encontrar algunos sentidos en esa masa dolorosa y desordenada de lo vivido en las últimas décadas”. (Sarlo: 1983 citada por Lorenzano: 20). Se entiende, entonces, que la cercanía del escritor con los grupos que conforman a la sociedad, desde las clases dominantes hasta los sectores obreros, lo dota de una capacidad extraordinaria para representar, mediante el lenguaje escrito, las vivencias del momento. Como parte de este fenómeno, el tránsito de escritor y militante en el campo de la cultura al activismo político, es un proceso que en América Latina comenzó a difundirse a partir del boom de los sesenta. “Cada vez más se requería del escritor un mayor nivel de participación política, es decir, cada vez más se le requería que se transformase en un intelectual.” (de Diego: 2003: 27). Esta vinculación con la sociedad le fue otorgando al escritor/intelectual un papel sobresaliente en la dinámica del pensamiento colectivo y le abrió el camino para dar a conocer las impresiones, percepciones y realidades que construyó como sujeto inmerso en ciertos hechos de la vida política y cultural.

Por medio de este trabajo de investigación, se pretende analizar la recreación literaria de la experiencia que el exilio, derivado de la dictadura argentina, produjo en quienes se vieron obligados a abandonar su país a través de la mirada de dos escritores del exilio: Tununa Mercado y Mempo Giardinelli, quienes además de plasmar su memoria en papel, aportaron información muy valiosa mediante las entrevistas que cada uno aceptó dar para la elaboración de este trabajo en la ciudad de Buenos Aires, en el mes de diciembre de 2010. Se comparará el testimonio oral, obtenido a través de las entrevistas, con el testimonio literario adquirido de los textos trabajados. De igual manera, se considerarán los aportes brindados por otras figuras del exilio argentino que amablemente contribuyeron compartiendo su tiempo a través de una entrevista realizada en el mismo periodo y la misma ciudad, como fue el poeta y dramaturgo Jorge Boccanera, así como el apoyo que la documentación bibliográfica ha brindado a este trabajo.

Así mismo, se busca hallar la distancia o proximidad de la construcción de una realidad con su representación en el relato para mostrar cómo se constituyen las

memorias de sujetos particulares de acuerdo a una construcción social y cómo, más tarde, estas memorias se ven representadas en el relato.

Se utilizará al cuento y al relato como unos de los géneros literarios que fungen como medio de expresión para ilustrar, de alguna manera, la vida argentina durante la década de los setenta y la experiencia que tuvieron algunos desterrados durante su exilio en México.

Durante el desarrollo de la tesis, se pretende estudiar y analizar el contenido de algunos textos de los autores argentinos Mempo Giardinelli y Tununa Mercado que muestran de manera clara el proceso socio-político que provocó su exilio y la experiencia sobre la dictadura vista desde el exterior así como sobre el exilio mismo.

La elección de los autores se basó, entre otras cosas, en que ambos vivieron su exilio en México, lo cual otorga al análisis y tratamiento de la tesis una particularidad específica. Las obras trabajadas fueron elegidas por representar determinados momentos históricos asimilados y elaborados literariamente desde el exilio, así como el desarrollo literario de la asimilación del propio exilio tiempo después.

La importancia de esta investigación radica en la relevancia que el discurso del cuento y el relato breve, a menudo devaluados a favor de otros géneros literarios como la novela, son una representación parcial pero incisiva, cultural, social y política de la época revelando la importancia de la vinculación entre literatura e historia.

Si bien, se trata de un tema acerca del cual existen antecedentes relevantes, se pretende trabajar a fondo la relación directa entre literatura y sociedad mediante determinados textos de los autores mencionados (Tununa Mercado y Mempo Giardinelli) en un período específico de la historia de Argentina. Asimismo, se procura aportar suficiente material bibliográfico que sustente el valor del cuento y el relato como géneros literarios en una época parcialmente opacada por el súbito crecimiento del boom novelístico y por el auge del cine testimonial.

Capítulo I

La Dictadura (1976-1983)

*“Pero el pueblo no dejó nunca de alzar la bandera de la liberación,
la clase obrera no dejó nunca de rebelarse contra la injusticia.”*

Rodolfo Walsh

1.1 Muere Perón; nace una dictadura

El ambiente bajo el cual se genera la dictadura se venía construyendo algunos años antes. Además de la oleada de golpes de Estado que azotaban a parte del cono sur, el descontento que había en la población con los constantes cambios de gobierno, provocó que el general Lanusse, presidente en el periodo 1971-73, permitiera el regreso del general Juan Domingo Perón en noviembre de 1972. Pero el general ya no era el mismo hombre que había llegado al poder de Argentina en 1946, por lo que prefirió postular a su delegado Héctor Cámpora, quien triunfa en las elecciones del 11 de marzo de 1973 y emprende algunas medidas económicas que reciben el apoyo popular. A pesar de que Perón había permanecido algún tiempo fuera del poder, regresó como si, una vez más, se estuviera jugando la primera elección. Los historiadores Thomas Skidmore y Peter Smith explican que “el general volvía con más fuerza que nunca. La población casi en su totalidad lo aclamaba y apoyaba en cada una de sus políticas. Ahora Perón tuvo éxito con una táctica política que había fracasado en 1951: consiguió que su esposa Isabel fuera nombrada para la vicepresidencia. Ambos barrieron en las elecciones con un 62 por 100 de los votos.” (Skidmore, Smith: 1995:114).

Después de su regreso al poder el 12 de octubre de 1973 Perón muere, un año más tarde. En julio de 1974 deja el mandato en manos de su tercera esposa Isabel Martínez de Perón, quien tenía de consejero a José López Rega, ministro de Bienestar Social que se caracterizó por sus ideas neo-fascistas y que persuadió a Isabel para que tomara medidas represivas contra la izquierda del propio movimiento peronista. Durante el gobierno de Isabel se alentó el accionar de

grupos para – militares como la Alianza Anticomunista Argentina (la Triple A), cuyo propósito era el de amenazar y asesinar a los representantes de sectores políticos e intelectuales con una explícita adscripción de izquierda. A partir de ese momento, desde el aparato propagandístico del gobierno comienza a difundirse la figura del *subversivo*, a la que más tarde se le atacaría sin límite. “Peronismo y subversión eran ahora asociados en una construcción dual del oponente: la figura de la subversión”. (Canelo: 2008: 39). Argentina caía en una pendiente de violencia que abrió las puertas para la dictadura militar más sangrienta de su historia.

1.2. Guerra Sucia

El derrumbe de las instituciones democráticas tiene una fecha precisa: 24 de marzo de 1976 cuando la junta militar destituye del poder a Isabel Perón y coloca al general Jorge Rafael Videla como presidente de la nación. El mismo 24 de marzo de 1976, los golpistas organizaron un gobierno dictatorial que impuso, como *órgano supremo del Estado* a una Junta de Comandantes de las tres fuerzas armadas (Ejército, bajo el cargo del general Jorge Rafael Videla, Marina siguiendo las órdenes del almirante Emilio Eduardo Massera y Aviación con la tutela del brigadier Orlando Ramón Agosti). El origen tripartito del poder, durante el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, estableció una situación de independencia virtual de cada fuerza que, en más de una ocasión, llevó a que actuaran sin comunicación alguna entre ellas. También se dispuso que el mando directo del país quedara en manos de un presidente con facultades ejecutivas, legislativas y judiciales, designado y supervisado por la junta, el cual quedó en manos del general Videla.

En la crisis político-institucional argentina que alcanza su máxima expresión durante la década de los setenta, confluyen diversos factores que arrastraron a una salida catastrófica del conflicto. El peronismo, la principal fuerza política, fue capaz de debilitar los cimientos de los gobiernos conservadores, pero no logró conciliar a sus propias corrientes internas para gobernar con eficacia el país

cuando en 1973 pudo participar con sus propios candidatos en las elecciones presidenciales que se celebraron ese año, después de 18 años de proscripciones y fraudes. El auge de un vasto proceso de rebeldía obrera contra las dirigencias sindicales corruptas y el creciente activismo político de las clases medias y de las organizaciones guerrilleras, precipitaron los acontecimientos hacia una solución regresiva de las crisis: la instauración de una dictadura que aplicó el terrorismo de Estado contra los sectores sociales contestatarios y promovió la apertura de la economía a las grandes corporaciones y al capital extranjero.

El peronismo se había fracturado, aunque seguía contando con el incondicional apoyo de los grupos sindicales. Así como los grupos de izquierda sumaron fuerzas con diferentes organizaciones guerrilleras como los Montoneros y el ERP, la derecha respondió, después de la muerte de Perón, a través de formaciones paramilitares como la Alianza Anticomunista Argentina, (la Triple A). Al producirse el golpe militar, el régimen inició una brutal campaña contra la oposición. A este periodo se lo conoce con el nombre de *Guerra Sucia*. El economista Adolfo Canitrot, hace una declaración importante al manifestar que “el otro aspecto central para comprender el dilema político argentino es el importante peso sindical del movimiento obrero, incomparablemente mayor que el que alcanzara en otras sociedades de desarrollo capitalista importante, como la brasileña, y la permanencia de su identidad política peronista.” (Canitrot: 1978: 57).

La propuesta de los militares para resolver el conflicto consistía en eliminar de raíz el problema, que en su diagnóstico se encontraba en la sociedad misma y en la naturaleza irresoluta de sus conflictos. “En la configuración de este desquiciado escenario es posible encontrar el origen de dos de los imperativos más importantes que se impuso desde el inicio el régimen militar. Por un lado, obtener el apoyo incondicional de la sociedad, demandándole no sólo sumisión y obediencia, sino además adhesión total, ya que en dicho escenario no había lugar para la neutralidad. Por otro, conservar sellada la unidad institucional requerida por la naturaleza de la tarea emprendida y por la autopostulación de las Fuerzas Armadas como modelo último de recomposición social. En la persecución de

ambos objetivos, la construcción de la amenaza subversiva jugó un papel fundamental". (Canelo: 2008: 44).

El objetivo fue en realidad una operación total de represión, cuidadosamente planeada por la conducción de las tres armas, ensayada primero en Tucumán, y luego ejecutada de modo sistemático en todo el país.

Las órdenes bajaban, por la cadena de mandos, hasta los encargados de la ejecución. Los llamados Grupos de Tareas, integrados principalmente por oficiales jóvenes, con algunos suboficiales, policías y civiles también tenían una organización específica.

Se trató de una acción terrorista, dividida en cuatro momentos principales: el secuestro, la tortura, el confinamiento y la ejecución. Muchas detenciones fueron realizadas en fábricas o lugares de trabajo, en la calle, y algunas en países vecinos con la colaboración de las autoridades locales. "Haciendo reaparecer un pánico ancestral, la dictadura busca 'domesticar' e 'infantilizar' a la sociedad. La instrumentalización del miedo es uno de los principales mecanismos de disciplina social, así como una estrategia de despolitización; es provocado, entre otras cosas, por la imposibilidad de predecir las consecuencias del comportamiento individual ya que la autoridad es ejercida de manera arbitraria y brutal." (Lorenzano: 2001: 61).

En el ámbito económico las transformaciones también fueron significativas. Cabe señalar que debido a la pérdida de su tradicional protección, la industria sufrió la competencia de los artículos importados, que se sumó al encarecimiento del crédito y la reducción del poder adquisitivo de la sociedad.

El producto industrial cayó en los primeros cinco años alrededor de 20%, y también la mano de obra ocupada en este sector. Muchas plantas febriles cerraron y en conjunto la industria nacional experimentó una verdadera involución.

Con respecto a la prensa escrita, radial y televisiva debe destacarse que en medio de la fuerte persecución que se puso en marcha contra las fuerzas políticas y sociales de la oposición, de la tortura que se aplicó a miles de militantes sindicales y estudiantiles y de la desaparición de otros miles de ellos, se establecieron

estrictas normas de censura en los medios que llegaron de manera particular al sector cultural.

1.3.Cultura vs. Represión

Las expresiones sociales de oposición a la dictadura incorporaron a un gran número de intelectuales quienes se sumaron poco a poco a la lucha contra el régimen, hasta convertirse, algunos de ellos, en dirigentes ideológicos y referentes culturales de un movimiento más amplio. La producción cultural que se desarrolló en Argentina comenzó a ser expresión de la realidad que la sociedad estaba viviendo y dio lugar al surgimiento de una significativa producción literaria, buena parte de ella escrita fuera de las fronteras argentinas por intelectuales que habían marchado al exilio, tal y como es el caso de los dos escritores que forman parte del estudio de esta investigación, Tununa Mercado y Mempo Giardinelli. “No existe ningún catálogo, más o menos completo, de libros editados del ’76 al ’83 en Argentina o en el exterior de autores argentinos; no existe un relevamiento, más o menos completo, de los grupos de estudio o de los talleres que funcionaron en aquel período; no existe un repertorio más o menos completo, de las revistas que circularon durante la dictadura. Algunos testimonios y algunos artículos aislados dan cuenta de un mundo más o menos *underground* del que se sabe muy poco.” (De Diego: 2003: 121). El ensañamiento de la dictadura no alcanzó únicamente a las personas, sino que, como afirma José Luis De Diego en su libro, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?*, hubo constantes ataques y hostigamientos a editoriales como *Siglo XXI*, *Centro Editor de América Latina*, *Eudeba*, *De la Flor*, entre otras.

La censura y control sobre los medios de comunicación impuestos por la dictadura, provocaron el repliegue de la sociedad a ámbitos desde los cuales pudieran expresarse y ofrecer resistencia a ésta, como la música, el cine y el teatro. “Los efectos de la acción represiva sobre el campo cultural son bien conocidos: antes incluso de la caída de la dictadura comenzaron a surgir algunos testimonios que daban cuenta, aunque parcial o fragmentariamente, de lo que

estaba ocurriendo; esos testimonios se multiplicarán de un modo irrefrenable a partir de 1983 en libros y en publicaciones periódicas.” (ibíd.: 120). Esta censura se impuso en todos los ámbitos de difusión de ideas, por lo que la escuela y la universidad se convirtieron en sitios donde la libertad de expresión fue severamente limitada. Muchos de los intelectuales que trabajaban en las universidades, formaban parte o simpatizaban con alguna agrupación política de oposición al régimen, por lo que la dictadura los veía como fuertes enemigos. Con respecto a esto, el poeta Jorge Boccanera, recuerda la instrumentación de listas mediante las cuales se señalaba a quienes eran perseguidos por la dictadura. Sobre su experiencia personal señaló lo siguiente: “La producción cultural estaba paralizada casi por completo. A mí me habían dicho que había una lista donde estaba mi nombre. Ignoro por qué trascendían entre la sociedad estas listas de gente... hoy creo que eran para meter miedo.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

A muchos profesores e investigadores se les privó de su trabajo. La literatura, a su vez, cobró fuerza como espacio privilegiado para manifestar una actitud contestataria a través de la cual le permitió al escritor acercarse a distintos sectores de la sociedad. Esta proximidad del intelectual con la sociedad, lo dotó de una capacidad extraordinaria para representar, mediante el lenguaje escrito, las vivencias del momento.

Videla no buscaba únicamente terminar con cualquier muestra del gobierno peronista, sino que pretendía reestructurar a la sociedad argentina mediante profundas medidas de control dictatorial. Skidmore y Smith afirman que “en la persecución de estas ideas, los militares no sólo se embarcaron en una guerra enérgica contra la oposición, sino que también penetraron en la sociedad argentina mucho más profundamente que nunca antes: además de abolir la Confederación General del Trabajo, acabaron con otras instituciones, como organizaciones deportivas o de caridad.” (Skidmore, Smith: 1995: 118).

Luis Alberto Romero, en su libro *Breve historia contemporánea de Argentina*, explica que en 1977, la Comisión Argentina de Derechos Humanos denunció ante la ONU al régimen militar, acusándolo de cometer 2,300 asesinatos políticos, unos 10,000 arrestos por causas políticas y la desaparición de entre 20,000 y 30,000

personas, muchas de las cuales fueron asesinadas y sepultadas en fosas comunes.

A pesar de las múltiples denuncias que se levantaban entre la sociedad, en medio del terror que vivía el país, en 1978 llegaron días de *aparente* calma y distracción con la Copa Mundial de Fútbol; hecho que levantó las plumas de múltiples intelectuales que mostraron su desacuerdo con la manipulación política del evento deportivo.

1.4.El desplome del “Proceso”

La clase obrera, como le venía ocurriendo desde los inicios de la dictadura, se enfrentaba a salarios cada vez más disminuidos, avivando su descontento hacia el régimen. En 1981 Videla transfiere el poder y lo deja en manos del general Roberto Viola, quien a finales de 1981 es desplazado mediante una conspiración ‘palaciega’ por el general Leopoldo Galtieri. En abril de 1982 Galtieri intenta recuperar espacios políticos y fortalecer a la dictadura, con este propósito ordena la ocupación de las islas Malvinas, en poder de Gran Bretaña. Estos archipiélagos eran herencia del antiguo Virreynato del Río de La Plata y pertenecieron a la Argentina hasta 1833 cuando fueron invadidas por marinos de la Gran Bretaña. La decisión de recuperar las islas obedeció a la pretensión del régimen de Galtieri de desviar la atención de la prensa internacional sobre las secuelas del régimen militar y rescatar el apoyo de ciertos sectores sociales que comenzaban a mostrar su inconformidad ante las consecuencias de la política económica de la dictadura y que podrían, eventualmente, identificarse con una acción patriótica asociada a la defensa de la soberanía nacional. Después de la derrota sufrida durante la guerra, el régimen ingresó en un proceso de deterioro y el orden autoritario dio muestra del la ineptitud política que escondía detrás de las armas y la represión. Este operativo, que llevó al ejército argentino al fracaso, precipitó la destitución de Galtieri quien abandonó el poder y lo cedió al general Reynaldo Bignone. Este general, el último presidente del régimen instaurado en 1976, convoca en el año de 1983 a elecciones, en las cuales, el líder de la Unión Cívica Radical (UCR),

Raúl Alfonsín es elegido presidente por una considerable mayoría de votantes. Bajo su mandato, la república volvió a la democracia; se reorganizaron las Fuerzas Armadas y comenzaron a llevarse a cabo juicios contra la antigua Junta Militar.

En diciembre de 1983 Alfonsín abre las puertas a los miles de exiliados que se habían establecido alrededor del mundo. Algunos volvieron para ver a un país que debía comenzar a construirse de nuevo, otros echaron raíces en los lugares que los habían acogido durante los años de represión militar. El retorno de la libertad de expresión permitió el apoyo explícito de algunos medios y fuerzas políticas a grupos como “Madres de Plaza de Mayo”, quienes desde 1977 habían iniciado una interminable búsqueda de hijos y nietos desaparecidos. Las Madres comenzaron a encontrarse y reconocerse cuando acudían a La Plaza de Mayo en espera de que el gobierno las recibiera para darles información sobre sus familiares desaparecidos; hecho que jamás ocurrió. Ante la negativa, este grupo de mujeres empezó a hacerse cada vez más grande y decidieron juntarse los jueves a las 15:30 de la tarde frente a la Casa de Gobierno para exigir la aparición con vida de sus hijos. Al inicio permanecían de pie en medio de la plaza, pero debido a que el país se encontraba en estado de sitio, los oficiales les ordenaron que caminaran de dos en dos ya que estaban prohibidos los grupos de más de dos personas. De esta manera, las Madres colocaron sobre sus cabezas pañuelos blancos hechos con la tela que se usaba para los pañales de los bebés simbolizando a sus hijos y emprendieron una caminata que hoy, 35 años después, siguen realizando cada jueves alrededor de la pirámide de Mayo.

Este grupo de Madres, del que posteriormente se crea “Abuelas de Plaza de Mayo”, no sufrió únicamente la represión sobre sus hijos, sino que, al convertirse en un *referente de derechos humanos* que se manifestaba en contra del régimen, vivieron también la desaparición de varios de sus integrantes. No sólo cayó su fundadora, Azucena Villaflor de Vicenzi, sino 14 personas más en un mismo operativo efectuado por efectivos de la marina argentina en diciembre de 1977 y entre las cuales se encontraban también dos monjas francesas, Leonie Reneé Duquet y Alice Domon.

El objetivo de las Madres ha sido, desde un inicio, recuperar con vida a los detenidos – desaparecidos de la dictadura, reconocer a los responsables de los crímenes de lesa humanidad y someterlos a juicio. Este grupo, ha sido reconocido alrededor de todo el mundo por su constante e incansable labor por la lucha de los derechos humanos y las garantías individuales.

A través de distintos programas de ayuda social, las Madres apoyan la construcción de viviendas en las ‘villas miseria’ y promueven la educación en niños y jóvenes. Actualmente el grupo de Madres de Plaza de Mayo se encuentra dividido en “Madres de Plaza de Mayo” a cargo de la Señora Hebe de Bonafini y “Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora” presidido por la Señora Marta Ocampo de Vázquez. A su vez, se ha creado el grupo “Abuelas de Plaza de Mayo” presidido por la Señora Estela de Carlotto quienes han recuperado ya, hasta el día de hoy en el que se escriben estas páginas- año 2012-, 105 nietos de los 500 que se tienen registrados como secuestrados por la dictadura.

Como se puede apreciar, la llegada de la democracia fortaleció el apoyo a los grupos de derechos humanos y puso en marcha el juicio del personal militar que había participado en los asesinatos, torturas y desapariciones. Argentina se convertía en el primer país que procesaría a su propio ejército por crímenes internos.

A pesar del final de la dictadura, la democracia que volvía a territorio argentino se vio oscurecida por disposiciones legales que detuvieron los procesos de enjuiciamiento a los militares que habían formado parte del régimen. Durante el gobierno democrático de Raúl Alfonsín, se promovió, en principio, el juicio a los máximos representantes de la dictadura, pero se establecieron, más tarde, la *Ley de Punto Final* (1986) y la *Ley de Obediencia Debida* (1987). La primera de ellas, anulaba la acción penal contra los militares que hubieran cometido delitos vinculados al accionar represivo ejercido por el régimen con excepción de aquellos que participaron en el secuestro de bebés. La segunda eximía de cualquier crimen a todos los militares que tuvieran un rango menor al de “Coronel”, ya que de acuerdo a las leyes del ejército ellos únicamente obedecían órdenes de sus superiores.

Posteriormente, entre 1989 y 1990, bajo el mandato del presidente Carlos Menem, se elaboraron una serie de diez decretos conocidos como los *Indultos de Menem*. En ellos se indultaba a civiles y militares que hubieran cometido delitos durante la dictadura, incluyendo a aquellos que habían sido condenados durante el Juicio a las Juntas Militares en 1985.

En el año 2003, durante el gobierno de Néstor Kirchner, el Congreso de la Nación declara como nulas la Ley de Punto Final y de Obediencia Debida, así como también los indultos concedidos posteriormente. De esta manera, se retoman los juicios a los militares, de los cuales en muchos casos ya se ha hecho justicia.

Capítulo II

Cuando la partida se convierte en exilio

“El exilio produce una profunda sensación de desamparo, de vivir a la intemperie.”

Juan Gelman

2.1. El inevitable hecho del exilio

La profundidad de las políticas represivas promovidas por la dictadura dio origen a un inmenso contingente de militantes y activistas (intelectuales, sindicales y políticos) que experimentaron el exilio como su única posibilidad para vivir a salvo del país que los acechaba; su propio país. En condiciones similares y refiriéndose al exilio uruguayo, señala Silvia Dutrénit: “Fue el contexto autoritario y dictatorial el que obligó al destierro. Como toda condición exiliar, estas circunstancias estuvieron indisolublemente unidas al sentimiento de dolor por el desprendimiento de lo propio –de los afectos personales y colectivos-, por la derrota y la incertidumbre de un viaje a lo desconocido.” (Dutrénit: 2008: 11). Además del exilio que se vivió fuera de Argentina, es importante señalar que también existió el fenómeno del *exilio interior* (quienes se quedaron en su país y vivieron alejados de la vida pública), el cual, a pesar de no ser tratado en este trabajo, cuenta con determinadas particularidades que lo hacen igualmente relevante, por lo que no debe dejar de ser mencionado, valorado y estudiado.

Para las víctimas reales o potenciales de la represión, el exilio se percibió como la única posibilidad de resistir a la dictadura militar y de escapar de la muerte, la tortura, la desaparición o la cárcel. La decisión de abandonar el país simbolizó un quiebre con la patria y una inevitable separación de familiares, amigos, costumbres y tradiciones, convirtiéndose en temas que se trataron en varias ocasiones por aquellos que integraban el exilio argentino alrededor del mundo. Al respecto, Jorge Boccanera afirma lo siguiente: “El exilio es eso, no saber los tiempos... por eso mucha gente grande pensaba en la muerte y eso los

atormentaba...el estar fuera de su tierra y pensar en la posibilidad de morir lejos de su patria.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

Radicados en distintas partes del mundo, miles de argentinos se enfrentaron al reto de establecer un destino sin tiempo ni espacio precisos que para algunos se convirtió, poco a poco, en el lugar de residencia definitiva.

Si bien el régimen dictatorial inicia en marzo de 1976, es importante aclarar que para algunos investigadores como Silvina Jensen, se considera al año de “1973 como momento inaugural de este proceso debido a que desde entonces comienzan a producirse los primeros casos de partida del país por razones de persecución ideológico política” (Jensen: 1998: 130). Se resalta esta cita debido a que otros autores como Bernetti, Giardinelli y algunos investigadores del tema y muchas otras personas pertenecientes a los contingentes de exiliados que salieron de Argentina señalan el inicio de éste hecho en el año de 1974 como consecuencia de las amenazas y crímenes de la Triple A y la abierta ejecución de su política de represión contra militantes políticos y representantes del mundo cultural. Para aclarar esta situación, la escritora Tununa Mercado habló en entrevista para la preparación de esta tesis sobre el momento en el que ella y su esposo el novelista y ensayista Noé Jitrik se ven obligados a abandonar Argentina en compañía de sus dos hijos: “Nosotros salimos en la época de la Triple A; no fue el grupo de gente que salió con el golpe militar, sino en el 74. Y fue...este, bueno; las circunstancias acá eran muy difíciles, había un tipo de represión que señalaba a una persona y la tenían en unas listas. En esas listas se anunciaba a quién se quería matar, quiénes estaban condenados a muerte; y era una lista que tenía una característica medio como del espectáculo, de figuras importantes de la cultura y empezaron -esa gente- a enloquecerse...cantantes, actores, etc. Y en algún momento esas amenazas se cumplían.” (Bs.As, Arg: dic 2010)

Resulta conveniente apuntar que, es a partir del golpe de Estado que el exilio de carácter político adquiere una forma masiva como consecuencia de la sistemática violación a los derechos humanos. Mempo Giardinelli, en el fragmento *Esto nunca existió, pibe* de su texto *El laberinto y el hilo*, describe su experiencia sobre el momento que tuvo que abandonar Argentina una vez que la dictadura ya estaba

formalmente instalada. Sobre esos hechos escribió que: “En los mismos días en que se produjo el golpe de estado, la Editorial Losada planeaba lanzar mi primera novela, pero obviamente decidieron retenerla en bodegas y no se atrevían a distribuirla. Con muchos otros libros sucedió lo mismo. Hasta que una noche de comienzos de junio, por vaya a saber qué rutina o denuncia (si es que entonces eran cosas diferentes) cayó el Ejército a la editorial. El allanamiento incluyó la quema de libros, entre ellos el mío y una novela de Eduardo Mignogna y otra, creo, de Ricardo Piglia. Uno de los editores me avisó de inmediato y esa misma noche recibí amenazas más directas. Abandoné mi departamento y no fui más a trabajar.” (www.cosario-de-mempo.blogspot.com). Se entiende entonces que, como sugiere la hipótesis de Silvina Jensen, sea cual fuere el motivo del exilio (por decisión propia o como conducta obligada) se le considera al fenómeno como *imposición y consecuencia* de las políticas represivas y de exclusión propias de actos persecutorios.

A pesar de que para 1974 un importante número de argentinos ya consideraba el exilio como la opción más inmediata para sobrevivir a la dictadura, algunos autores afirman que para la mayoría “los peores años del exilio fueron, sin duda, los mismos que fueron los peores de la Argentina bajo la dictadura militar. Y esos años son los que van de 1976 a 1979. Ése fue el período de la gran represión y también del mayor éxodo.” (Bernetti, Giardinelli: 2003: 48).

Al momento en el que un individuo era identificado como exiliado quedaba, a su vez, señalado por el régimen como *subversivo*, con la finalidad de construir un discurso en el que se posicionara “al que se iba” como un peligro para la sociedad, el orden público y la *dignidad del ser argentino*. Para los militares el subversivo no era únicamente aquel que había participado en actos *de violencia política* o que alteraba la dinámica de una sociedad regida por estrictas normas de comportamiento, sino que también veían como un peligro directo a todo aquel que, mediante sus ideas, pudiera incitar al resto de la población y sembrar descontento con respecto a la forma de gobierno que representaba la dictadura. “La subversión abarcaba así, toda forma de activación popular, todo comportamiento contestatario en escuelas y fábricas y dentro de la familia, toda expresión no conformista en las

artes y la cultura, todo cuestionamiento a la autoridad. Los militares golpistas concibieron a un enemigo inconmensurable, al que, según afirmaban, sólo se podía derrotar a través de la guerra.” (Lvovich, Bisquert: 2008: 17).

El discurso militar asoció exiliado con *amenaza contra las instituciones* mediante la “permanente denuncia del terrorismo y de la subversión en el exterior como los agentes responsables de la mala imagen de la Argentina y de la campaña antiargentina.” (Franco: 1998: 124). El hecho de depositar en el *otro* la faceta de insurrecto y transgresor, permitió a los militares justificar la persecución de los mismos, y, posteriormente, su confinamiento en los centros clandestinos de detención que existieron alrededor de todo el país, en donde se torturaba a los detenidos hasta despojarlos de su humanidad. Como lo afirma Pilar Calveiro en su libro *Poder y desaparición*, “hay una auténtica labor del campo de concentración para destruir al hombre; para eso usa la tortura, el terror y un conjunto de mecanismos de deshumanización y despersonalización que... tienen una doble función: destruir a la víctima y facilitar el trabajo del victimario.” (Calveiro: 1995: 100). Despojar a los prisioneros de su condición humana era uno de los principales objetivos dentro de los centros clandestinos de detención. Sobre esto, Calveiro enlista una serie de condiciones bajo las cuales los militares hacían vivir cotidianamente a los detenidos. Se lee lo siguiente: “Las capuchas que ocultaban los rostros, los números que negaban los nombres, el hacinamiento y depósito de las personas en calidad de bultos fueron formas de escamotear la humanidad del prisionero. Pero hubo otras, de igual poder destructivo, que tomaron la forma de la humillación y la animalización de los sujetos, como manera de negarles su condición humana.” (ibídem).

Ante estas medidas tomadas por el régimen, muchos argentinos optaron por el exilio. La escritora Tununa Mercado, compartió en entrevista el proceso que la llevó a tomar esta decisión. Afirmó lo siguiente: “En un principio eran llamadas con amenazas...y en ese momento yo verdaderamente tuve que evaluar por qué iba a esperar dos meses para alcanzar a Noé en México, por qué no adelantar el viaje e irme. En ese momento mis hijos ya se iban a dormir a otras casas, yo a otra...una cosa que ya no justificaba quedarse en esas condiciones. Entonces yo arreglé

todo para irnos antes y cuando ya estábamos allá la situación se fue recrudesciendo...esta inseguridad, esta sensación de que te podía pasar cualquier cosa... Cuando nos dimos cuenta que esto no iba a parar entonces decidimos quedarnos en México. Y nos quedamos hasta el año 1987.” (Bs.As, Arg: dic 2010). El esfuerzo propagandístico de la dictadura por sembrar en el inconsciente colectivo la imagen del ‘subversivo’ como un peligro para el resto de la sociedad fue cada vez más incisivo. Mucha gente llegó a aceptar la idea de expulsar del país a todo aquel que amenazara el orden público. “Dicha otredad amenazante debía resultar legítima tanto a los ojos del poder represor como a los ojos de la sociedad, puesto que era esa misma alteridad radical la que debía justificar y relegitimar, cada vez que fuese necesario, la práctica represiva de erradicación -o expulsión- de ese otro diferente.” (Franco: 1998: 124). Además de señalar a todo aquel que se opusiera al régimen como subversivo, el gobierno represor desarrolló, mediante el mismo discurso, una idea sobre la *identidad nacional* del argentino como aquel ciudadano ejemplar que se sentía orgulloso de su país y encontraba en éste y en las formas de control del poder militar, los valores necesarios para pertenecer a una sociedad homogénea, recta y con referentes sociales fuertemente cimentados. De esta manera, “los definidos por el nuevo régimen como subversivos no eran considerados argentinos sino delincuentes apátridas que respondían a los intereses de un terrorismo conspirativo internacional.” (Lvovich, Bisquert: 2008: 17). Esta ideología, como afirma Pilar Calveiro en su libro *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, partió de los objetivos de “la política represiva desarrollada en Argentina durante los años del llamado Proceso de Reorganización Nacional. Dicha política se caracterizó por la práctica de la desaparición de personas mediante una institución de Estado: los campos de concentración.” (Calveiro: 2005: 187). Así, bajo este clima de terror en Argentina, transcurrieron los primeros y siguientes años de exilio, durante los cuales diversas naciones del mundo ofrecieron posibilidades para albergar, de acuerdo a las tradiciones de asilo y al marco jurídico vigente, a los grandes contingentes que viajaban errantes por el mundo, mientras que la sociedad argentina se quebraba y vivía en carne propia las

consecuencias de la represión, porque como afirma Silvia Dutrénit, “el exilio, cuando es masivo, se incrusta en las sociedades involucradas porque la expulsión o la recepción pasan a ser un componente de la cotidianidad.” (Dutrénit: 2008: 259).

El número exacto de argentinos que salieron del país y radicaron en el extranjero en calidad de exiliados resulta hasta el día de hoy, difícil de precisar debido a las particularidades bajo las cuales ingresaron a los destinos de acogida. A pesar de que muchos entraron con documentos e identidades legales y oficiales, otros se establecieron como turistas y otros tantos ingresaron con identidades falsas usadas como protección ante las medidas tomadas por el régimen. Esta “misma naturaleza del exilio genera dificultades para su cuantificación, debido a que la persecución política determinó la clandestinidad de la salida del país.” (Yankelevich, Jensen: 2007: 212). Muchos optaron por viajar, de manera clandestina, a los países aledaños como Brasil y desde ahí, en calidad de refugiados, solicitar la obtención de sus documentos argentinos a través de la embajada o del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR), para después desplazarse a sitios que les brindaran mayor seguridad y oportunidad de establecerse. “Los exiliados no sólo eran expulsados físicamente de la Argentina como resultado del terror imperante, sino que también *discursivamente* eran construidos como lo *anti-argentino*, negándose de esta forma su condición de ciudadanos.” (Jensen: 1998: 260). Este discurso derivó en muchas ocasiones en el señalamiento por parte de las franjas más conservadoras de la sociedad civil, hacia los exiliados como el colectivo responsable de los ‘desajustes y desequilibrios’ de la Argentina de la década de los setenta. En distintas oportunidades se escuchó decir la frase *Por algo será* frente a la captura y desaparición de militantes que se manifestaban en contra del régimen. Ya fuera desde esta interpretación de la realidad o mediante la decisión de ignorar lo que sucedía, un segmento importante de la población civil apoyó en cierta forma las atrocidades que la Junta Militar ejecutó contra los opositores al régimen.

Pese a las limitaciones que se señalan, entre las cifras oficiales existentes y los datos calculados, el Comité Intergubernamental para las Migraciones “estima en

alrededor de 40,000 el número de residentes en el exterior por causas políticas en ese período, de los cuales se calcula que regresaron a la Argentina aproximadamente 20,000.” (Carsenio, *et.al*: 1988: 35). Sin embargo, para autores como Yankelevich y Jensen, estos datos tampoco nos permiten conocer, por ejemplo, el número de ciudadanos argentinos que salieron al exilio desde las prisiones haciendo uso de la opción de permutar la cárcel por el destierro, por lo que se dificulta tener un registro o estudio específico sobre las estrategias que algunos exiliados se vieron en la necesidad de realizar para poder salir del país sin ser detenidos.

Una vez fuera de Argentina, los exiliados se dispersaron alrededor del mundo y emprendieron la difícil tarea de asentarse en un país en el que no sabían por cuánto tiempo iban a permanecer, y en no pocos casos, se presentó para algunos como una derrota política. “Pero la derrota, el sentimiento de frustración y la reflexión –más o menos profunda, según los casos, los grupos políticos, etc.- sobre el accionar que terminó con los militares en el poder, no apagaron la llama de una denuncia en el exterior que resultó sistemática.” (Boccanera: 1999: 13). Muchos buscaron su sede en países latinoamericanos mientras que otros se establecieron en naciones europeas, principalmente España. En América Latina, México fue sin duda, uno de los destinos con mayor número de exiliados argentinos que permitió la incorporación de los mismos a diversos ambientes laborales y culturales. La academia y la actividad periodística e intelectual constituyeron los principales espacios en los cuales los integrantes del exilio pudieron formar parte de una sociedad activa. Sobre este tema, Jorge Boccanera colaboró con su testimonio que da a conocer la disposición que importantes medios periodísticos tuvieron con los exiliados: “Yo ya venía escribiendo notas en una especie de trabajo periodístico y tuve la suerte de que algunos diarios como *El Día*, *El Excelsior* y *El Universal* me dieran trabajo... y fue así como me desarrollé en el periodismo cultural.” (Bs.As, Arg. dic: 2010).

Hasta cierto punto podría decirse que el permanecer en el exilio les permitió a muchos, denunciar sin tapujos ni censura lo que acontecía en Argentina y hacer del conocimiento público los hechos que la dictadura realizaba para distraer la

atención de los organismos internacionales de derechos humanos que cada vez y a pesar de ello, tenían un conocimiento más fidedigno de los crímenes del régimen. Es así como “durante los años de destierro, cualquiera haya sido el país de acogida de los exiliados argentinos, dos hechos se recuerdan como momentos de fuerte tensión: el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 y la Guerra de Malvinas en 1982.” (Franco en Yankelevich y Jensen: 2007: 147). El evento deportivo produjo malestar y desacuerdos entre los grupos de exiliados que habitaban el mundo, y se generaron discusiones sobre las medidas que debían tomarse frente al acontecimiento. Se hizo algún intento por detener la contienda deportiva pero no resultó una opción viable, por lo que distintos puntos de vista empezaron a contraponerse. El objetivo, sin embargo, era el mismo: aprovechar el evento para denunciar masivamente las violaciones a los derechos humanos que se realizaban mientras se llevaban a cabo los partidos por la copa del mundo. “Esta tarea –llamada desde el poder: Campaña antiargentina en el exterior- ayudó a quitarle la máscara, difundió las atrocidades ante la opinión pública y la dirigencia política internacional, y procuró aislarlo. De este modo, la denuncia cobró forma de testimonio oral y escrito, de nota periodística y texto de ficción. En este sentido, una producción diversa de poemas, cuentos, novelas y ensayos aguarda todavía una mirada valorativa.” (Boccanera: 1999: 13). Mientras que dentro del país la prensa oficialista se encargaba de hacer creer al mundo que todo estaba en orden con consignas como *Los argentinos somos derechos y humanos*, el impacto fuera de Argentina cobró una mayor importancia como argumento de denuncia entre los distintos grupos de exiliados. “Así, el evento deportivo que los militares habían decidido utilizar como pieza central de un doble juego político –interno y externo a la vez- terminó siendo el momento de mayor difusión y denuncia internacional de la naturaleza del régimen argentino”. (Franco en Yankelevich y Jensen: 2007: 149). Este acontecimiento generó la oportunidad para que las televisoras de otros países como Holanda dieran a conocer el trabajo que las *Madres de Plaza de Mayo* ya realizaban mediante su marcha de protesta de todos los jueves frente a la Casa Rosada.

Muchos grupos de exiliados buscaron para su asilo “temporal”, lugares de habla hispana que pudieran facilitarles la identidad con la lengua. A pesar de que algunos llegaron a países de América Latina o a España, el proceso de reinserción social partió desde la adaptación a ciertos usos y costumbres como la incorporación de nuevos códigos. Aunque todos hablaban castellano, existían inevitables incomprendimientos lingüísticos que obligaron a los exiliados a incorporar a su lenguaje palabras, significados y concepciones nuevas del idioma que les facilitara la convivencia y el entendimiento con la nueva sociedad de la cual, poco a poco, iban formando parte. Sobre este proceso, Gerardo Mario Goloboff escribió el siguiente testimonio: “Las lenguas del exilio fueron imponiéndonos esa disciplina, ese destino. Frente a ellas, debimos vencer innumerables resistencias, nombrar de otra manera las cosas y a nosotros mismos, traducirnos. Aceptar otra historia nominal, y dejar que también ese lenguaje nos ocupara y nos colonizara. Comenzamos por el ‘¿cómo se dice aquí?’ y al tiempo nos encontramos pensando ‘¿cómo se decía allá?’” (Goloboff en Kohut y Pagni: 1993: 137). México, entre las distintas facilidades y posibilidades que brindó a los exiliados, presentó para muchos un desafío lingüístico y de desciframiento de códigos sociales. Así, se vieron en la necesidad de incorporar a su lenguaje modismos que los insertaran en una nueva sociedad aunque muchos de ellos tuvieran previsto regresar años más tarde a la tierra de la que habían tenido que salir.

Es así como después de lograr integrarse a una nueva cultura y compartir sus tradiciones expresadas en otros olores, colores y sabores “en los primeros años de la posdictadura, todo aquel que regresaba del exilio, no dejó de sentir el peso de aquella emblemática sentencia: por algo habrá sido.” (Yankelevich: 2004: 10). Pero también empezaron a abrirse muchos espacios a través de los cuales se dieron a conocer los aspectos más trágicos de la dictadura. Además de que en países como México se tejieron fuertes lazos con el país sudamericano. Con respecto a esto, el poeta Jorge Boccanera compartió en entrevista que: “Y si bien el exilio es una desgracia yo pienso que hay casos que... a mi me paso así, donde pude aprender. Perdí amigos, perdí los estudios, el trabajo...pero también gané otras cosas.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

Sin embargo, sea cual fuere el destino, la generalidad del exilio está señalada por la huida precipitada por persecución política y amenaza a la integridad física y a la vida misma.

2.2. El exilio en México

“A diferencia de los expatriados por otras dictaduras militares del cono sur [Bolivia, 1971; Uruguay, Chile, 1973], el primer contingente de exiliados argentinos aterrizó en México hacia finales de septiembre de 1974, escapando de la debacle de un gobierno constitucional en descomposición, y de su brazo ejecutor: la Alianza Anticomunista Argentina [Triple A]. El accionar homicida de la Triple A empezó con la masacre de Ezeiza [20/6/73], y la obligada renuncia del presidente Héctor Cámpora [13/7/73]. Durante la presidencia de María Estela Martínez de Perón [1974-76] alcanzó el clímax, y hasta al golpe militar del 24 de marzo de 1976, la Triple A perpetró poco más de mil 500 asesinatos. Casi todos, escogidos.” (Steinsleger en *La Jornada*: 2011).

Aunque la fecha oficial del exilio argentino para algunos se considera a partir de 1973 y para otros ocurrió al siguiente año, el arribo de los primeros contingentes a México debe situarse alrededor del mes de octubre de 1974. Hacia finales de ese año, la violencia y represión contra los opositores al régimen empezaba a convertirse en un asunto de fuerte preocupación. La seguridad laboral, económica y el derecho a la vida se veían coartados para familias enteras, quienes ante un clima que se recrudecía no tuvieron otra opción que partir al primer lugar que los recibiera. “Septiembre de 1974 fue un mes fatídico. Día 7: bomba en el domicilio de Raúl Laguzzi [rector de la Universidad de Buenos Aires], causando la muerte de su bebé de cuatro meses. Día 11: asesinato de Alfredo Curutchet, abogado de presos políticos. Día 16: asesinato de Atilio López, vicegobernador de Córdoba. Día 20: asesinato de Julio Troxler, jefe de la Policía Bonaerense y sobreviviente de los fusilamientos de 1956 [tema del libro *Operación masacre* de Rodolfo Walsh]. Día 27: asesinato de Silvio Frondizi, distinguido intelectual marxista y hermano del ex presidente Arturo Frondizi.” (Steinsleger en *La Jornada*: 2011).

El exilio argentino en México estuvo formado, en gran medida, por grupos relevantes de personas calificadas en el medio académico y en los ámbitos culturales como el teatro, el cine, el periodismo y la literatura, lo que a la mayoría les abrió un importante abanico de posibilidades para relacionarse en poco tiempo con el mundo universitario y con diarios y revistas en donde encontraron espacios propicios para la libre expresión y divulgación sobre los hechos que acontecían en la Argentina. Al respecto, el escritor Noé Jitrik escribió lo siguiente: "...en determinado momento coincidieron en México yo diría que por lo menos cuarenta argentinos que poseían una práctica literaria. Más ordenadamente: de los cuarenta, por lo menos diecisiete, de los que yo recuerde, al llegar a México habían publicado uno o más libros." (Jitrik en Kohut y Pagni: 1993: 159). A mediados de 1974 con los primeros contingentes de exiliados que llegaban a México arribó el ex rector de la Universidad de Buenos Aires, el historiador Rodolfo Puiggrós, quien se posicionó como una figura emblemática para muchos militantes jóvenes que ingresaban paulatinamente a territorio mexicano. "Rodolfo Puiggrós, con una historia previa de exilio en México durante los sesenta, contaba con una buena cantidad de relaciones, desde el presidente Luis Echeverría hasta contactos en el periódico *El Día*, de cuyo grupo fundador había sido parte. También y por gestiones de Noé Jitrik, académicos mexicanos de *El Colegio de México* empezaron a desplegar una amplia conducta solidaria." (Yankelevich: 2002: 283). Al lado de Noé Jitrik, llegó a México la periodista y escritora Tununa Mercado, quien se convirtió, a su vez, en referente del exilio argentino.

Conforme avanzaban los días y la tensión y represión crecían en Argentina, la ola de exiliados que llegaban a México aumentaba marcadamente. Muchos iniciaron su recorrido hacia México visitando primero países cercanos a Argentina, quizás, con el propósito de que el regreso fuera más visible. Pero la extensión del conflicto, los ataques y secuestros realizados en lugares como Perú, Brasil y Venezuela empujaron a los exiliados a horizontes más lejanos. Es así como "en 1975 la corriente de exiliados aumentó progresivamente, y el arraigo se hizo más profundo. La búsqueda de casa y trabajo fue definiendo las nuevas condiciones de estadía. Y el golpe del 24 de marzo de 1976 impuso una perspectiva de largo

plazo. El exilio mexicano ya se había instalado. Y con él los primeros esbozos de tensión interna.” (Bernetti, Giardinelli: 2003: 21).

La escritora Tununa Mercado relató en entrevista lo siguiente: “La llegada a México provocó inmediatamente una necesidad de juntarnos con la gente que iba llegando, resolver la cuestión de dónde se iban a alojar, qué es lo que iba a pasar con esa gente que tampoco tenía la idea de un exilio largo; eso nunca lo tenés...” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

La decisión de radicar en México en un exilio relativamente incierto en cuanto al posible tiempo de estancia se vio rodeada de factores legales y económicos que hicieron que los exiliados sintieran cierta seguridad ante el resguardo que este país les ofrecía. El idioma, fue una de las facilidades que ofrecía un lugar del que se conocía poco, aunque lo que verdaderamente pesaba al momento de hacer la elección era que, a diferencia de Argentina y sus vecinos sudamericanos, el gobierno mexicano se manejaba dentro de un orden jurídico e institucional democrático, además de que constituía uno de los países que habían ratificado las tres convenciones sobre el derecho de asilo. De esta manera, “por los intersticios de la democracia mexicana se filtraron estos perseguidos, y con una enorme libertad de movimiento desarrollaron sus vidas familiares, profesionales y políticas. No escapó a ellos, ni por supuesto a los propios mexicanos que el país de recepción configuraba un mosaico de discursos, acciones y realidades por demás contrastantes.” (Yankelevich: 2002: 9). Hay que recordar que detrás de esta apertura sobre el derecho de asilo que México proporcionó a perseguidos políticos de distintas nacionalidades, se escondían en el territorio mexicano, episodios de violencia como la persecución y asesinato de muchos estudiantes que rechazaban los lineamientos del gobierno de Díaz Ordaz a partir del 2 de octubre de 1968.

El grupo de exiliados argentinos contaba en sus filas con una mezcla de militantes y activistas políticos que combatían a la dictadura y que pertenecían a organizaciones como Montoneros y el ERP¹, entre otras, además de grupos

¹ Montoneros era una organización que surgió de los sectores de izquierda del movimiento peronista. El ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) tenía más bien una inclinación por la ideología y la estrategia “guevarista”. Debido a que ambas organizaciones eran fuertemente opositoras al régimen, muchos de sus integrantes tuvieron que exiliarse en otros países.

académicos, periodistas e intelectuales que denunciaban al régimen militar desde flancos distintos. Como en toda sociedad humana, a pesar de encontrarse en México por una misma causa, los desacuerdos entre los exiliados radicados en el país comenzaron a crear cierto tipo de tensión con respecto a las estrategias mediante las cuales se llevarían a cabo las acciones en contra del régimen dictatorial. La actividad política del exilio se centró sobre todo bajo dos ejes: la solidaridad y la denuncia. Hacia finales de 1974, la organización Montoneros, que contó en México con la participación activa de intelectuales y políticos de renombre como Ricardo Obregón Cano, Pedro Orgambide, Analía Payró y Rodolfo Puiggrós decidió pasar a la clandestinidad y comenzó a diseñar una estrategia de difusión y denuncia que se llevaría a cabo desde el exterior. Otro grupo de exiliados, que no pertenecía a la agrupación Montoneros y que estaba encabezado por los Jitrik (Noé y Tununa), conformó otra importante organización del exilio argentino en México, dentro de la cual participó el escritor y periodista Mempo Giardinelli. A partir de este momento se definen las dos agrupaciones más sobresalientes, el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) y la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS). “Cronológicamente, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) fue la primera entidad organizadora del exilio. Fue creada a comienzos de 1975. En sus orígenes fue una coalición de peronistas camporistas y militantes de izquierda distanciados de sus organizaciones.” (Bernetti, Giardinelli: 2003: 24).

La CAS experimentó su crecimiento más fuerte entre los años de 1978 y 1983 y adoptó un sistema democrático de elección de autoridades mediante comicios por listas. De esta manera se procuraba llevar a cabo un ejercicio de pluralismo político con el fin de lograr la designación de un representante en común.

“La segunda organización fue el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), fundado en octubre de 1975 a impulso de los Montoneros.” (ibídem). Este organismo experimentó un importante crecimiento entre 1976 y 1978. Una actividad central que desempeñó el COSPA, fue la ayuda para obtener la visa de trabajo para los exiliados además del apoyo que le brindó a algunos jóvenes que llegaban a México sin nexos, que les permitieran encontrar vivienda y fuentes de

trabajo. La cantidad de seguidores que llegó a tener esta organización propició que al edificio donde se encontraba instalada se le llamara *La Casa Argentina*. Dentro de la misma, se llevaban a cabo peñas en las que se tocaba música, se consumían comidas típicas y se recaudaban fondos para los compañeros militantes que se encontraban en camino hacia su nuevo destino.

Mientras en México se vivía esta dinámica, en Argentina sucedía uno de los acontecimientos que logró llamar la atención de la mirada internacional sobre las violaciones a los derechos humanos por parte del régimen militar: el mundial de fútbol de 1978. “Desde el principio, el Mundial fue utilizado, en el plano interno, como un factor de movilización patriótica para renovar los apoyos militares, silenciando la realidad política del país y, en el plano internacional, para publicar la verdadera realidad argentina y frenar la creciente oposición externa.” (Franco en Yankelevich: 2007: 149).

Los partidos realizados a pocos metros de uno de los centros clandestinos de detención y tortura (La Escuela de Mecánica de la Armada, ESMA) dejaron ver claramente las contradicciones que el gobierno proyectaba en contraposición con las denuncias que los organismos de Derechos Humanos recibían cotidianamente sobre las torturas, detenciones y desapariciones de muchos argentinos. Para quienes se encontraban fuera del territorio argentino esto representó una posibilidad de abrir debates internacionales que permitieran denunciar lo que dentro de la propia Argentina era imposible siquiera de mencionar. Sin embargo, a pesar de abrir espacios de discusión desde territorio mexicano, “el mundial comenzó a generar una fuerte disyuntiva. El problema se centraba en cómo denunciar la utilización política del campeonato y aprovechar la coyuntura para profundizar la tarea política contra la dictadura y conciliar eso con el entusiasmo que la ocasión deportiva generaba.” (Franco en Yankelevich y Jensen: 2007: 151). Desde México y en otros países del mundo, se levantaron las voces de grupos de exiliados que mostraban su desacuerdo con la ejecución del evento deportivo y que intentaron en un principio impedir el desarrollo del mismo. El desacuerdo pudo manifestarse a través de distintos medios y a pesar de los enfrentamientos que entre los grupos de exiliados llegó a suscitar el acontecimiento, “a diferencia

de lo que ocurría en el país, en el exilio se podía discutir políticamente con amplia libertad.” (Bernetti, Giardienlli: 2003: 80).

En medio de estos acontecimientos que eran constantemente debatidos, las posturas encontradas de las organizaciones que lideraban el exilio argentino en México contemplaban en sus agendas asuntos de distinta índole. “Las disputas entre ambas organizaciones del exilio tuvieron momentos de particular tensión. Una de ellas, por demás significativa, giró en torno a la figura del ex presidente Héctor J. Cámpora, preso en la embajada mexicana durante cuarenta meses junto a su hijo y a Juan Manuel Abal Medina.” (Yankelevich: 2004: 207).

Tununa Mercado recordó en entrevista algunos episodios de tensión entre las distintas posturas del exilio frente a lo que sucedía en Argentina. Compartió lo siguiente: “Una discusión importante se dio en el momento del mundial... ver el entusiasmo de muchos era desconcertante; por más que fueran apasionados al fútbol. Ese hecho no nos simpatizó a muchos y en cambio a otros sí y sacaron banderas argentinas. Incluso fracasó en México la idea... es decir que hubo gente que no siguió la idea de boicotear el mundial...era una idea que se había gestado en Francia y España y no prendió en un sentido de correspondencia. Y otro tema que también afectó fue el asunto de Malvinas. Hubo gente que estuvo en una situación medio ambigua o que mezclaban la idea de recuperar las islas, y la nación, y la patria justificando que de pronto eso se viera como un acto antiimperialista. Todas esas cosas fueron motivo de discusiones y entonces había asambleas. Yo ahora creo que todo eso se podría haber hablado con más claridad...eran temas delicados...me parece.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

Así como el Campeonato Mundial de Fútbol del 78 provocó confrontamientos entre los exiliados, el tema de Malvinas también fue ampliamente tratado por intelectuales y periodistas. El 2 de abril de 1982 el general Galtieri decidió ocupar las islas con efectivos del ejército y la marina argentina. A pesar de que frente a la mirada internacional la dictadura pretendía desviar la atención de la prensa sobre los actos de violación de derechos humanos, en el contingente de exiliados en México se suscitaban distintas críticas y posturas frente al acto bélico mediante el cual el régimen procuraba ganar legitimidad y ampliar su base social.

A pesar de que algunos sectores relativamente minoritarios del exilio apoyaron la recuperación de las islas y, a su vez, reconocían el hecho como una estrategia del régimen para restablecer el poder y la popularidad que había perdido, sobresalió la posición crítica que sostuvieron, sobre todo, tres periodistas que mostraron su desacuerdo con la guerra y manifestaron una postura más tajante con respecto al conflicto. Gregorio Selser a través del periódico *El Día*, Oscar González en el *Uno más uno* y Miguel Bonasso en *La Prensa* encabezaron algunas de las actitudes más críticas en la prensa mexicana. Los tres mostraban su inconformidad al apoyo que ciertos países y algunos de sus compatriotas proporcionaron al régimen militar con respecto a la recuperación de las islas Malvinas bajo el disfraz nacionalista con el cual pretendieron justificar ese acto. Aún con matices los tres coincidían en que si bien, el reclamo histórico argentino era visto como legítimo en el ámbito político internacional, no era correcto aceptar la manipulación bajo la cual la dictadura pretendía distraer a la prensa internacional y desviar la crítica de los organismos de derechos humanos.

Otro de los temas que también enfatizaron estos tres periodistas fue el concepto de la soberanía en el cual sustentaban la idea de que no se podía apoyar una idea de soberanía nacional bajo la cual se pretendía justificar una guerra, casi proféticamente perdida, sin practicar primero la soberanía popular dentro del país. Aunque la participación en la polémica de las Malvinas en el exilio no fue generalizada, la crítica de algunos medios e intelectuales motivó en más de una ocasión, enfrentamientos entre algunos de los investigadores y académicos que conformaban el exilio en México.

El asunto del mundial de fútbol previamente mencionado, la ocupación de las Malvinas, temas de índole político, acciones de respuesta al terrorismo de Estado a tomar desde el exilio como la tan discutida 'contraofensiva' que el grupo Montoneros planeó dar en el año de 1979 apoyada, entre otros representantes del exilio, por Rodolfo Puiggrós y Ricardo Obregón Cano y que resultó en el secuestro y desaparición de muchos militantes que regresaron a Argentina de manera clandestina, dividieron en más de una ocasión al exilio en México. Sin embargo, la "Cas y el Cospa hicieron historia. Los servicios de la guardería infantil, de nutrición

y de salud mental, fueron extensivos para los niños de otros exiliados. Y en las actividades culturales y peñas folclóricas, se fundieron latinoamericanos, argentinos y mexicanos con abrazos de solidaridad militante.” (Steinsleger en *La Jornada*: 2011). Además, existió también una tercera organización, específicamente orientada a la denuncia, que se conoció como la Coordinadora de Derechos Humanos.

La dinámica del exilio argentino en México ha sido caracterizada, por algunos investigadores como Pablo Yankelevich, como un *exilio fracturado*. Si bien estos temas de carácter social se construyen inevitablemente en mareas de subjetividad que permiten bautizar a ciertos episodios con nombres motivados por percepciones o experiencias personales, me parece oportuno señalar que, por lo menos, de acuerdo a la experiencia relatada por los entrevistados para esta investigación, el denominar al exilio como *fracturado* parece caer en cierto tipo de polaridad. Tanto para Tununa Mercado, como para Mempo Giardinelli el exilio en México estuvo visiblemente dividido ante las distintas posturas que los integrantes del mismo tomaban frente a la experiencia que representaba el encontrarse lejos de su país. Sobre esto la escritora platicó en entrevista: “En un momento dado sí hubo una especie de quiebre por así decirlo, pero no creo que estuviera literalmente fracturado, eso surgió ahora...me doy cuenta que por un lado estaba la gente que estaba más dada a la toma de armas y otros que no simpatizábamos tanto con eso...yo creo que eso es. Imagínate... en esa época algunos estaban armando una contraofensiva que nosotros no compartíamos, entonces qué podíamos decir... era otra versión de los hechos, otra intención...pero una misma causa y un mismo dolor.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

Por su parte, Mempo Giardinelli compartió la siguiente reflexión: “Sí claro, estaba necesariamente fracturado, aunque quizás la palabra fractura es muy dura. Yo propondría pensar que el exilio en México tenía una lógica bifurcación, como se da en el campo político de cualquier proceso nacional. Toda la gente que iba al exilio procedía de diferentes experiencias políticas. En el exilio en México hubo gente de todos los colores políticos... había comunistas, Montoneros, gente del ERP, radicales, peronistas... era un espectro muy amplio. Esto no significa que haya

sido una fractura... todas esas expresiones que se daban en la Argentina se daban también en el exilio. Lo que sí se produjo en México y que parece ser una fractura pero que no lo es necesariamente, es el nucleamiento de sectores incompatibles. Al menos en mi opinión, hubo un sector claramente más democrático, de personas que eran capaces de hacer un ejercicio de tolerancia y respeto a la diversidad, y de anteponer el anhelo de democratizar el país como un punto central de unión, sin por eso resignar ninguna de las banderas y posiciones ideológicas.” (Bs.As, Arg, dic: 2010). A pesar de este alejamiento entre los distintos sectores del exilio, el escritor y periodista afirma también la imposibilidad de unir bajo un mismo espectro a las dos organizaciones más representativas de aquel momento. Giardinelli expresó esto: “Yo diría primero que ésa era una unión imposible. Porque había una concepción de los cambios sociales y políticos muy diversa. Era como hablar dos idiomas diferentes. Por otra parte, para muchos de nosotros el sueño utópico del exilio era ante todo construir y lograr una sociedad democrática, pero para muchos otros la idea de una revolución a cualquier precio era indeclinable. Eso quedaba como posible coletazo de Vietnam, de Cuba, de la Nicaragua de la época... y yo puedo entenderlo, pero la cuestión central ahí era que la mayoría teníamos como norte principal alcanzar una Argentina democrática como la que tenemos hoy. Que no es perfecta, que le faltan muchas cosas, pero es una Argentina donde se puede vivir y nosotros queríamos poder vivir aquí..... En este sentido, la CAS y el COSPA eran dos paradigmas muy distintos.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

Entre dimes y diretes el exilio en México transcurre con importantes expresiones culturales y tareas de denuncia que cada uno, a su manera, proyectó hacia la mirada internacional. Una de las expresiones académicas más importantes del exilio en México fue la participación de intelectuales y escritores como docentes en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) entre otros organismos educativos y de investigación; la colaboración de muchos de ellos en periódicos nacionales y el apoyo en la creación de la revista *Controversia* que abrió la posibilidad al debate sobre los temas que se desprendían del exilio.

Ante el problema que la UNAM presentaba en ese entonces frente a cierta carencia de personal docente, “la UNAM decidió en la década de los años setenta favorecer la contratación de numerosos profesionales exiliados que llegaban a este país de las naciones hermanas sometidas en esa época a dictaduras militares.” (González y Sánchez: 2008: 327). Es así como un importante número de exiliados se suma a la plantilla de profesores que integraban el personal docente de la máxima casa de estudios aportando relevantes enfoques críticos sobre la realidad latinoamericana. Además del ingreso de un importante grupo de intelectuales y académicos al ámbito universitario, se apoyó la creación de nuevos espacios para la investigación de temas vinculados a América Latina, en los cuales otro tanto del contingente de exiliados que llegaban a la ciudad de México pudieron sumarse a los espacios laborales que se abrían para ellos. “Uno de los ramos que los gobiernos de Echeverría y López Portillo atendieron con más interés fue la fundación de nuevos centros educativos para hacer frente al crecimiento demográfico y la urbanización cada vez más acelerada del país.” (ibid: 323). Ambos presidentes contribuyeron a crear diversas instituciones educativas como el Ceestem (Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo); la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE); la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) entre otras. Estas instituciones y el apoyo que México le brindó a los exiliados permitieron que se fomentaran los trabajos de creación literaria. Noé Jitrik llevó a cabo hace algunos años esta reflexión: “podemos afirmar que el exilio argentino en México tuvo una especie de florecimiento productivo, algo que me parece muy excepcional, tanto que merecería, creo, algunos estudios más particulares en el futuro, a fin de reconocer los alcances de este fenómeno. Tan consistente fue, que en el año 1980 hicimos una feria del libro en México.” (Jitrik en Kohut y Pagni: 1993: 159).

En aquel entonces, “la información acerca de la patria lejana se vuelve, para el exiliado, un alimento imprescindible de cada jornada.” (Bernetti, Giardinelli: 2003: 105). Fue a través de los medios de comunicación impresos como muchos exiliados pudieron informarse de los acontecimientos que se suscitaban en

Argentina y en donde, además, pudieron crear un espacio de expresión hacia el resto de México y el extranjero. Tununa Mercado recuerda sobre su experiencia en el exilio que: “En un principio costaba un poco saber con exactitud qué sucedía en nuestro país, pero después empezaron a llegar cartas y empezamos a saber que habían matado a algún compañero o que otro había caído preso y después del golpe ya se empezó a hablar de desapariciones y que amigos cercanos morían en algún enfrentamiento...bueno, toda esa situación nos servía para saber qué estaba pasando en Argentina.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

En los medios impresos mexicanos, las noticias sobre lo que acontecía en el sur del continente americano empezaron a cobrar cada vez más fuerza, y fueron determinados medios los que realizaron una labor destacada en el informe que se daba a conocer a la opinión pública local. “Fue el matutino *El Día* el que más información suministró en aquellos años sobre la Argentina. Fundado en 1962 y dirigido hasta 1980 por Enrique Ramírez y Ramírez, un político de la izquierda del PRI, antiguo militante del Partido Comunista.” (Bernetti, Giardinelli: 2003: 151). Este diario contó en su equipo de periodismo con la colaboración de Rodolfo Puiggrós y Gregorio Selser entre otros expatriados. Además, otros medios abrieron sus puertas a las plumas de los exiliados que se encontraban radicados en México. Mercado, quien colaboró con el periódico *Excelsior*, compartió la siguiente declaración: “Los otros días me acordaba cuando fui al *Excelsior* que tenía una revista a cargo de Vicente Leñero y él se portó muy bien, estuvo *bárbaro*; y me ofreció hacer una nota que era entrevistar a gente que hubiera llegado a México por la guerra y que hubiera estado en algún campo de concentración. En ese momento había gente que había llegado a México en esas condiciones y a mí me interesaba mucho tratar esos temas. Así empecé a formarme realmente en una carrera periodística.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

Mientras se desarrollaban todas estas actividades, en octubre de 1979, se llevó a cabo la creación de la revista *Controversia* a cargo de un grupo de docentes y periodistas entre los que se encontraban Jorge Tula, Jorge Bernetti, Sergio Bufano, Nicolás Casullo, Oscar Terán. La publicación contaba con colaboraciones de periodistas e intelectuales que aprovecharon este espacio para poner a

discusión las polémicas que inquietaban a un gran número de exiliados. Básicamente la revista giró alrededor de ciertos ejes temáticos que trataron el sentimiento de *derrota* que habitaba en algunos integrantes del exilio; el análisis de la situación política y económica de Argentina; los problemas de la construcción y sentido de la democracia y por último la crisis del marxismo. “Aunque el público lector era mayoritariamente argentino, la revista alcanzó una difusión importante al ser leída por núcleos de exiliados en Europa y Estados Unidos y por supuesto también en Argentina.” (Yankelevich: 2002: 296). El último número de *Controversia* salió en agosto de 1981.

Después del retorno de la democracia en diciembre de 1983, las organizaciones comenzaron a disolverse poco a poco y sus integrantes, en su mayoría, emprendieron su camino de regreso a la tierra que años atrás los había expulsado. Es entonces cuando surgen planteamientos sobre si será posible el retorno al sitio que se había abandonado años antes y el enfrentamiento con la nueva Argentina que los esperaba. “Por un lado había temor al regreso, desde luego, pero mezclado con la lógica ansiedad. Cada compañero que retornaba era un pedazo de esos años que se iban, era volver a hacer recuentos, era volver a llorar.” (Bernetti, Giardinelli: 2003: 158).

El exilio en México permitió para muchos argentinos, llevar a cabo un proceso de reflexión y análisis sobre los hechos que de haberse quedado en su país, no les hubiera sido posible hacer. “A diferencia de lo que sucedía en la Argentina durante esos espantosos años (desinformación, censura y negación), en el exilio cada una de las caídas en prisión, cada desaparición y cada muerte eran conocidas de inmediato, denunciadas y lamentadas.” (ibid: 49).

A pesar de las disputas y desacuerdos que surgieron entre cada una de las posturas que los exiliados tuvieron sobre su destierro en México, ese espacio abrió la posibilidad de expresar y denunciar hacia el resto del mundo, la verdadera situación que vivía el pueblo argentino. “En síntesis, porciones de la historia argentina tuvieron lugar en México durante la última dictadura. Frente a las condiciones de persecución impuestas por los militares, el destierro fue el espacio donde las acciones y polémicas encontraron cierta continuidad.” (Yankelevich:

2004: 219). De igual manera, las distintas posturas frente al destierro permitieron revalorar el papel de los exiliados en México. “La importancia de las polémicas sobre el exilio radica en que permiten un acercamiento a la reflexión que la condición de exiliado suscitó entre los propios desterrados, en relación con temas como la significación del destierro, la existencia o no de un exilio interior, el papel que debían cumplir los argentinos que se encontraban en el exterior en la lucha contra la dictadura, la comparación entre la situación de los que se habían ido y los que se habían quedado, la posibilidad del retorno, etc.” (Rjkind en Yankelevich: 2004: 244). La mayoría de quienes vivieron en México esos años de dictadura en Argentina, lograron formar en mayor o menor medida, vínculos identitarios con una sociedad ajena en muchos sentidos pero con la cual se estableció una relación de hermandad y familiaridad. Estos lazos, en distintas maneras les permitieron hacer a la mayoría de los exiliados reflexiones y análisis sobre su estancia en México y lo que implicó empezar una nueva etapa en sus vidas a partir de un viaje forzado. Sobre este tema, Boccanera compartió para esta investigación la siguiente reflexión: “El viaje es descubrir, es aceptar el misterio y dejarse formar por lo diferente, y a mí me formó lo diferente. Por eso digo que el exilio me enriqueció, no vivo el exilio como una cosa nostálgica sino que voy y vengo entre esos países, esas experiencias y los recuerdos. México nos latinoamericanizó, porque al argentino le cuesta mucho tener una mirada distinta de la que se le enseña. El argentino es muy argentino.” (Bs.As, Arg, dic: 2010).

Muchos volvieron a Argentina con la democracia, y otros se quedaron en la tierra que les abrió las puertas hacia nuevos horizontes. Pero todos, de alguna u otra manera construyeron cimientos que siempre les harán volver la vista hacia el hemisferio norte de América Latina. Por su parte, Mercado señala: “Los exiliados latinoamericanos en México estuvieron en un país donde la conciencia de esas exclusiones perfeccionó su capacidad de reacción y de respuesta y hemos sabido hacer con los mexicanos una globalidad propia, mejor sería decir una humanidad propia, agudamente sensible a lo que sucede en nuestros países en el orden de la justicia, los derechos humanos y la libertad.” (Mercado citada en Boccanera: 1999: 22).

Capítulo III

Las letras del exilio

“Dentro del mundo de violencia, dominado por la censura y la autocensura que causa el miedo, con el halo de la muerte impregnando la cotidianidad de la Argentina de la dictadura, el ejercicio literario funcionó como forma de sobrevivencia.”

*Sandra Lorenzano en **Escrituras de Sobrevivencia**.*

3.1 De la dictadura a las letras; de las letras al exilio

¿Cómo se escribe sobre la ausencia? ¿Qué se escribe en la suspensión del tiempo? El exilio estuvo acompañado de pérdidas, nostalgia, esperanzas, anhelos...y en el fondo de las palabras; en el retumbar de las letras, muchos intelectuales encontraron la ruta para plasmar la realidad que sus sentidos aprehendían. La narrativa fue la bala que los escritores utilizaron para convertir a la literatura en su arma de lucha y denuncia contra las acciones que la dictadura ejercía en Argentina. Hechos y textos se entrelazaron en uno de los períodos históricos más traumáticos del cono sur de América Latina. Los relatos se llenaron de tintes sociales en los que el simple retrato de un momento dejó ver fragmentos que unidos entre sí mostraban una película llena de horror.

Como lo hemos mencionado anteriormente, el régimen militar instaurado en Argentina a partir del 24 de marzo de 1976 emprendió, entre otros de sus objetivos, la censura y el aniquilamiento de muchos intelectuales por considerarlos precursores de la subversión. “Los autores de esos años supieron evitar la trampa más peligrosa de toda literatura comprometida: someter la literatura a la política y afirmar de este modo la supremacía de la política sobre la literatura.” (Kohut: 1993: 8). Fue este acto de buscar la independencia y libertad de sus palabras el que ocasionó, entre otras cosas, que la mayoría de ellos se vieran obligados a marchar hacia el exilio. “La literatura, entonces, está inscrita en un espacio en el que la situación sociopolítica concreta de vivir en un régimen autoritario se cruza con un determinado contexto literario y crítico (nacional e internacional). Esta doble

tensión está presente permanentemente en la configuración de los materiales narrativos.” (Lorenzano: 2001: 77). La literatura, se convirtió en la fuga y en un nuevo *hábitat* bajo el cual encontraron la libertad que su país no les daba.

Definir aspectos que se encuentran tan íntimamente relacionados con la subjetividad del ser humano como son la creatividad literaria, la experiencia del exilio, el exiliado y el intelectual, no resulta tarea fácil. Sin embargo, para poder delimitar el campo y los conceptos bajo los cuales se trabaja en esta investigación, se tratarán de proporcionar las interpretaciones más cercanas al perfil de esta tesis.

Si bien, la literatura no se crea bajo el objetivo de reflejar la exacta realidad histórica, sí recrea realidades que nacen de experiencias verdaderas. Ricardo Piglia afirmó alguna vez que “la literatura construye enigmas con los materiales sociales, los desplaza, los cifra; la ficción es un arte de la elipsis del sobreentendido...la literatura mantiene con la historia una relación propia que no es nunca una relación puntual.” (Piglia en Kohut y Pagni: 1993: 98). Para hablar de la literatura del exilio es fundamental no perder de vista que se está tratando de ciertas narraciones que parten directamente –y de alguna manera son consecuencia- de un determinado momento histórico.

Por este camino, “la literatura propone su contenido de verdad bajo la forma de la figuración. No reconstruye una totalidad a partir de los *disiecta membra* de la sociedad (empresa quizás imposible), pero sí propone cursos de explicación, constelaciones de sentido, que plantean lecturas diferentes y alternativas del orden de lo real, según una pluralidad de regímenes discursivos y de estrategias de ciframiento.” (Sarlo: 2007: 334). Es por eso que, quizás, aquellos que usaron su pluma como fusil, se tornaron en potenciales enemigos para el régimen militar argentino de la década de los setenta.

Sin embargo, a pesar de las políticas de represión emprendidas por los militares, la actividad cultural encontró la manera de sobrevivir al yugo de la censura deslizándose en la oscuridad de las manifestaciones contestatarias de grupos cercanos a ámbitos culturales que se oponían a la junta militar. La sombra opresora también crecía cada vez con más fuerza. “Ahora bien, en ese clima de

terror, de intimidación, de incertidumbre, la cultura no sólo no murió, sino que se constituyó en una fuerte instancia de resistencia.” (Lorenzano: 2001: 67).

Dentro y fuera del país, un importante número de intelectuales sumaron esfuerzos para denunciar a través de la fuerza de las palabras los acontecimientos que sumergían a la sociedad argentina en un pantano de crímenes de lesa humanidad. Sumergidos en ese cuadro agobiante de incertidumbre, frustración y rabia fue como intelectuales, profesionistas, militantes, docentes y estudiantes se marcharon al exilio para levantar la voz a través de las palabras impresas en papel y demostrar que aún fuera de su país, “...la literatura del exilio, no fue otra cosa que la literatura de la batalla por la libertad.” (Giardinelli: 1993: 24).

3.2 La literatura

En tiempos en donde la tecnología desborda por momentos al ser humano, y la realidad virtual parece alejarlo de las letras y el papel, no resulta gratuito reafirmar las grandezas que tiene el poder de la palabra escrita; palabra que cobra vida porque habita en la libertad, ya que “la libertad es el germen de la creación literaria.” (Mercader en Kohut y Pagni: 1993: 125). Es ahí, en la libertad de la creación literaria donde cimbran los ideales y las esperanzas de las sociedades. Es en el espacio literario, en el cual grandes líderes han convocado a las masas a levantarse en armas y luchar por la justicia y la igualdad y en donde el ser humano encuentra la posibilidad de crear un mundo absolutamente desconocido para el resto, pero tan real como el quehacer cotidiano que nos rodea a cada uno de nosotros, porque “...la literatura no es reflejo de la realidad sino transformación artística de la realidad, de donde la creación de otra realidad admite soslayar lo que consideramos realidad...” (Giardinelli en Kohut y Pagni: 1993: 251).

La realidad es un concepto que en la literatura transita en las rutas de la *relatividad*, porque, a pesar de que en ciertos textos se trabaje con una determinada ubicación histórica y geográfica, el relato no reflejará esa realidad, sino que creará a partir de esa realidad, otra nueva. “Lo real es la instancia que no puede ser expulsada ni incorporada por completo, una dimensión inevitablemente

problemática...” (Sarlo: 2007: 335). Y así, la literatura se mueve en tiempos paralelos, los cuales corresponden a su realidad particular, más no a la realidad evidente. Tiene sus horas, sus minutos y sus segundos; por eso “la literatura siempre es inactual, dice en otro lugar, a destiempo, la verdadera historia.” (Piglia en Kohut y Pagni: 1993: 102).

Para el escritor Juan José Saer, existen dos tipos de literatura, aquella que se protege bajo el abrazo de la comodidad del *deber ser*, y a la cual llama *literatura oficialista*; y la que, por el contrario, cuestiona las normas y ve más allá de lo que se muestra a simple vista. “La literatura oficial se distingue también por el hecho de que sus posiciones estéticas y filosóficas, previas a toda praxis, contribuyen a situarla en una fracción determinada y a evitar toda confusión: como la bandera el enfermo de la Cruz Roja durante la batalla, el escritor oficial enarbola bien alto su ideología para que le sirva de coraza en medio del tiroteo.” (Saer: 2004: 96). Por otro lado, Saer afirma que la gran literatura es aquella que supera al sistema impuesto y logra extender sus fronteras abatiendo barreras y cruzando los límites de la opresión y la censura. “...Toda gran literatura supera y engloba los sistemas, derriba sus pretensiones de absoluto reubicándolas en la relatividad histórica e instaura una visión del mundo propia de que esa relatividad histórica no es más que uno de los elementos.” (ibíd: 97).

Sin embargo, las distintas posiciones que un escritor puede asumir respecto de cierto momento histórico desde la literatura, provocan, como es natural, que la censura y las vejaciones a la libertad de expresión no se ejerzan con igual fuerza en todas las obras ni en todos los autores, como ocurrió en el caso argentino en el cual, tal como lo expresa Oscar Terán “durante esos años de sangre y horror, la producción intelectual no se extinguió. Por una parte, prosiguió la producción y la circulación de autores protegidos por su consagración, su apoliticismo o su adhesión pasiva o activa al régimen.” (Terán: 2008: 88). En el caso del mundo literario que se desarrolló en la Argentina de la dictadura, es importante aclarar que no todos los escritores se mostraron en desacuerdo con las normas elaboradas por el régimen militar, por lo que evidentemente la persecución, censura y desaparición de intelectuales no fue una generalidad. Esto ayudó, en

cierta forma, a que la producción cultural nunca estuviera totalmente paralizada y que se realizarán con total libertad ciertas expresiones culturales como las representadas por algunas revistas literarias. Sobre este tema, José Luis de Diego, afirma que “para quienes están acostumbrados a leer que la actividad cultural prácticamente desapareció bajo el peso de la represión, el editorial del '77 puede parecer sorprendente. También puede sorprender la aclaración que tilda de ambigua y tímida a la vocación de esas revistas. Porque, o bien no es cierto que la actividad cultural desapareció –o por lo menos disminuyó casi hasta su extinción–, o bien habrá que aceptar que esas revistas tenían un tinte oficialista, a partir de lo cual no sería cierto que las únicas manifestaciones culturales de entonces participaban de la llamada “resistencia”.” (De Diego: 2003: 133).

La literatura está generalmente inmersa en hechos históricos que en ocasiones marcan la pauta para la construcción de relatos. El autor, obligado a vivir una determinada situación, utiliza a la literatura para canalizar su experiencia. Es decir que “la literatura forma parte del campo social. Por eso, la alternativa ‘literatura o política’ es tan sólo aparente. Lo que cambia son las relaciones entre ambos términos. En una época en que la política pretende dominar la totalidad de la vida, reprimiendo la libertad, la literatura necesariamente se politiza más. El problema de los escritores consiste entonces, en evitar la apropiación, en mantener cierto margen de autonomía, para que la literatura siga siendo esencialmente libertad. El mérito más grande de la literatura argentina de los últimos decenios consiste en que sus autores, defendiendo la libertad literaria, resistieron a la represión y combatieron por la libertad de todos.” (Kohut: 1993: 9).

Convertirse en escritor, y hacer uso de la literatura como mecanismo de denuncia en una época tan complicada como lo fue la última dictadura argentina, puso en la mira a muchos intelectuales que, según el régimen, representaban un peligro para la sociedad y para la formación cultural de las nuevas generaciones, quienes ante el descontento que el régimen les provocaba, se acercaban a los textos que éstos producían. Se entiende entonces que, como ha escrito Kohut, “puesto que la literatura es, como ha escrito Sartre, en su esencia libertad y por lo tanto antagónica a toda represión, fueron los intelectuales en el sentido más amplio –

autores y artistas, críticos y periodistas- quienes sufrieron más la violencia del régimen.” (Kohut: 1993: 7). Sin embargo, ni la violencia a la que muchos fueron sometidos, ni el hecho de verse en la necesidad de partir al exilio devaluaron el uso de la literatura como medio de denuncia. Relatos testimoniales, novelas, cuentos, poemas, se colaron poco a poco en las editoriales, que hicieron que esta producción fuera de conocimiento internacional.

3.3 Letras en la dictadura

La relación entre la literatura y el poder político nunca antes había tomado tanta fuerza hasta que el régimen empezó a notar la influencia que ciertos textos provocaban sobre la población, especialmente en los jóvenes. Sin embargo, las discusiones acerca de esta relación ya habían sido tratadas anteriormente por algunos escritores de la época. “Entre 1970 y 1973, diversos debates acerca de la relación entre literatura y política pueden ser seguidos, entre otros medios, en los once números de la revista *Nuevos Aires*. Allí Vargas Llosa, Carpani, Ángel Rama y otros discuten activamente acerca de la relación entre intelectuales, política y revolución, con posiciones que van desde la apuesta por la revolución en las formas estéticas hasta la total subordinación de la estética a la política.” (Terán: 2008: 81). Los avances en el estudio de esta relación entre campos aparentemente distantes el uno del otro, derivaron en la especial atención que el poder militar decidió dirigir hacia los espacios culturales entre los cuales se encontraba la producción literaria, emprendiendo tajantes medidas de control. Por eso, “la mayoría de los textos escritos durante la dictadura son publicados después de su caída. De modo que cuando se habla de manifestaciones de la cultura en aquellos años las menciones más recurrentes apuntan a formas de expresión que tuvieron en ese momento algún alcance público: revistas, recitales de rock, Teatro abierto, etc.” (De Diego: 2003: 106). De esta manera, la producción de ciertas revistas alcanzó un importante número de lectores que simpatizaban con las denuncias que, aunque fuera entre líneas, se dejaban ver en cada uno de los artículos que ahí se publicaban y que mostraban, de alguna

manera, un frente de cultura contestataria de cara a la situación que atravesaba el país. “Esa cultura de resistencia produjo, especialmente a partir de 1978, numerosas revistas, la gran mayoría de vida efímera, y otras, como *El Ornitorrinco* o *Punto de Vista*, de mayor perdurabilidad. Desde las ciencias sociales, *Crítica* y *Utopía* mantuvo de igual modo las pretensiones de resistencia cultural. Igualmente, varias editoriales persistieron en su producción, y de todas ellas resalta la valerosa prosecución de la labor de Boris Spivacow y sus colaboradores en el *Centro Editor de América Latina*. Asimismo, se constituyeron grupos de estudio y talleres literarios...” (Terán: 2008: 89).

Conocer que las medidas tomadas por el poder militar, no lograban apagar del todo la llama de la libertad de expresión, llevó a que en ocasiones las disposiciones se recrudecieran y es así como “a través del control, por medios político-administrativos, se da un proceso que podríamos llamar de ‘disciplinamiento’ de la cultura. Las Fuerzas Armadas despliegan una intensa estrategia de control sobre el campo cultural, interviniendo para ello dentro del sistema educativo, los medios de comunicación –prensa escrita, radio, televisión–, la industria editorial y discográfica, así como dentro del subcampo del arte.” (Lorenzano: 2001: 59).

La literatura representó para el régimen militar un inminente enemigo a atacar. Se quemaron libros de tintes izquierdistas por considerarlos ‘subversivos’, se prohibió la publicación de ciertos títulos editoriales que podrían movilizar a aquellos sectores de la sociedad que eran opositores del poder militar, y se prohibieron las reuniones de grupos para evitar la elaboración de planes conspiratorios². De esta forma, “los textos literarios fueron cantera de enigmas para el poder político. Tal vez porque algunos procedimientos literarios sirven para enmascarar, mediante el recurso del punto de vista, por ejemplo, las opiniones políticas de los autores y la

² Algunos de los títulos que prohibió la dictadura fueron: “Mascaró, el cazador americano” de Haroldo Conti; “El Principito” de Antoine de Saint-Exupéry; “El Manifiesto Comunista” de Karl Marx; “Operación Masacre” de Rodolfo Walsh; “Crimen y Castigo” de Fiódor M. Dostoievski; “Las Venas abiertas de América Latina” de Eduardo Galeano, entre otros. La categoría de literatura infantil también padeció la censura de algunos textos como: “La Torre de Cubos” de Laura Devetach; “Un Elefante ocupa mucho espacio” de Elsa Bornemann y “El Pueblo que no quería ser gris” de Beatriz Doumerc. Se sabe también que algunos textos eran modificados en su vocabulario; por ejemplo, la palabra “alpargata” que generalmente se refería al calzado popular se cambiaba por la palabra “zapato” o algún otro sinónimo.

‘verdad’ ideológica de los textos.” (Gilman: 2003: 70). Este *enigma* que representó la literatura para los aparatos represivos, llevó a que se definiera, entre otras cosas, a uno de los sectores que sería firmemente reprimido: el sector de los intelectuales.

3.4 El intelectual, el escritor y el intelectual comprometido

El intelectual palestino Edward Said, en su libro *Representaciones del intelectual* hace un extenso recorrido por la evolución y desarrollo de la creación y definición de la figura del intelectual. Finalmente, nos acerca a uno de los significados que resulta más acertado para el tema que se maneja en esta investigación. De acuerdo a este autor, “...el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y a favor de un público.” (Said: 1996: 29). Podríamos decir que es una especie de mensajero del pensamiento del ser humano; un crítico de la realidad que pone a disposición de su público el análisis de todo lo que involucra a la sociedad. De acuerdo a Said, “para lo que menos debería estar un intelectual es para contentar a su audiencia: lo realmente decisivo es suscitar perplejidad, mostrarse contrario e incluso displicente.” (ibíd.: 31). Para el poeta Jorge Boccanera el intelectual es un actor social de especial importancia. En entrevista para la elaboración de este estudio, el escritor afirmó: “El intelectual resulta ser como una especie de engranaje. Lo que hace el intelectual es ampliar el campo de las preguntas, porque la pregunta delata lo que no está bien, lo que hay que cambiar. Y eso hace, interpelar planteos a manera de interpelar la realidad. En América Latina, tenemos una larga tradición de intelectuales comprometidos. En Argentina la dictadura dejó un saldo de más de 100 artistas y escritores desaparecidos. Es muy difícil estar alejado de lo social. Hay un verso de Vallejo que a mí me define lo que es la solidaridad y es que *se debe todo a todos*.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

La reflexión acerca de la historia y los movimientos que ésta trae consigo forman parte relevante del eje discursivo del intelectual, quien a través del campo cultural

reforzará sus postulados e interrogantes. Ya sea a través de la escritura, la imagen o el sonido, la importancia del papel del intelectual recae en su capacidad de análisis y objetividad crítica frente a ciertos sucesos. Por eso, siguiendo este postulado, se refuerza la idea de que “los intelectuales son individuos con vocación para el arte de representar, ya sea hablando, escribiendo, enseñando o apareciendo en la televisión.” (Said: 1996: 31). De esta forma, una de las tareas sustantivas del escritor es representar lo que sucede alrededor de sociedades que a menudo, son presa de poderes autoritarios.

La diferencia entre un escritor y un intelectual es difícil de definir cuando ambos se encuentran rodeados de hechos sociales que marcan la historia. Quizá habría que preguntarse en qué momento un escritor se convierte en intelectual y cuándo se le considera al intelectual como un militante.

Antes que nada, es importante remarcar lo que se ha venido mencionando anteriormente con respecto a que “no consideramos entonces a los intelectuales en tanto creadores, educadores o profesionales, sino como productores y agentes de circulación de nociones comunes que conciernen al orden social.” (Sigal: 2002: 7). Un intelectual entonces, se podría crear desde cualquier espacio del conocimiento sin pertenecer necesariamente al campo de las disciplinas humanísticas, sin embargo, en este caso empezaremos a referirnos más enfáticamente a la evolución del escritor a intelectual por ser el área que se vincula más cercanamente con la producción literaria.

Ser considerado como un intelectual parece ser un proceso que comienza desde la percepción que el sujeto tiene sobre él mismo en cuanto a su participación como actor social. Así, “la posición del intelectual depende tanto de la decisión individual de asumir ese papel como del sentido político que pueden adquirir prácticas culturales.” (ibíd.: 8). Se afirma una vez más el papel que el intelectual tiene como crítico de la sociedad y cómo éste cobra fuerza a través de las manifestaciones culturales que realice desde su postura. El intelectual es entonces, “...gente que piensa, gente cuya producción es su cabeza y su cultura, y cuya materia prima son los libros que leen y las ideas que están en esos libros.” (Giardinelli: 1993: 26).

Ahora bien, es importante resaltar quién es un escritor y cómo es que logra dar el salto hasta convertirse en intelectual. Para Juan Carlos Martini, “un escritor, al fin y al cabo, es casi siempre un ser bastante inofensivo, que suele vivir de su casa para dentro, y que se refugia –antes que en un país o en una ciudad- en su propia escritura. Lo único que necesita de verdad, es escribir.” (Martini en Kohut y Pagni: 1993: 142). Es este ‘ser inofensivo’ el que, a pesar de su ensimismamiento posee en sus manos un arma muy poderosa, la palabra escrita, y es a través de ésta que logra proyectar sus pensamientos, críticas, reflexiones e ideas a todo un público que habita en el exterior de las páginas de sus escritos. Juan José Saer afirmó que “el escritor es, antes que nada, hombre de un único discurso, que nace de sus visiones y que él elabora una y otra vez sin tener en cuenta ni la expectativa de su audiencia ni los cambios de situación.” (Saer: 2004: 119).

El paso de ser escritor a convertirse en intelectual y después en activista político, es una actividad que en América Latina comienza a difundirse a partir del boom de la década de los sesenta. “En un movimiento progresivo, que alcanzó entonces su culminación cuantitativa en los años sesenta, artistas y letrados se apropiaron del espacio público como tribuna desde la cual dirigirse a la sociedad, es decir, se convirtieron en intelectuales.” (Gilman: 2003: 59). Esta vinculación con la sociedad le fue otorgando al escritor/intelectual un papel sobresaliente en la dinámica del pensamiento colectivo. Además, gracias a la creciente demanda de textos que se vivió en esa época, las editoriales sudamericanas todavía mantenían un buen sustento económico para promover continuamente la publicación de material novedoso, lo cual acercó a los escritores a mayores sectores sociales.³ “Las abstracciones se tiñeron de realidad; y la realidad, tensa, urgida, cruenta y nutricia, comenzó a influir de manera decisiva en lo que se escribía o dejaba de escribir.” (Benedetti: 1973 citado por Sonderéguer: 301). Esta nueva realidad fue quizá la que los impulsó a asumirse como intelectuales, es decir, *como un escritor que también debía participar en los debates de la sociedad*. “La pertenencia a la

³ A pesar de la censura que se vivía en aquellos días, los escritores que se quedaron en Argentina buscaron la manera de seguir publicando. Uno de esos casos fue el de la escritora Alina Diaconú, quien al sufrir la censura de su libro “Buenas noches, profesor” optó por ocultarse en la literatura fantástica y la metáfora desarrollando títulos como “Los Ojos Azules”. Para informarse más sobre este tema se puede revisar el libro de Jorgelina Corbatta “Feminismo y escritura fantástica en Latinoamérica”. (ver referencia bibliográfica).

izquierda se convirtió en elemento crucial de legitimidad de la práctica intelectual. Es cierto que no todos los escritores adoptaron posiciones de izquierda, pero no es menos que la corriente generalizada en ese sentido era muy fuerte.” (Gilman: 2003: 58).

No obstante, existen diversos puntos de vista sobre el origen de la vinculación del escritor con la política para convertirse así en un intelectual. “Un escritor no es necesariamente un intelectual, un intelectual no necesariamente es un político, un político no necesariamente es un revolucionario. Si llegó a haber una simbiosis entre el primero y el último de los términos de la serie es porque los setenta se caracterizaron precisamente por una supresión casi total de las mediaciones entre el campo literario y político. Cuando Mario Benedetti afirma que es necesario ‘un asalto al Moncada’ en la práctica artística, o cuando Julio Cortázar blande su consigna, ‘mi ametralladora es la literatura’, están provocando esa simbiosis, que se revestirá de marcas retóricas típicas en la discursividad de aquellos años”. (de Diego: 2003: 25).

Esta cercanía del escritor con las manifestaciones de los diversos medios de comunicación en la Argentina de la década de los setenta, estrecharon la relación de las producciones escritas con la opinión pública. “A lo largo de los años sesenta y setenta la *política constituyó el parámetro de la legitimidad de la producción textual* y el espacio público fue el escenario privilegiado donde se autorizó la voz del escritor, convertido así en intelectual.” (Gilman: 2003: 29) (cursivas nuestras).

La simbiosis del escritor como imagen política propició, durante la dictadura argentina, la censura de la obra de muchos autores de la época que empezaron a sembrar en la sociedad nuevas ideas sobre conceptos como la libertad, el nacionalismo y la defensa de los intereses populares. Silvia Sigal sintetiza el papel del intelectual latinoamericano de manera unívoca: “Desde perspectivas muy diferentes, autores como J.Friedmann o A. Touraine han subrayado, para los países en desarrollo, y especialmente para América Latina, el papel de los intelectuales en la construcción de mitos unificadores y en la elaboración de la identidad colectiva. También en la Argentina, grupos de escritores contribuyeron a forjar la manera como la sociedad se vio a sí misma.” (Sigal: 2002: 3). Así, el

escritor fue convirtiéndose paulatinamente en un escritor comprometido para después forjarse como un intelectual y a partir de este lugar muchos optaron por transformarse también en militantes. Claudia Gilman define el tránsito de un estadio a otro así: “El compromiso implicaba una alternativa a la afiliación partidaria concreta, mantenía su carácter universalista y permitía conservar la definición del intelectual como la posición desde la que era posible articular un pensamiento crítico. De este lugar simbólico del intelectual como conciencia crítica, muchos de los escritores del período fundaron su legitimidad.” (Gilman: 2003: 73).

Uno de los medios que brindó más posibilidades a los escritores para convertirse en intelectuales fueron, por su accesibilidad al público, las revistas sobre arte y literatura. Este medio ofrecía textos que dejaban ver una clara postura del escritor con respecto al momento que vivía la sociedad argentina. Claudia Gilman afirma que “los análisis sobre revistas del período que se han venido realizando en los últimos años expresan el hecho de que la revista político-cultural fue, en ese tiempo, un soporte imprescindible para la constitución del escritor en intelectual, puesto que supuso la difusión de su palabra en una dimensión pública más amplia.” (ibíd.: 22). Así, el escritor comenzó a apropiarse de importantes espacios públicos que lo acercaban a sectores de la sociedad a los cuales a través de los libros sería más difícil acceder. Además de que por las características de los textos publicados en las revistas, por lo general breves, se posibilitaba que el público le diera una mayor continuidad a la lectura sobre las reflexiones y críticas que el autor hacía.

Así como muchos escritores adquirieron la postura de intelectuales, posteriormente algunos de ellos se asumieron como militantes incorporándose, como señala Sigal, a estructuras de mayor consistencia ideológica. “La conversión de los intelectuales en militantes no se hizo, por lo tanto, a través del sistema político sino en el proceso de creación de entidades propias, cuya unidad reposaba sobre su consistencia ideológica.” (Sigal: 2002: 151). De esta manera se fue estableciendo el rol que el intelectual tenía como actor social en una época en la cual pensar más allá de las normas establecidas por el sistema político

dominante hacía que este sujeto perteneciente a la cultura se convirtiera en la presa ideal para la censura y la represión. “Desde la perspectiva del régimen militar, los intelectuales en tanto portadores de ‘ideologías disolventes’, eran los instigadores de la subversión. Se trataba, entonces, de exterminar los ‘focos de disensión’ a través de la intervención y la aplicación, en el campo cultural, de las tesis políticas generales que sostenía la dictadura.” (Lorenzano: 2001: 64).

Así, con el trayecto recorrido de escritor a intelectual y de intelectual a militante (en algunos casos), un importante número de argentinos se vio en la necesidad de huir de la represión que ejecutaban los mandos militares y encontrar su nuevo destino en un exilio incierto.

3.5 De intelectual a exiliado

Hacer uso de la libertad que la literatura les brindaba, trajo como consecuencia para muchos intelectuales el destierro. Arrojados a empezar una vida en países desconocidos para la mayoría, se enfrentaron ante el reto de lo que significaba escribir en el exilio. Es importante mencionar que el exilio intelectual en Argentina no fue un fenómeno que se diera por primera vez como consecuencia de la dictadura militar de la década de los setenta, ya que se cuenta con experiencias anteriores en las que, los escritores, por distintos motivos, se vieron en la necesidad de emigrar y escribir desde afuera⁴. Sobre estos antecedentes, Juan José Saer señaló: “La tendencia a considerar nuestra experiencia individual y presente como única puede hacernos olvidar que en la Argentina el exilio de los hombres de letras, más que la resultante esporádica de un conflicto de personas

⁴ Las distintas etapas de conflicto político en Argentina obligaron, en distintas ocasiones, a diversos personajes del mundo intelectual a abandonar su país. Dentro de los primeros exilios del siglo XIX se registraron casos como los de Mariano Moreno y el general José de San Martín. Más tarde, en 1837 se generó el exilio de la conocida “generación del 37” como consecuencia del gobierno de Juan Manuel de Rosas; entre estos exiliados estuvieron Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento. Ya en el siglo XX, en la década de 1960, el historiador Rodolfo Puiggrós vivió en México su primer exilio debido a las constantes limitantes que sufrió en Argentina para impartir libertad de cátedra. Años después, en la dictadura de la década de 1970 Puiggrós se exilió de nuevo y se habló de algunos casos de autoexilio como el de Cortázar quien afirmó que a pesar de haber salido de Argentina en la década de los cuarenta y por motivos personales, se consideraba, a sí mismo, en ese momento un exiliado. Esta afirmación generó controversia entre algunos escritores que permanecieron en Argentina como Liliana Heker, quien se confrontó en varias ocasiones con Cortázar a través de notas críticas en diversas revistas.

aisladas con su circunstancia histórica, es casi una tradición.” (Saer: 2004: 268). Pareciera que el hecho de ser escritor argentino marca un destino casi inexorable para la mayoría de ellos. El interés muy difundido en el medio intelectual por viajar, salir y conocer lo diferente, así como los golpes de estado y la interrupción de la vida institucional democrática han formado parte de la vida de muchos intelectuales. “Puede decirse que la situación conflictiva del escritor es un elemento permanente de nuestra sociedad y que el exilio político no es sino una forma circunstancial que toma ese conflicto.” (ibíd.: 269).

Las causas que llevaron a exiliarse a los escritores que forman parte de esta investigación tuvo evidentemente motivos políticos e ideológicos. Desde el momento en el que fueron presa de persecuciones y censuras, los intelectuales que se manifestaban abiertamente en contra del régimen, se solidarizaron en seguida con los sectores de la población que, al igual que ellos, buscaban la manera de recuperar a un país que se desquebrajaba con cada crimen cometido. De esta manera, el hecho de “...que un escritor sea desterrado de su propio país porque no corresponde a las consignas ideológicas de los que gobiernan es un hecho que no refleja más que un aspecto del problema y que, cuanto más, hace solidario al escritor con los otros sectores de la sociedad que sufren la misma suerte.” (ibíd.: 268.)

Desde su posición de analistas críticos, los exiliados emprendieron una ardua labor de denuncia que viajaba por todo el mundo haciendo llegar su mensaje a las principales organizaciones de derechos humanos, y cuestionaba el mensaje oficialista que salía de parte de los altos mandos de la dictadura militar. Sobre este punto y con respecto a este desempeño del intelectual como actor social, Edward Said escribió que “los intelectuales son *de* su tiempo, caminan vigilados por la política de masas de representaciones encarnadas por la industria de la información o los medios, y únicamente están en condiciones de ofrecer resistencia a dichas representaciones poniendo en tela de juicio las imágenes, los discursos oficiales y las justificaciones del poder vehiculadas por unos medios cada vez más poderosos.” (Said: 1996: 39).

Sin conocer a ciencia cierta el impacto que sus palabras tenían alrededor del mundo, los intelectuales que se encontraban creando un nuevo proyecto de vida en distintos países comenzaron a ver florecer resultados de una lucha que parecía interminable. El alcance de las palabras era importante. Martha Mercader afirmó que “el poder del intelectual es una incógnita no despejada. A veces gana batallas como el Cid, después de muerto. La materia prima del intelectual, las ideas, forjaron la Edad Moderna. Si Marx, Freud, Einstein, revolucionaron este siglo, en el final del milenio la inteligencia aplicada se acelera día a día en un vértigo incalculable.” (Mercader en Kohut y Pagni: 1993: 123).

Así, desde la experiencia que representó el exilio, empezaron a surgir un importante número de textos que dejaban ver el sentir de todos aquellos que se encontraban lejos de su país sin tener certeza del día en que podrían regresar. Esto, a su vez, abrió polémicas que llevarían a tratar el exilio como un tema de cabecera. “La problemática del exilio se erigió en uno de los momentos decisivos del reordenamiento del campo intelectual durante la dictadura y en la post-dictadura. Disputas personales, acusaciones airadas, justificaciones de conductas propias y ajenas tiñeron las polémicas. Hoy, con algunos años de distancia, pueden verse aquellas polémicas con un grado mayor de objetividad y con la pasión que las envolvía ya apaciguada.” (De Diego: 2003: 187).

A pesar de los conflictos que se dieron entre los contingentes de exiliados e incluso, con quienes habían decidido quedarse en Argentina, no se pasó por alto la reflexión sobre lo ‘positivo’ que el destierro ofrecía a todos los que lo vivían como un hecho cotidiano. “Entre los privilegios –ya no paradójicos, sino casi obvios-, suelen mencionarse, además, la libertad de expresión y la libertad de información, que se manifiestan en la repetida frase: afuera se sabía mejor lo que pasaba en Argentina que adentro. Así, los ‘privilegios’ resultan la contracara del dolor por lo perdido, como si transformar esa experiencia traumática en algo positivo fuera como un imperativo autoimpuesto por muchos de los exiliados.” (ibíd.: 179). Algunos exiliados decidieron ir incorporando a sus vidas esta visión optimista de los hechos a fin de contrarrestar la dolorosa experiencia que representaba el estar fuera de su país. Edward Said también habla de los

beneficios del exilio y afirma que algo que el destierro otorga, para quienes quieran verlo de esta manera, “es, naturalmente, el placer de sorprenderse, de no dar nada por asegurado, de aprender a conformarse en circunstancias de precaria inestabilidad que podrían confundir o aterrorizar a la mayoría de las personas. Una vida intelectual gira fundamentalmente en torno al conocimiento y la libertad.” (Said: 1996: 69). Más adelante afirma que “una segunda ventaja para lo que es de hecho el punto de vista del exilio para un intelectual es que tiendes a ver las cosas no simplemente como ellas son sino como han venido a ser. Contemplas las situaciones como contingentes, no como inevitables; las ves como el resultado de una serie de opciones históricas llevadas a cabo por hombres y mujeres, como hechos de sociedad realizados por seres humanos, y no como realidades naturales o sobrenaturales, y por lo tanto inmutables, permanentes e irreversibles.” (ibíd.: 71). Todas estas perspectivas y diferentes posturas sobre un mismo hecho, comenzaron a ser plasmadas en la literatura que los intelectuales desarrollaron en el exilio. La distancia, acompañada por la libertad de expresión, les permitió pronunciar aquello que en Argentina ya era imposible de enunciar. Y entre vida cotidiana, letras, denuncias y el paso del tiempo, comenzaron a forjar una nueva identidad: la del exiliado.

3.6 El Exiliado

Así como “el exilio de los escritores nos muestra, sin duda, lo arbitrario del Estado, pero también, y sobre todo, lo que debería ser y aún lo que es, en el mejor de los casos, un escritor” (Saer: 2004: 272), también permite conocer ciertas características que forman parte de la *identidad* que un sujeto crea al momento de asumirse como un exiliado.

Nostalgia, adaptación, destierro y la imposibilidad de regresar al lugar de donde alguna vez se partió, constituyen factores comunes dentro de la identidad del exiliado. Mempo Giardinelli compartió en entrevista para este trabajo la siguiente reflexión sobre su percepción como exiliado: “En realidad al exiliado yo lo defino como un transterrado. Es un transterrado involuntario que de alguna manera es un

sobreviviente, es alguien que ha tenido la fortuna de no pagar su militancia y/o su pensamiento con su vida o con la cárcel, pero que al mismo tiempo tiene la condena de la distancia y de la prohibición de volver. Pero hoy no creo que ser exiliado sea una resta, sino que puede ser una suma. Quienes estuvimos en México aprendimos a querer a dos banderas, dos sociedades. Y ésta me parece que es una mirada muy enriquecedora.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

Autores como Judith Filc y Jean Amery han aportado nociones y conceptos que dibujan de manera clara la construcción del individuo que vive en el exilio y se ve obligado a experimentar forzosamente un proceso de reformulación y revaloración identitaria.

Para el exiliado, como afirma Filc, “la articulación entre nacimiento, territorio y nación se quiebra, obstaculizándose así la constitución del sujeto en sus diversos sentidos.” (Filc: 2004: 198). Esta ruptura de vínculos con la realidad que formó parte de su evolución como sujeto social es el inicio, como lo afirmaría Filc, de la construcción de su nueva identidad como sujeto errante. Sin embargo, parece que la denominación de ser ‘errante’ resulta ser algo severa. Si bien, el exiliado experimenta una especie de quiebre con su lugar de origen, también encuentra en lugares y situaciones nuevas su arraigo como un individuo reestructurado.

“Está muy popularizada la idea –en realidad, totalmente equivocada- según la cual vivir en el exilio es sinónimo de estar totalmente desligado, aislado y separado sin esperanza de tu lugar de origen.” (Said: 1996: 60). Para muchos desterrados argentinos, el exilio significó un fuerte lazo con el país de origen. Este exilio los impulsó a buscar todos los medios a través de los cuales pudieran informarse sobre los hechos que ocurrían en Argentina como resultado de las políticas que aplicaba la dictadura. En la lejanía, el exiliado se enfrentó al reto de empezar a crear una nueva vida dentro de una sociedad que le resultaba, en muchos aspectos, esquiva y ajena. Quizás fue por esto que como afirma Said, “...para la mayoría de los exiliados la dificultad no radica simplemente en verse obligado a vivir lejos del hogar, sino más bien, teniendo en cuenta cómo es el mundo de hoy, en vivir rodeado de recuerdos de que estás en el exilio, que tu hogar no está de hecho tan alejado de ti, y que el trasiego normal de la vida diaria contemporánea

te mantiene en contacto permanente, aunque exasperante e insatisfecho, con el antiguo lugar.” (ibídem.).

La experiencia de enfrentar un proceso de *desterritorialización* produce en quien lo protagoniza, la necesidad de reinterpretarse y recrear un nuevo presente con base en los referentes de su propio pasado individual y colectivo, referentes que se verán modificados a partir del instante en el que el individuo se reconoce como exiliado. Sobre este proceso cargado de afectos y sinsabores, Mempo Giardinelli compartió en entrevista cómo fue el momento en el que se reconoció como exiliado. Con respecto a esto dijo: “Fue de inmediato, uno sabía que salía y se iba al exilio. Era una condición inevitable, porque salíamos sabiendo que acá ya no se podía seguir porque nos iban a matar. No tenías más remedio que salir y convertirte en exiliado de inmediato. No había una transición, tomabas el vuelo y cuando llegabas a la otra punta ya estabas exiliado. Y sabías que hasta que no cambiasen las condiciones políticas no ibas a regresar. Yo salí después del golpe, y salí con plena conciencia de lo que sucedía.” (Bs.As, Arg: dic 2010). Por su parte, Tununa Mercado afirma que uno de los momentos en los que asimiló su condición de exiliada fue cuando tuvo que buscar escuela en México para sus hijos. Con respecto a esto dijo: “Me parece que ese momento se dio con la visita de una amiga que tuvimos en casa...fue un encuentro con mucha angustia porque se trataba de gente que había salido como nosotros, y eso ya era una marca de dolor muy fuerte; la de irse, la de despedirse...no obstante mi padre me había dicho que bueno, que nos íbamos a un país en donde íbamos a tener una experiencia nueva, pero era muy doloroso. Y ella nos dijo... ¡pero ustedes están locos si piensan que van a volver! y eso nos hizo entrar a la realidad. Y con ellos fuimos al día siguiente o a los dos días a buscar un colegio. Eso fue un momento muy emocionante, el momento de la decisión de decirles a nuestros hijos que ¡íbamos a inscribirlos en una escuela! Ellos casi se mueren. Recuerdo muy bien como se le llenaron los ojos de lágrimas a mi hija.” (Bs.As., Arg: dic 2010).

El proceso de creación de una ‘nueva identidad’ se lleva a cabo a partir de la resignificación de lo que fue su patria, la cual al momento de ser abandonada de manera abrupta como lo ocasiona el exilio, es imposible de recuperar. De acuerdo

a Jean Amery, puede entenderse a la *patria* como todo aquello que llevamos con nosotros desde la infancia y que crece y se modifica de manera paulatina y sutil. Según este sentido, el exiliado pierde su patria porque abandona todo aquello que acontece y que evoluciona con la lógica del tiempo. Así, el devenir que comenzó a crear desde su infancia se ve bruscamente truncado. El exiliado despierta en un espacio que ya estaba construido anteriormente sin él, del que no tiene registro y al cual el individuo debe adaptarse para comenzar a crear un contexto que lo resignifique dentro de ese nuevo entorno social.

La melancolía que ocasiona el hecho de querer ‘importar’ el lugar de donde se partió al nuevo sitio de residencia, crea en las primeras experiencias del exiliado una cierta imposibilidad de construir un lugar propio y un sentido de pertenencia dentro del espacio que lo recibe. Esta imposibilidad es fuertemente señalada por las vivencias de un pasado que lo persiguen en el presente y que de acuerdo con la interpretación de Jean Amery, le impide de manera tajante la elaboración de ‘nuevas patrias’. El autor lo describe de la siguiente manera: “no existen nuevas patrias. La patria es la tierra de la infancia y de la juventud. Quien la ha perdido, se convierte en un errabundo, por más que en el extranjero haya aprendido a no tambalearse como un borracho y a hollar en el suelo sin temor.” (Amery: 2001:120). Por su parte, Judith Filc afirma que esta pérdida de la patria puede desarrollar en algunos exiliados un sentimiento de resentimiento hacia su país, al país que no los supo contener, y que por el contrario los lanzó a un abismo en el que no se veía un final. “Entonces, en el exilio no hay pertenencia, salvo la marca excluyente de la expulsión que a eso sí se pertenece, ni posibilidad de modificación social, salvo del propio corpus, en el doble sentido de la palabra: modificación de lo que ha hecho en el pasado que, habiendo llevado al exilio, ha entrado en crisis, y de lo que se es. Traducida a términos literarios esta posibilidad es o bien de innovación crítica o bien de repetición.” (Jitrik en Kohut y Pagni: 1993: 169). Esta experiencia desemboca, para algunos, en la nostalgia, un sentimiento que deriva en un autoextrañamiento por la persona que se fue algún día. Entre la nostalgia y la melancolía se mezcla también la inevitable angustia frente a la incertidumbre. Tununa Mercado recordó en entrevista el sentimiento durante su

primer periodo de exilio en México con estas palabras: “recuerdo mucha angustia, tener el nudo en la garganta constante y no poder hablar. Yo creo que esa era una sensación común para casi todos...era una situación que no la prevés en la vida. Imagínate es como si te dicen ahora que te tenés que ir y que no podés volver y que tenés que dejar todo como está.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

El exiliado, no puede apropiarse de su antigua patria porque es una realidad distante, pero tampoco puede aprehender la totalidad del nuevo lugar que habita porque vive bajo la ensoñación de volver a ver algún día lo que dejó atrás. Es así como se habla de dos sentimientos importantes del exilio: “por un lado, la nostalgia, que se suele manifestar como nostalgia de lo perdido, que en realidad es pérdida de la pertenencia y de la capacidad de modificación y, por el otro, la indiferencia respecto de lo nuevo, que puede ir de lo grotesco, ridículo y patético hasta lo psicótico.” (Jitrik en Kohut y Pagni: 1993: 169). Sin embargo, también hubo quienes lograron relacionarse íntimamente con el país que los recibió como fue el caso de Mempo Giardinelli, quien comentó en entrevista cómo vivió su proceso de exilio en México: “Yo lo viví con dolor al comienzo, mucho dolor... y poco a poco me fui entregando a la seducción de México. México es un país que a mí me fue enamorando de a poco... Por eso cuando regresé fue como vivir un desexilio doloroso, porque en realidad me exiliaba de México al volver aquí (a Argentina)... y de hecho hoy, años después, mantengo una doble afinidad. México es mi otra casa, no mi segunda casa, sino mi otra casa.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

La incapacidad de adaptarse de nuevo a su país, al lugar del que alguna vez formaron parte nos lleva a pensar que, tal vez, como afirman algunos autores como Jean Amery y Judith Filc, no existe el retorno. José Luis de Diego escribió que “un testimonio recurrente, especialmente –pero no exclusivamente- en los escritores exiliados, es aquel que afirma que el regreso del exilio es imposible, porque el que regresa es otro.” (De Diego: 2003:199).

Cuando se expulsa al individuo de su patria y se le despoja de su identidad prohibiéndole el retorno se pierde, incluso, la capacidad de regresar y reinstalarse al espacio de donde se partió. Jean Amery afirma que “no hay retorno, porque reintegrarse a un espacio no significa jamás recuperar el tiempo perdido.” (Amery:

2001: 110). Y es que en ese tiempo perdido no solamente ha cambiado el país, la gente y el espacio que compone una sociedad, sino que el mismo protagonista también se ha transformado, y cuando vuelve es como enfrentar a dos desconocidos que se dan la mano por primera vez sabiendo, sin embargo, que han estado frente a frente antes de ese encuentro. Volver a pisar el país que los expulsó una vez no fue nada fácil para muchos de los exiliados. Tununa Mercado conversó en entrevista su impresión al regreso a Argentina de la siguiente manera: “Recuerdo que el regreso, como la salida...fueron difíciles. Había pasado mucho tiempo y... yo por ejemplo, había vivido la muerte de mi padre estando en México. Es decir que... no lo pude acompañar. Y cuando volvimos a Argentina lo primero que hice fue ir a Córdoba...mi ciudad, y, bueno, fui a donde estaba sepultado mi padre. Y después, muy poco a poco... todo fue fluyendo.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

Como en toda situación humana, fue inevitable que surgieran ciertas ‘rencillas’ entre aquellos que habían marchado al exilio y los que habían llevado a cabo el llamado ‘exilio interior’, en el cual vivieron clandestinamente durante los siete años de dictadura. Por eso, “el extrañamiento del regreso era doble: no los exiliados que regresaban eran los mismos, ni tampoco lo eran aquéllos con quienes se reencontraban, y que habían debido soportar el exilio interior. Para los proscritos, quienes se habían quedado en el país habían sufrido, en muchos casos, una suerte de lavado de cerebro: Siscar habla de ‘zombies’; Adriana Puiggrós, de una ‘gran frivolidad’. Existía una resistencia a que los recién llegados pretendieran saber qué ocurrió bajo la dictadura mejor que los que la vivieron en carne propia, y la reacción será contra los que con cierta arrogancia se endilgaban un presunto heroísmo en la lucha contra la dictadura ‘desde afuera’.” (De Diego: 2003: 207).

Para muchos el regreso significó un fuerte choque con una realidad sobre la cual, aunque estaban permanentemente informados, conocían muy poco. Mempo Giardinelli dijo sobre su regreso que le representó “un sentimiento de extrañeza y extranjería; porque yo ya era mexicano y regresar fue un shock... Y a la vez era sentir la fascinación por la recuperación de la democracia. Me costó adaptarme, desde luego. Sobre todo el primer año... año y medio. Creo que lo que me terminó

de afianzar acá fue el terremoto del 85. Amo a México, pero pensé: en mi país ahora no me tiembla el piso. Eso fue simbólico.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

Entre todas las reflexiones que se desprendían durante el exilio de muchos intelectuales argentinos, “la escritura aparece entonces como un posible espacio de sobrevivencia, allí donde aún se puede pelear por la dignidad de la palabra, por la honestidad de la memoria.” (Lorenzano: 2001: 73). Entre sus recuerdos, sus ideales y sus nuevas experiencias, los escritores exiliados fuera de Argentina comenzaron a crear una vasta producción de textos que daban a conocer las consecuencias de una sociedad que se desmoronaba. Es por esto que, como afirma José Luis de Diego, “en virtud de diversas dictaduras padecidas por Argentina, muchos escritores se reconocieron en el exilio, lo sufrieron en su sentido directo y, en algunos casos, lo vincularon con el metafórico refiriéndose a esta situación como desarraigo de la patria exterior y como riesgo de no reencontrar la patria de la lengua a la que pertenecían. Por lo tanto, si los escritores suelen ser exiliados respecto de un orden social real, en esta circunstancia, por tener que vivir en otro lugar, se sintieron doblemente exiliados.” (De Diego: 2003: 155).

A pesar de los desacuerdos que el exilio pudo haber suscitado entre los desterrados, de acuerdo a Mempo Giardinelli, entre exiliados “quedó una cofradía, nos reconocemos entre los exiliados. Tenemos un lenguaje común y un afecto común por México, o por el país que sea. Y también hemos aprendido a mirar a la Argentina desde lejos. Esa mirada con distancia, el haber entendido el por qué de la mala fama de los argentinos, ver a todos los que no nos querían pero también a los que sí nos querían. Ése es un aprendizaje fabuloso, que nos ha permitido tener una visión crítica y autocrítica.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

De esta experiencia se desprenden las novelas, cuentos, ensayos y poemas que lograron conformar lo que ahora se conoce como la *literatura del exilio* a través de la cual se ha podido armar el rompecabezas de lo que representó la dictadura más sangrienta en la historia de Argentina.

3.7 Escribir en el exilio

La literatura que se desprende de la experiencia que representó el exilio para algunos escritores argentinos, está inevitablemente inmersa en la neblina que envuelve un determinado hecho histórico y que coloca a la producción de la misma bajo ciertos temas recurrentes. “El recorte que propone la expresión ‘literatura del exilio’ tiene, evidentemente, relación directa con el contexto sociohistórico del cual es producto; en ella hay, por lo mismo, una preocupación constante por la situación que convirtió a cada uno de los escritores en exiliado.” (Lorenzano en Yankelevich: 2002: 329).

Enfrentarse con la incertidumbre de una hoja en blanco, era enfrentarse también a la reflexión de lo que había significado para cada uno de los intelectuales/escritores dejar atrás el rastro de un camino recorrido en Argentina y prepararse para iniciar una vida en la que no había nada escrito. “Comenzar a escribir en un exilio forzoso equivalía, quizás, a dislocar un proyecto narrativo. Dicho de otra manera: se trataba de reescribir una historia personal –la historia de un sujeto en relación a su escritura- para reinscribirla en un contexto extraño, que no era otra cosa que el propio pero mirado desde otra posición.” (Martini en Kohut y Pagni: 1993: 142). En medio de un mundo que no conocían y habiendo salvado sus vidas por medio del exilio, se abrió espacio a la libertad de las palabras que se convirtieron en el hogar de cada uno de los que decidieron escribir sobre y en el exilio. Los textos formaron, poco a poco, el hogar de los recuerdos y anhelos de muchos exiliados que viajaban a la Argentina a través de los relatos que, a kilómetros de distancia, desarrollaban invocando al país sudamericano. Estos recuerdos y las imágenes que los constituyen, no son otra cosa más que la patria del exiliado, es por eso que a pesar de estar a miles de kilómetros de su país, “dondequiera que esté, el escritor escribe siempre desde ese lugar que lo impregna y que es el lugar de la infancia.” (Saer en Kohut y Pagni: 1993: 108). Las reflexiones que cada uno de los escritores expresaba sobre su país y acerca de su nuevo lugar de residencia, eran un ir y venir entre su lugar de origen y el presente que lo rodeaba; y a través de la imagen de su patria y de las palabras que

palpitaban frescas en hojas que daban origen a los inicios de una nueva generación literaria, los escritores se resignificaban en un exilio incierto, “porque las palabras, como la patria, son la infancia, se apoyan en ella para poder sonar y significar en niveles profundos.” (Moyano en Kohut y Pagni: 1993: 147).

Si en Argentina muchos intelectuales vieron coartada su libertad de expresión, en el exilio encontraron la manera de expresar abiertamente lo que pensaban. Después de haber arriesgado la vida en su país al expresar su desacuerdo con las políticas represivas, en el exilio fortalecieron su postura en contra del régimen y levantaron la voz dando a conocer el verdadero rostro de la dictadura. “El intelectual *exílico* no responde a la lógica de lo convencional sino a la audacia aneja al riesgo, a lo que representa cambio, a la invitación a ponerse en movimiento y no a quedarse parado.” (Said: 1996: 73). Y el movimiento lo encontraron en la literatura, en ese espacio personal que al permitirles plasmar sus pensamientos en papel, se convertía en público, y al ser público se movía con mayor rapidez, y llegaba a un auditorio más amplio. Sobre la experiencia que analizamos, Jitrik comentó: “Los argentinos veían en la literatura una posibilidad de canalizar algo que tenía que ver, así sea vagamente, con una ruptura de una imagen anterior: Gente que había sido muy activista en el plano político descubría en la literatura la posibilidad de un remanso, de un reconcentramiento, de una acomodación de los signos, la literatura era un camino para reencontrarse en una zona de análisis o de verdad que los aparatos analíticos anteriores y propios no proporcionaban.” (Jitrik en Kohut y Pagni: 1993: 160).

Los temas que se trataban en la literatura del exilio tenían que ver, a menudo, con los aspectos mencionados anteriormente sobre la construcción de la identidad del exiliado y su experiencia en el destierro; sus percepciones sobre el nuevo lugar de residencia, los conflictos y simpatías con una nueva sociedad y la incertidumbre de su regreso a la Argentina. Algunos escribieron también sobre situaciones cotidianas en las calles durante la dictadura, dibujando un panorama bastante claro sobre la verdadera situación en aquel país. “Un elemento que se repite en los textos literarios escritos en el exilio es la oposición entre un espacio de pertenencia y otro de ajenidad, en íntima relación con un quiebre en la

temporalidad que marca el antes y el después del exilio.” (Lorenzano en Yankelevich: 2002: 335). Para Noé Jitrik, reconocido intelectual argentino, uno de los temas más recurrentes en la literatura del exilio fue sin duda, el sentimiento de pérdida que representó para muchos verse obligados a abandonar su país, o bien, las pérdidas que la dictadura y el exilio trajeron consigo. Muchos perdieron en batalla a amigos, colegas, compañeros de militancia o de trabajo y familiares cercanos, y otros, como fue el caso de la escritora Tununa Mercado, padecieron desde el exilio la pérdida de alguno de sus padres a quienes se vieron forzados a envolver en una imagen de aquello que alguna vez había sido su patria y que era imposible de recuperar. Jitrik abunda sobre este sentimiento al escribir: “Este es un tema del exilio: la pérdida, aquello de que nos despojaron; nos despojaron de un lugar, nos despojaron de una historia, nos apartaron de lo nuevo que surgía, pero también de la cama, de la vajilla y de tantas otras infinitas nimiedades, nos obligaron a inventarnos un nuevo interés por las cosas cuando pensábamos que nuestro interés por las cosas poseía ya una forma definitiva.” (Jitrik en Kohut y Pagni: 1993: 160).

Sea cual fuera el tema que los exiliados recrearon con sus palabras, no es gratuito afirmar que, sin duda, la escritura constituyó uno de los medios de canalización, reflexión y análisis más requeridos por los intelectuales, además de ser también uno de los mecanismos de denuncia que logró llegar con mayor rapidez a los organismos de derechos humanos. Escribir se convirtió en la fuerza para matar a los demonios que acechaban la memoria de los exiliados. “Dicen que se escribe para exorcizar el perseguidor interior. Durante la dictadura, los perseguidores fueron reales, andaban con sus metralletas a la caza de textos sospechosos y autores subversivos. La literatura que no se exilió abundó entonces en silencios, elipsis, omisiones, metáforas y otros tropos. Pero no renunció a su razón de ser.” (Mercader en Kohut y Pagni: 1993: 127).

Como hemos mencionado anteriormente, los ejercicios literarios no fueron una actividad exclusiva de los exiliados. A pesar de las disputas que se generaron entre quienes se fueron y quienes se quedaron, aquellos que vivieron el exilio interior también forjaron aspectos importantes de una literatura que en su mayoría

se dio a conocer con el restablecimiento de la democracia.⁵ Sin embargo, debido a que esta investigación gira en torno a la producción y autores que se desarrollaron en el exilio, este aspecto se trata a mayor profundidad que el resto de las creaciones correspondientes a ese momento.

Para Sandra Lorenzano, existen dos espacios bajo los cuales se desarrolló la literatura del exilio. El primero de estos es el espacio de *pertenencia*, que “es el lugar de la historia personal, el sitio de la memoria. Muchas veces ésta se transforma en un espacio mítico, idealizado por obra de la nostalgia y la añoranza.” (Lorenzano en Yankelevich: 2002: 335). El segundo es el espacio de la *ajenidad*, que “es el que recuerda permanentemente la extranjería; las marcas en el paisaje no evocan en principio ningún recuerdo, no hay huellas de una historia propia en el nuevo lugar.” (ibídem.)

Entre estos espacios, el de pertenencia y el ajeno, los intelectuales le dieron forma a sus recuerdos, y sin pensarlo empezaron a hacer uso de la memoria, la misma que los haría acordarse de todo lo vivido en Argentina y la misma a la que todavía recurren para continuar esculpiendo la figura de una vida en el destierro.

3.8 Literatura y Memoria

Se dice que la creación literaria está siempre acompañada por la memoria; imágenes con colores que nos deslumbraron, sonidos que endulzaron o atormentaron a nuestros oídos, palabras que penetraron en lo más profundo de nuestra conciencia se manifiestan en cada uno de los relatos. Todo lo que captan nuestros sentidos se vuelve real y presente en la literatura. “Podemos decir que, de algún modo, el pasado está en perpetua renovación. Cada lectura, cada nueva praxis de escritura lo reelaboran y lo recrean.” (Saer en Kohut y Pagni: 1993: 109). El tema de la memoria es sumamente complejo y llevaría prácticamente todo un trabajo de tesis para poder estudiarlo a profundidad, por eso es que, en este caso,

⁵ Durante el periodo que la dictadura instaló su poder en la sociedad argentina, hubo escritores que, ejerciendo la narrativa de ficción sobre el discurso autoritario lograron llevar a cabo la producción de importantes obras literarias que dejaban ver, entre líneas, su oposición al régimen. Tal fue el caso de Ricardo Piglia con su novela “Respiración Artificial” y Andrés Rivera con “Nada que perder”.

debido a la proximidad que el ejercicio de la memoria presenta con la literatura del exilio, se hablará a grandes rasgos sobre los principales aspectos de la memoria y su relación con el objeto de estudio.

La memoria forma parte primordial en la construcción de la historia de la humanidad, y “es fundamental para la formación de la identidad de un pueblo, una nación, de un Estado. La historia la escriben los historiadores, pero la memoria es la transmisión de vivencias particulares y personales.” (Catela: 2). De esta manera, afirmamos que la memoria de una sociedad se crea a partir de recuerdos personales, pero también de acontecimientos que nutren los recuerdos colectivos, y son éstos los que dan fe de la veracidad de los actos narrados por particulares. Como afirma la investigadora Ludmila Catela, “si bien sabemos que el individuo porta sus memorias, las produce y las comparte, no podemos poner en duda que la memoria está arraigada y situada allí donde compartimos espacios, lazos de pertenencia, solidaridades y sociabilidades.” (ibíd.: 3).

El ejercicio que la memoria realiza dentro de la psique humana pasa por varias etapas y en ocasiones llega a ser bloqueada como mecanismo de defensa cuando los procesos traumáticos han sido muy violentos. De acuerdo con Enzo Traverso, “la memoria tiende a atravesar varias etapas, que de acuerdo con el modelo propuesto por Henry Rousso en *Le Syndrome de Vichy* (1990), podrían describirse de la siguiente manera: en principio hay un acontecimiento significativo, con frecuencia un traumatismo; después una fase de represión que será tarde o temprano seguida de una inevitable anamnesis –el retorno de lo reprimido- que puede quizás convertirse en una obsesión.” (Traverso: 2007: 82).

Actualmente, en sociedades que han sido sometidas a grandes ‘traumas histórico-sociales’ como lo fue la Argentina durante el período del régimen militar de 1976 a 1983, se ha comenzado a considerar la importancia de reflexionar sobre la memoria individual y colectiva como consecuencia de tal hecho y como parte fundamental de la creación de la historia de un país. “La memoria parece hoy invadir el espacio público de las sociedades occidentales, gracias a una proliferación de museos, conmemoraciones, premios literarios, películas, series

televisivas y otras manifestaciones culturales, que desde distintas perspectivas presentan esta temática.” (ibíd.: 67).

El ejercicio de la memoria se encuentra precedido por la reflexión del acontecimiento; nunca es de acción inmediata, sino que se manifiesta en el campo de la abstracción, en donde los actos adquieren un carácter objetivo para ser posteriormente analizados y valorados desde una visión más periférica. En ocasiones, estas reflexiones desgastan la frescura del recuerdo mientras son asimiladas, ya que “no es sólo el tiempo lo que erosiona y debilita el recuerdo. La memoria es una construcción, esta siempre ‘filtrada’ por los conocimientos posteriormente adquiridos, por la reflexión que sigue al acontecimiento, o por otras experiencias que se superponen a la primera y modifican el recuerdo.” (ibíd.: 73).

Recurrir a los recuerdos que graba en la memoria una experiencia como el exilio, es un hecho que difícilmente se asimila en poco tiempo. Se necesita de un cierto intervalo y, quizás, de un espacio de reconciliación para poder empezar a trabajar con las imágenes, sonidos y olores que trae consigo el revivir las evocaciones. Cuando el hecho está ‘fresco’ y las emociones todavía brotan sin control es casi imposible tener un pensamiento ordenado. “Durante la catástrofe no se piensa ni se escribe, ya es suficiente con que cada grupo o individuo invente y lleve a cabo sus estrategias de sobrevivencia. Es en un tiempo ulterior, que pensamos lo que nos ocurrió...la reflexión humana está siempre en retardo con los acontecimientos que definen su destino.” (Viñar: 1995: 54).

Después del hecho traumático, viene el *duelo*, bajo el cual las cosas se empiezan a ver desde otra perspectiva. Este proceso marca las primeras pautas de un destino encaminado hacia la reflexión y el análisis. No es el hecho traumático por sí solo, el que llevó al intelectual –en este caso- a profundizar en su reflexión, sino el proceso de duelo que derivó del trauma vivido anteriormente y que desembocará después en el trabajo de memoria. “En el duelo, el desafío es la producción de sentido, la creación de un símbolo, a partir del reconocimiento del vacío y la ausencia definitiva. Con esto quiero decir que no toda memoria es sana, ni todo olvido es condenable. Lo condenable es la prescripción del olvido, la obliteración de la memoria. Como todo lo que es humano, no hay una memoria y

un olvido únicos, sino una pluralidad contradictoria y tumultuosa donde de modo imprevisible el futuro abrevará del pasado.” (ibíd.: 55).

Una vez que es trabajado el duelo, todo queda pendiendo de los recuerdos; de esos momentos que tal vez en algún punto quisieron ser olvidados; queda solo la memoria como testigo de una verdad que pretende borrarse. Los exiliados hicieron de esa memoria su patria, como el último recuerdo de lo que había sido su país, un país al que no volverían a ver incluso si volvían a él algún día. “El recuerdo, entonces, la memoria, serán aquello que le de al desterrado las señales de su identidad...Habrá, sin embargo, marcas reconocibles: el dolor, el desgarramiento, la nostalgia. La memoria y la lengua son los espacios que le van a permitir al escritor territorializarse. Serán ellas su patria: la imagen de la infancia y una geografía conocida.” (Lorenzano en Yankelevich: 2002: 325).

Cuando la pérdida se vuelve el tema más recurrente en el acontecer cotidiano de un intelectual que se ha marchado al exilio, la memoria se convierte en el refugio en donde dejó todo de lo que fue desposeído. En un momento en el que se vive el dolor con resignación, “queda entonces, como único elemento la memoria; un ámbito donde las sombras crecen exageradamente y en el cual, mediante esfuerzos casi sobrehumanos, se intenta conservar, redecir, reelaborar, las palabras cada vez más lejanas de la tribu.” (Goloboff en Kohut y Pagni: 1993: 137).

Desde el ejercicio de la memoria, los escritores empezaron a explorar el laberinto de las palabras. Cada vez era más frecuente que los exiliados, una vez que lograban ‘asumir’ el hecho del destierro, denunciaran a través de su narrativa las medidas de censura que el régimen había ejercido sobre ellos y sobre el resto de la sociedad argentina. Entre las paredes y horizontes del exilio, los escritores dieron pie al nacimiento de una nueva corriente literaria, la *literatura del exilio*, mediante la cual buscaron en los escombros de la memoria y crearon imponentes relatos que, a pesar de ser ficción, abrieron los ojos del resto del mundo ante el panorama de lo que ocurría en la Argentina de la década de los setentas. “Para la ficción narrativa, la memoria deviene una fuerza activa sujeta a constante construcción y reconstrucción, no una dimensión escrita y acabada en el pasado,

no un inventario de acontecimientos, tal como la conciben las disciplinas históricas. La ficción narrativa escribe e inscribe la memoria de maneras totalmente diferentes a cómo lo hace la historia. Lo que para la historia es 'pasado' está presente en el presente de la ficción narrativa removiendo y alterando la línea clásica de la continuidad temporal." (Porzecanski en Verani y Zubieta: 2000: 217). De esta manera, los escritores le fueron dando forma a una memoria que pretendía ser borrada por el régimen mediante la aniquilación de la generación 'subversiva' que amenazaba al poder político. Quizás nunca contemplaron que todos aquellos intelectuales a los que habían lanzado al exilio harían justicia, a través de sus palabras, por la memoria de los desaparecidos, los torturados, los censurados y los propios exiliados. Como afirma Martha Mercader, "marcados a fuego por nuestra memoria corta, los escritores también reivindicamos la memoria larga. La literatura quizás no sea la imagen de las cosas, sino las cosas vividas dentro de las cosas; lo real vivido dentro de lo real..." (Mercader en Kohut y Pagni: 1993: 127).

Y para relatar, no importó que el escritor estuviera en México, España, Francia, Suecia, Venezuela, o en cualquier otro país que recibió a los contingentes de exiliados. Situando su cuerpo fuera de Argentina, la memoria del escritor estaba siempre en su patria, porque "dondequiera que esté, el escritor escribe siempre desde ese lugar que lo impregna y que es el lugar de la infancia." (Saer: 2004: 100). De esta memoria colectiva y de las memorias individuales se desprendieron grandes relatos que hoy forman parte crucial de la historia argentina del siglo XX. Con el paso del tiempo, se ha dado pie a la importancia del estudio de la memoria para la construcción de un país consciente de sus debilidades y fortalezas y alerta de no repetir los sucesos que derivaron en la dictadura más sangrienta de su historia.

Al día de hoy, en Argentina se lleva a cabo una trascendental labor con la memoria colectiva a través de la recuperación de muchos espacios que alguna vez fueron centros clandestinos de detención y en los que se vivieron las peores torturas llevadas a cabo por el régimen. La recuperación de estos espacios ha permitido regresar a la sociedad lugares de memoria viva, en donde más que

pretender hacerlos sitios lúgubres, se proyecta un constante homenaje a todos los que lucharon y sobrevivieron, a los que pelearon y murieron en la confrotación y a los que continúan desaparecidos. En la ciudad de Rosario se creó el Museo de la Memoria, en Córdoba el ex - centro clandestino de detención D2 es también un espacio que recuerda a los detenidos en ese lugar, al igual que la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) en las afueras de Buenos Aires. En la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, se encuentra en funciones la Comisión Provincial por la Memoria que mantiene una constante investigación sobre los archivos que la policía abrió como seguimiento a los militantes populares y líderes sociales. Esta recuperación de la memoria ha dado un énfasis especial a la frase *Nunca más*, la que se formuló a partir del informe emitido por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) de Argentina en 1984. “El *Nunca más* produjo un verdadero acontecimiento reordenador de las significaciones de ese pasado e impuso una marca que ha quedado como un polo de referencia para los trabajos de la memoria. Y lo más importante es que se implantó como una revelación –un relato- y como un acto originario que afirmaba la autoridad civil y devolvía cierto protagonismo a las víctimas que en ese punto comenzaban a representar a la sociedad.” (Vezzetti: 2002: 28).

Estos trabajos de reconstrucción sistemática de la memoria siguen generando reflexiones y análisis sobre lo que fueron los años de dictadura en Argentina. La recuperación de los espacios físicos y los homenajes a los desaparecidos han dado y ofrecerán siempre la pauta a partir de la cual se pueda continuar escribiendo sobre uno de los momentos más traumáticos en América Latina. Indagar el pasado incluye la tarea de seguir descubriendo actos inimaginables cometidos por el ser humano y contra el propio ser humano, y rescata también aspectos positivos que se han instalado en la conciencia de las nuevas generaciones para evitar repetir lo sucedido en la época de la dictadura. Es por eso la importancia de frases como el *Nunca más*, porque es “ante todo la voluntad de *no olvidar lo que no debe repetirse*.” (Vezzetti: 2002: 30). Este esfuerzo que se hace cotidianamente en la sociedad argentina sobre el constante uso de la memoria como referente social e histórico ha ayudado a que las nuevas

generaciones tengan vigente la importancia de crear un futuro con memoria. Desde esta perspectiva, Mempo Giardinelli compartió en entrevista que “en Argentina tenemos muchos represores presos. Y ahora mismo se están sustanciando los juicios por la verdad. Hay muchos tribunales juzgando a los genocidas y eso es importantísimo. Ahora las nuevas generaciones tienen la concepción de que no hay futuro sin memoria.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

Miles de páginas están todavía por escribirse sobre el fenómeno de la memoria como clave en la creación histórica de las sociedades, como puente entre sociedades vivas y comunidades lanzadas al olvido, porque como afirma Mempo Giardinelli, “escribir hoy es hacer memoria, es asomarse a un tacho de mierda y revolverla, olerla y hasta degustarla y saborearla, para luego escribir las impresiones que nos produce semejante episodio. Escribir, hoy y siempre, es vivir.” (Giardinelli: 1993: 22).

Capítulo IV

Mempo Giardinelli y Tununa Mercado. Su exilio en letras

“La memoria es un cofre sellado, una tumba, una piedra muda, que guarda hechos, pensamientos,(...) silencios. Sólo el acto de ir convirtiéndolos en palabra, en lenguaje, sólo el decirlos en voz alta, o el ir escribiéndolos, puede ir desentrañando sus misterios contenidos, sus sinuosas formas.”

*Margarita León en **La Memoria del Tiempo** (pp 11)*

En capítulos anteriores mencionamos que, dentro del contingente de exiliados argentinos que pisaron tierras mexicanas se encontraban entre otros escritores y periodistas, Mempo Giardinelli y Tununa Mercado. México se transformó para ellos en su nuevo hogar durante los años de exilio.

Esta experiencia y el impacto de la misma sobre sus condiciones de vida y trabajo dieron origen a una serie de relatos en donde cada uno de los escritores plasma aspectos sustantivos del exilio como experiencia personal y del desarraigo como fenómeno colectivo.

Para la elaboración de esta tesis, se eligieron tres relatos de Giardinelli y tres de Mercado a través de los cuales se da a conocer el clima que reinó en la Argentina de la dictadura y post – dictadura y de manera particular se destacan ciertos aspectos por los cuales dichos textos forman parte de la producción literaria a la que se le conoce como *literatura del exilio* y sobre la cual se ha hablado en capítulos precedentes.

El motivo por el cual se eligieron los textos analizados en este trabajo se debe, sobre todo, a que a través de la brevedad logran representar momentos importantes en la historia argentina: la dictadura y post-dictadura –tratadas desde el exilio-, y el mismo exilio en México visto en una retrospectiva que ilustra claramente el ejercicio de la memoria en la creación literaria.

Debido a que en este estudio el análisis de la obra de estos dos autores, se refiere únicamente al cuento y relato, se ubicarán, a grandes rasgos, las características

de estos géneros literarios y la importancia de los mismos antes de entrar al análisis de los textos elegidos para este trabajo.

4.1 El Cuento y el Relato

Para poder hablar del cuento, es necesario ofrecer antes una breve explicación del relato, ya que uno forma parte del otro. De acuerdo a la investigadora Helena Beristáin, “la esencia del relato consiste en que da cuenta de una *historia*; narra o representa una historia; comunica sucesos, ya sea mediante la intervención de un *narrador*, ya sea mediante la *representación* teatral efectuada en un escenario y ante un público por *personajes*, en las obras dramáticas. El cuento, la novela, la epopeya, la fábula, el mito, la leyenda, son relatos narrados. El drama (tragedia, farsa, comedia, paso, etc), son relatos representados.” (Beristáin: 1985: 424).

Existen muchas definiciones para precisar el género del cuento, así como características que suelen variar de un autor a otro. Sin embargo, de acuerdo con la Doctora Helena Beristáin, el cuento es una variedad del relato. Según la investigadora, “el cuento se realiza mediante la intervención de un narrador y con preponderancia de la narración sobre las otras estrategias discursivas – descripción, monólogo y diálogo- las cuales, si se utilizan, suelen aparecer subordinadas a la narración y ser introducidas por ella. Puede ser en verso, aunque generalmente es en prosa”. (Beristáin: 1985: 126).

A diferencia de la novela, en el cuento todos los hechos se siguen en una continuidad de acontecimientos lógica y progresiva. Respecto a esto, Beristáin afirma que “el cuento se caracteriza porque en él, mediante el desarrollo de una sucesión de acciones interrelacionadas lógica y temporalmente, la situación en que inicialmente aparecen los protagonistas es objeto de una transformación. En general, el cuento admite, por su brevedad, una intriga poco elaborada, pocos personajes cuyo carácter se revela esquemáticamente, unidad en torno a un tema, estructura episódica, un solo efecto global de sentido y, sobre todo el cuento moderno, requiere de un final sorpresivo.” (ibíd.: 127).

Por supuesto que no todos los cuentos se elaboran bajo las estrictas normas de esta definición, o siguen al pie de la letra este formato, pero sirve como guía para poder delimitar el género literario que se trabaja en esta investigación.

Debido a que esta tesis soporta su teoría en algunos cuentos correspondientes a la obra que tanto Mercado como Giardinelli desarrollaron a partir de su experiencia en el exilio, se profundizará un poco más sobre este género literario. Mempo Giardinelli escribió que el género del cuento es un “género indefinible, si bien reconocible.” (ibíd.: 249).

Para poder trabajar el concepto de cuento, así como la idea de *ficción* que acompaña al mismo, nos referiremos también a dos autores argentinos que se han distinguido en la labor de este género: Ricardo Piglia y Juan José Saer.

En su libro *Formas Breves*, Piglia nos acerca a la dinámica del cuento mediante la exposición de diversas tesis iniciales. El autor afirma en un comienzo que el cuento posee un doble carácter y éste se constituye a su vez por dos tesis. La primera afirma que un cuento siempre se estructura a partir de dos historias, y que el arte del cuentista consiste en saber entrelazar la historia ‘2’ en los caminos de la historia ‘1’. Así, afirma Piglia “un relato visible esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario. El efecto de sorpresa se produce cuando el final de la historia secreta aparece en la superficie.” (Piglia: 2000: 106). En la segunda tesis, Piglia sostiene que la historia secreta es la clave de la forma del cuento. De esta forma, siguiendo el pensamiento del autor, “el cuento es un relato que encierra un relato secreto.” (ibíd.: 107).

Esta narración crea un clima de ficción que nace de ciertos elementos que han sido tomados de la realidad. Por ficción no estamos dando a entender lo *falso*, sino lo que se genera a partir de una determinada realidad para que de ésta, a su vez, se desprenda otra. De esta manera, “la ficción no es, por lo tanto, una reivindicación de lo falso. Aún aquellas ficciones que incorporan lo falso de un modo deliberado con fuentes falsas, atribuciones falsas, confusión de datos históricos con datos imaginarios, etcétera, lo hacen no para confundir al lector, sino para señalar el carácter doble de la ficción, que mezcla, de un modo inevitable, lo empírico y lo imaginario.” (Saer: 2004: 12). Se comprende entonces

que, como afirma Juan José Saer, la verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción, por lo que cuando se practica la ficción en la literatura, no se hace con el propósito de tergiversar la verdad. Por eso, Saer afirma que “la ficción no solicita ser creída en tanto que verdad, sino en tanto que ficción. Ese deseo no es un capricho de artista, sino la condición primera de su existencia, porque sólo siendo aceptada en tanto que tal, se comprenderá que la ficción no es la exposición novelada de tal o cual ideología, sino un tratamiento específico del mundo, inseparable de lo que trata.” (ibídem).

Uno de los rasgos más característicos del cuento es, como ya se mencionó, la *inmediatez*. Para Mempo Giardinelli, la diferencia entre la novela y el cuento, está en que el segundo, tiene a través de su síntesis la “posibilidad de lograr un impacto más directo y más inmediato. La novela quizás no tiene tanto impacto sino más bien un convencimiento lento. Desarrolla sensaciones a lo largo de la lectura. En cambio el cuento tiene lo que Julio Cortázar llamaba tensión e intensidad⁶. El cuento especifica y concreta situaciones que la novela suele difuminar.” (Bs.As, Arg: dic 2010). Sobre este mismo tema, Tununa Mercado compartió en entrevista la siguiente declaración: “Me parece que la narrativa breve te da la oportunidad de apreciar situaciones concretas que en otros géneros se difuminan. Al tratarse de circunstancias o emociones tan puntuales, el análisis se vuelve también más claro y definido.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

En el fondo de la trama de un relato, afirma Piglia, se espera siempre algo inesperado no solo para quien lo lee, sino también para quien lo escribe. Lo mejor del relato se descubre al final, con las conclusiones a las que nos llevan los personajes y las circunstancias. Para Piglia, “lo que quiere decir un relato sólo lo entrevemos al final: de pronto aparece un desvío, un cambio de ritmo, algo externo; algo que está en el cuarto de al lado. Entonces conocemos la historia y podemos concluir.” (Piglia: 2000: 127).

⁶ En palabras de Julio Cortázar, “Un cuento es malo cuando se lo escribe sin esa tensión que debe manifestarse desde las primeras palabras o las primeras escenas. Y así podemos adelantar ya que las nociones de significación, de intensidad y de tensión han de permitirnos, como se verá, acercarnos mejor a la estructura misma del cuento.” De igual manera, Cortázar afirmó que el cuento “es algo que tiene un ciclo perfecto e implacable; algo que empieza y termina satisfactoriamente como la esfera en que ninguna molécula puede estar fuera de sus límites precisos.” Para poder leer más sobre la idea del cuento de Cortázar se puede consultar la siguiente página de internet: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/cortaz2.htm>

Historias tomadas de elementos de la vida real atrapan al lector por su poder de transformar ficciones desdoblándose en nuevas realidades. Como afirma Saer, “no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exigen el tratamiento de la verdad, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades de tratamiento. No vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha.” (Saer: 2004: 11) La brevedad e intensidad del relato convierten al cuento en un género fascinante y cautivador que puede ser leído una y otra vez.

4.2 Mempo Giardinelli. Ironía y precisión

El escritor y periodista Mempo Giardinelli, nació en la ciudad de Resistencia, provincia del Chaco, Argentina en el año de 1947. Como resultado de la dictadura, sale de Argentina en 1976, cuando se encontraba trabajando por las mañanas en el diario *Crónica* y por las tardes en la revista *Siete días*. Cuando descubre que se encuentra en las listas de perseguidos por el régimen, recibe ayuda de Raúl Horacio Burzaco, quien dirigía en ese momento la Editorial Abril y con quien, irónicamente, mantenía una relación de constantes enfrentamientos. En cuestión de días, y después de una reunión entre ambos, Burzaco otorgó a Giardinelli un pasaporte, un boleto de ida a México y 60 dólares. No volvieron a verse hasta que Giardinelli regresó de manera definitiva a Argentina en 1985 después del terremoto sufrido en México. Sus nueve años de exilio fueron, a pesar de todo, fuente de inspiración para la creación de una importante cantidad de cuentos a través de los cuales comparte su experiencia como desterrado y las reflexiones que la misma dictadura le dejaron al escritor a pesar de haberla vivido a la distancia. A continuación se hará un breve análisis de tres cuentos que muestran tanto la dinámica social de un país sumergido en plena represión como el

ambiente post-dictadura y la vida en el exilio, todo desde el punto de vista de un individuo (el escritor) forzado a vivir en el destierro. Es importante señalar que, para llevar a cabo el análisis y la vinculación entre los cuentos y el momento histórico de los dos autores mencionados en esta tesis, se partió del marco teórico de la sociología de la literatura, a través del cual teóricos como Lucien Goldmann, Edmond Cros y Antonio Gramsci afirman que la vida del hombre en la sociedad es fundamental para la comprensión de la literatura, permitiendo hacer la justificación de la vinculación que, en este trabajo, se realiza, entre los relatos elegidos y un determinado momento histórico y social. Para estos pensadores, el autor, escritor o artista se visualiza como un miembro más del grupo y se convierte en una especie de comunicador que tiene la capacidad de plasmar en su obra la visión del mundo de ese determinado grupo social. El autor con el cual se dará inicio al análisis, deja ver a través de sus textos la comunión que su visión del mundo similar presenta con los teóricos de la sociología de la literatura. Es así como toma un determinado momento social para recrear una realidad literaria.

4.2.1 Kilómetro 11

Este cuento, fue escrito en 1984, durante el exilio del escritor en México. La voz del narrador es la del mismo Giardinelli en un papel de narrador omnisciente en el cual él no participa como personaje activo dentro del cuento. La historia gira en torno a una reunión que tienen un grupo de amigos, todos ex – presos políticos, algunos años después de la caída de la dictadura militar. En esta reunión se encuentran con que uno de los músicos que forma parte del grupo que anima el evento es el cabo Segovia, un militar que presencié la tortura a la que fueron sometidos cada uno de los catorce asistentes cuando se encontraban detenidos en el centro clandestino U7 y que, además, por ser bandoneonista tocaba el chamamé “Kilómetro 11” cada vez que sometían a alguno de los detenidos para disipar los gritos con las notas musicales.

A través de esta historia de ficción, el escritor Mempo Giardinelli deja ver algunos aspectos sobre la concepción del torturador desde la mirada de un exiliado y el

complejo deseo de justicia, así como sus manifestaciones por parte de las víctimas del régimen militar. Esta atmósfera de tensión se presenta acompañada por la armoniosa y alegre melodía del chamamé “Kilómetro 11”, que le da nombre a este relato y que entre sus notas acompaña los recuerdos que construyen la memoria de catorce personajes que salen de la prisión para reincorporarse a la vida de una Argentina democrática.

El motivo por el cual el autor elige esta pieza como fondo musical de su escenario narrativo no es otro que su gusto por ese género originario de su tierra, el Chaco. En entrevista para este trabajo, Giardinelli compartió lo siguiente: “Elegí *Kilómetro 11* porque es un tema muy típico de mi tierra; es el título de un chamamé muy popular y muchos lo consideran algo así como un himno del Chaco. Entonces me pareció que tenía que ser ese tema, además de que es una canción muy bella musicalmente... Y además es una canción de amor.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

De esta manera, sumergidos en la ironía de una atmósfera musical cargada de entusiasmo, el escritor comienza a dibujar cuidadosamente las características que, desde su percepción, forman parte del eje descriptivo del perfil del torturador.

El primer ‘gancho’ que produce el cuento se da a partir del momento en el que, después de haber tocado “Kilómetro 11”, los catorce asistentes empiezan a darse cuenta que tienen frente a ellos al cabo Segovia. El relato lo describe de la siguiente manera: “Para mi que es Segovia – dice Aquiles, pestañeando, nervioso, mientras codea al Negro López -. El de anteojos oscuros, por mi madre que es el cabo Segovia. El Negro observa rigurosamente al tipo que toca el bandoneón, frunciendo el ceño, y es como si en sus ojos se proyectara un montón de películas viejas, imposibles de olvidar.” (Giardinelli: 1993: 49). Más adelante, a través de un juego de alegorías de terror y armonía el autor muestra poéticamente, a través del texto, la dinámica de tortura y represión practicada por el ejército durante la dictadura a través de estas líneas: “Morocho, labiudo, de ojos como tajitos, siempre tocaba “Kilómetro 11” mientras a ellos los torturaban. Los milicos lo hacían tocar y cantar para que no se oyeran los gritos de los prisioneros.” (ibíd.:50). Música y dolor se entremezclan en un mismo espacio.

De este acto se desprende el cambio de roles que el autor ejecuta sobre sus personajes invirtiendo los papeles y colocando al grupo de ex – presos como los *aleccionadores*, quienes esta vez, no tendrán un gesto de venganza, sino una muestra de cómo recuperar la condición humana de la que alguna vez, bajo la misma melodía, se les despojó. El camino para recuperar su dignidad se logra a través de la repetición. Los catorce asistentes al darse cuenta de que indiscutiblemente se trata del cabo Segovia le hacen tocar, “Kilómetro 11” por cada uno de los presentes. El texto lo demuestra a través del siguiente diálogo: “Cuando termina la repetición del chamamé, nadie aplaude. Todos los asistentes a la fiesta, algunos vaso en mano, otros con las manos en los bolsillos, o abrazados con sus damas, rodean al cuarteto y el emparrado semeja una especie de circo romano en el que se hubieran invertido los roles de fiera y víctimas.” (ibídem). Más adelante con respecto a la importancia de tocar el chamamé por cada uno de los sujetos, el escritor lo deja ver en la narración a través de frases como: “Una vez por cada uno de nosotros, Segovia.” (ibíd.: 51). Como si en esta repetición musical con los protagonistas puestos en libertad se le diera un nuevo significado a la melodía. Se transforma el recuerdo de una pieza que refería a la prisión por una nueva imagen de libertad y justicia.

Sería, quizás, tranquilizador pensar en el torturador como un monstruo, un ser ajeno a la humanidad que por eso fue capaz de cometer tantos crímenes durante la dictadura. Sin embargo, para Tununa Mercado como para Mempo Giardinelli se trata de personas con absoluta conciencia de sus acciones, y por eso, los escritos realizados desde el exilio siempre demandaron el juicio correspondiente a los mismos. En el texto de Giardinelli se puede observar cómo, a través de los personajes, el autor va dotando poco a poco al cabo Segovia de características humanas. Se le otorga un nombre, un rostro, defectos y con ellos, también emociones. En entrevista, el escritor afirmó: “El torturador no es un monstruo... es un ser humano como cualquiera que hace lo que no hace cualquiera. De alguna manera es una degradación humana, una degeneración que ha desarrollado las peores características que puede tener un ser humano. Yo nunca participé de la idea de que el torturador es un monstruo o es un animal o una bestia, porque cada

uno de estos sustantivos lo aleja de su responsabilidad y yo no quiero que lo aleje. Quiero que siempre sepamos que los torturadores son seres humanos despreciables y horribles, y que, además, son productos sociales.” (Bs.As, Arg; dic 2010).

El primer indicio que el lector recibe de la humanidad de este sujeto se determina cuando se le ubica como el cabo Segovia; el individuo tiene un nombre y un grado militar. Posteriormente, para dotarlo de un rostro la imagen, en el texto, se ilustra a través del diálogo en el cual le hacen quitarse los lentes oscuros y dejar sus rasgos al descubierto. Se señala de la siguiente manera: “Sacate los anteojos – le ordena Miguel-. Sacátelos y seguí tocando.” (Giardinelli: 1993: 51). Entre los defectos que dibuja el personaje destaca la cobardía, la cual se desarrolla cuando el sujeto se encuentra fuera de su puesto de poder y queda vulnerable frente a quienes alguna vez los expuso en su condición de prisioneros. En el texto, Giardinelli lo narra así: “El tipo, lentamente, con la derecha, se quita los anteojos negros y los tira al suelo, al costado de su silla. Tiene los ojos clavados en la parte superior del fueye. No mira a la concurrencia, no puede mirarlos. Mira para abajo o eludiendo focos, como cuando hay mucho sol.” (ibíd.: 52). La humanidad del cabo Segovia se expresa a través de las emociones que demuestra al final de la historia, cuando se levanta para dejar el lugar de reunión y parte después de haber tocado catorce veces “Kilómetro 11”. El cuento lo describe así: “una vez que está parado todos ven que además de transpirar, lagrimea. Hace un puchero, igual que un chico, y es como si de repente la verticalidad le cambiara la dirección de las aguas: porque primero solloza, y después llora, pero mudo. Y en eso Aquiles, codeando al Negro López, dice – Parece mentira pero es humano, nomás, este hijo de puta. Mírenlo cómo llora.” (ibíd.: 54).

La memoria, uno de los temas recurrentes en la literatura del exilio, juega también un papel importante en el relato. La repetición del chamamé por cada uno de los asistentes es un trabajo de evolución del recuerdo producido por la memoria. “Kilómetro 11” representaba para los catorce compañeros una melodía que refería a la tortura; al ser interpretado de nuevo con las víctimas puestas en libertad, cobra un nuevo sentido para ellos y también para el cabo Segovia. Es como si a

través del recuerdo se hiciera justicia. Con respecto a este aspecto del relato, el escritor compartió en entrevista lo siguiente: “Sí funciona la memoria como recurso para hacer justicia. Desde luego que sí. Y en mi cuento lo que probablemente hay es un símbolo de la memoria de la Argentina. Allí no hay venganza; ellos no se vengan. Este cuento lo escribí en el año 84, todavía en México, y creo que es un símbolo de alguna manera de lo que hacen las Madres de Plaza de Mayo: ni lloran ni mandan matar salvajemente a los militares. No, la memoria es un recurso muy noble, humano, humanista, decente, poderosísimo, democrático, incontestable... Yo quise que de alguna manera se viera a través de este cuento cómo hacer justicia... Pero no con mano propia, pues en democracia no se hace así.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

De esta forma, como el exilio deja entre sus participantes una especie de complicidad; de hermandad, en el cuento podemos apreciar una camaradería similar a la mencionada, pero esta vez entre el grupo de compañeros presentes en la escena. Esta correspondencia entre unos y otros se evidencia con acciones más que con palabras. A veces no hay diálogos, pero el relato describe miradas que lo dicen todo. Una de estas muestras es la siguiente frase que forma parte del cuerpo del texto: “Sin hablarse, a puras miradas, uno a uno van reconociendo al cabo Segovia.” (Giardinelli: 1993: 50). Este gesto de verdadera comunión es el que marca el hilo conductor de una historia a través de la cual se busca ejemplificar el sentido de la justicia, más no de la venganza. Con respecto a esto, el autor compartió: “En este cuento no hay venganza; hay una manera de la justicia que está al alcance de seres comunes, sensibles y que han sido víctimas del horror. Pero tampoco significa que estos personajes reemplacen a la Justicia. Los personajes simplemente se dan la oportunidad de un resarcimiento moral, al mismo tiempo que le dan una lección a ese cobarde que los ha torturado y humillado, y eso es una clase de moral.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

Justicia, humanidad y memoria son las principales directrices bajo las cuales se desarrolla este relato que deja ver la mutación del rencor hacia un recuerdo que se carga del deseo del triunfo de la libertad.

4.2.2 El Castigo de Dios

Publicado en 1993, este cuento, presenta algunas similitudes al relato anterior; no en la historia, sino en el tratamiento de ciertas cuestiones sociales. Además, el procedimiento narrativo juega el papel del escritor como narrador omnisciente y como sujeto no participante dentro de la historia. Al igual que “Kilómetro 11”, esta narración se forma con una audiencia de la que forma parte el Toto, un ex – detenido por la dictadura puesto en libertad al final de la misma. Este personaje lleva hasta el bar, donde se reunieron un grupo de amigos, la historia que se narra a lo largo del cuento. Ubicada en el año de 1976, en la ciudad de Córdoba, el Toto describe el episodio que vive el general Pompeyo Argentino del Corazón de Jesús González cuando su hijo menor se ve en la necesidad de ser intervenido quirúrgicamente de emergencia para hacerle una operación de corazón. La trama cobra un suspenso especial cuando el médico le dice al general que el doctor Murúa es el único capaz de realizar esa operación, pero que no lo encuentran y tiene días sin presentarse. Cuando el general manda a su equipo a buscar al doctor Murúa se encuentra con la noticia de que es padre de dos “subversivos” y que por lo tanto está prófugo. Ante el inevitable hecho de no dar con el paradero del doctor, el pequeño hijo del general muere.

A través de este relato, Giardinelli construye el personaje del general dotándolo de los rasgos que lo conforman como militar. De la misma manera, exhibe la ideología del represor y nos enfrenta con una situación en la que los opuestos se convierten en un elemento necesario para la subsistencia del otro.

En palabras del autor, esta dinámica de la imperante necesidad del enemigo para salvar la vida de alguien, no formaba parte de la cotidianeidad que se vivía en aquella época. En entrevista compartió lo siguiente: “Esa dinámica yo no diría que era común, pero tampoco era imposible. Yo no diría que así se vivían esos días, pero sí podía suceder, y en efecto sucedía de vez en cuando... Porque esa necesidad aparece en casos excepcionales... Solo como excepción; sí, definitivamente eran casos excepcionales. Es decir, es un máximo general el que advierten que su hijo necesita del padre de uno de los que él está persiguiendo.

Eso hace de éste un caso excepcional.” (Bs.As, Arg: dic 2010). A pesar de tratarse de un caso excepcional, la historia y narrativa del cuento, ejemplifican la complejidad de la condición humana. El general González estaba dispuesto a poner la vida de su hijo en manos de un individuo a quien él bajo otras circunstancias no hubiera dudado en ejecutar. En medio de esta dicotomía, Mempo Giardinelli deja ver el perfil que construye del militar desde su percepción como integrante de una fuerza responsable de la represión.

Comienza ubicando al mismo como descendiente de una familia de tradición militar, lo cual fue un hecho habitual dentro del sector que compuso el ejército que lideraba la dictadura en la década de los setenta. En el texto se lee lo siguiente: “Hijo y nieto de militares, está casado en primeras y únicas nupcias con una dama de la sociedad cordobesa y su descendencia se compone de cuatro varones de entre tres y quince años. Es uno de los más jóvenes generales de la nación...y la prensa internacional lo califica, con todo acierto, como el tácito líder del llamado sector ‘duro’ de las fuerzas armadas.” (Giardinelli: 1993: 88). Envuelto en esta atmósfera militar, el personaje desarrolla, como es de suponerse, una ideología correspondiente a su labor y sobre todo a su linaje. A través de la narración, el autor relata uno de los diálogos clave para entender la mentalidad que imperó en los militares de la dictadura. Giardinelli como narrador, dando voz al general González, escribió en el texto: “Estamos en una guerra sucia, señores, y yo como general de la nación sólo sé que debo ganarla; y si para ello tengo que matar a mil inocentes con tal de encontrar a un guerrillero, lo haré porque me va en ello el compromiso de pacificar el país.” (ibíd.: 89). Bajo este manto ideológico los militares identificaban como *subversivo* a todo aquel que ellos consideraran como un peligro para el régimen. Con el pretexto de devolverle al pueblo argentino ‘la paz’, el ejército emprendió la tarea de acabar con las organizaciones revolucionarias y con los sectores contestatarios de la sociedad. Siguiendo este principio, hubo casos en los que familiares y conocidos de los perseguidos se convirtieron también en víctimas de la represión. A través de “El Castigo de Dios”, el escritor redacta la conversación que tiene uno de los soldados con el general González cuando le da a conocer la noticia sobre el doctor Murúa haciendo uso de

adjetivos expresamente elegidos para referirse a la situación. En el texto se lee de la siguiente manera: “Los dos hijos de Murúa son *subversivos*, mi general – despacha el teniente primero, compungido pero con firmeza -. Uno de ellos fue *detenido* hace tres semanas, en Villa María, y la hija menor está *prófuga*... El doctor Murúa también está prófugo, mi general. Su casa fue *allanada* después del procedimiento de Villa María y no se encontró a nadie.” (ibíd.: 92). A través de este diálogo, se pueden percibir ciertos términos que delimitaban los referentes valorativos que guiaban el comportamiento del sector militar, así como las prácticas persecutorias que ejecutaban cuando algún individuo les parecía sospechoso o potencialmente amenazador para la paz del país.

Acompañando el perfil de este personaje, Giardinelli, a través del narrador, describe también la dinámica social que imperaba en la Argentina de la década de los setenta y muestra, de manera muy sutil, el acercamiento que la iglesia tuvo, en ocasiones, con el régimen militar. Aunque también hubo un sector minoritario de sacerdotes que apoyó a los organismos de derechos humanos y que de igual manera fueron perseguidos y castigados, es importante aclarar que así como parte de la sociedad civil fue cómplice de los actos cometidos por el régimen, también existieron grupos religiosos que avalaron las políticas tomadas por la dictadura. En el cuento que analizamos podemos percibir esta actitud cuando, el narrador, describe al general González de la siguiente manera: “Católico fervoroso, amigo del obispo cordobés y de los amigos del obispo cordobés, es un miembro conspicuo de la aristocracia local, quiero decir de la Docta...” (ibíd.: 88). Este vínculo que se plasma en la historia, facilitó por ejemplo, en algunos casos, el robo de bebés de mujeres detenidas que posteriormente eran entregados a familias de militares y policías. Muchos de estos niños hoy forman parte de los nietos recuperados por las *Abuelas de Plaza de Mayo*.

Visualizar al militar, torturador o represor como un ser humano es otro de los aspectos que, al igual que el cuento anterior, el autor enfatiza a lo largo de esta historia. Como el cabo Segovia de “Kilómetro 11”, el general González en “El Castigo de Dios”, también es retratado aludiendo a ciertas características humanas, reafirmando la idea de no tratar a estos individuos como monstruos sino

como personas y hacerlos responsables por lo que como sujetos racionales cometieron en contra de otros. El primer signo de humanidad que recibe el general es la vulnerabilidad al enfrentarse frente a la vida o muerte de su hijo pequeño. En el texto el autor lo retrata de la siguiente manera: "...un equis día de ese para todos aciago año de 1976 una circunstancia desgraciada se cruza en el camino de nuestro severo general: su hijo menor –digamos, dice, para ponerle un nombre, Juan Manuel- enferma súbitamente. Una gravísima deficiencia cardíaca pone su existencia al borde de la muerte." (ibíd.: 90). Esta situación descoloca al general de su posición de poder y lo convierte en víctima de la circunstancia, una circunstancia frente a la que él no puede hacer nada. Y lo vulnera a tal grado que pide buscar a uno de sus más grandes enemigos (el doctor Murúa) y que sea tratado con todas las garantías. En el relato el narrador lo describe así: "Que lo busquen entre familiares y amigos, y que se le den todo tipo de garantías. Ordene que, como misión prioritaria, se encuentre a este cirujano antes de las nueve de la mañana. Y dije con todas las garantías." (ibíd.: 92). Es imposible saber si en el hipotético caso de que se hubiera encontrado al médico y llevara a cabo la operación del hijo del general, el doctor Murúa hubiera permanecido con vida después del hecho. Pero la condición humana que se destaca en este fragmento es la dicotómica capacidad de convertir por unos instantes al peor enemigo en un aliado y la cercanía de los opuestos.

Finalmente, como hemos mencionado antes, esta historia devela también el deseo de justicia que se plasmó en la literatura de muchos exiliados argentinos. En el relato se percibe más bien una especie de justicia divina. Como si la pérdida del hijo de general fuera un ajuste de cuentas. Para el autor, el cuento presenta esta posibilidad como un final abierto, con varios canales de interpretación personal. En su opinión, el significado de la muerte del hijo del general es algo que ni el propio cuento puede saber. Sobre esto compartió lo siguiente: "Bueno, el cuento no hace una interpretación de la muerte del hijo del general González. Y yo tampoco. Para muchos lo que el cuento plantea es una especie de justicia divina... Ahora bien, yo creo que ninguna muerte es justa en cierto sentido, y el hijo del represor no necesariamente tiene que ser una mala persona... Es un niño. De ahí que aún lo

de la justicia divina es cuestionable en cierto sentido, porque el castigo a ese represor implica despojar de la vida a un inocente. Yo quise plantear en ese cuento una situación éticamente trágica.” (Bs.As, Arg: dic 2010).

A pesar de ser un final abierto a las posibles interpretaciones de los lectores sobre la manifestación de la justicia, podríamos afirmar que es una especie de transformación literaria de lo que alguna vez pudo ser el deseo de venganza por la búsqueda de justicia del escritor. Cuando se le preguntó al autor sobre si alguna vez sintió deseos de venganza, Giardinelli compartió lo siguiente: “Supongo que sí, humano soy. Pero me lo reprimí al instante, y con los años he morigerado totalmente mis impulsos. Nunca practiqué la venganza, ni le atribuí mérito alguno. Siempre la elaboré intelectualmente, sobre todo cuando sentía mucho enojo, mucha rabia e impotencia. No es bueno el deseo de venganza; es un sentimiento inferior. Y es intelectualmente despreciable.” (ibídem).

“El Castigo de Dios” es un desahogo de justicia, una muestra de la manifestación de la misma y una esperanza en la ley universal de la causa y el efecto. Es un cuento que muestra, a mi parecer, el deseo de un exiliado de ver juzgados democráticamente a los represores de una brutal dictadura.

4.2.3 Viejo Héctor

Escrito en 1979, este relato se encontraba en un principio, únicamente publicado en el blog del escritor. Hace unos meses, la Editorial La Página, del diario argentino Página 12, lo incluyó en una recopilación de cuentos y relatos del autor. A través de los párrafos que componen este texto, Mempo Giardinelli comparte con el lector la cercana relación que tuvo con Héctor Oesterheld, guionista de la reconocida historieta “El Eternauta”, su aprecio por él, la última vez que lo vio en Buenos Aires y la manera en la que, a partir de la desaparición de Héctor, construye el recuerdo del mismo desde su exilio en México. De igual forma, da un claro panorama de la información que los exiliados recibían de Argentina y cómo enfrentaban las pérdidas a miles de kilómetros de distancia.

El narrador de este relato es el propio personaje (Giardinelli) contando sus memorias, lo que lo convierte en un texto autobiográfico.

Al momento que el escritor narra su último encuentro con el viejo Héctor en la ciudad de Buenos Aires deja ver el clima de clandestinidad en el cual estaban obligados a vivir los militantes y sospechosos del régimen militar. A través de las siguientes líneas comparte esta dinámica que formaba parte de la cotidianeidad de muchos argentinos que se manifestaban en contra de la dictadura: “Fue una tarde de abril cuando lo vi por última vez. El se había cambiado de esquina, por si acaso, y estaba como refugiado detrás de un buzón. Nos miramos sin saludarnos y yo entré a ese bar de Sarmiento y Riobamba. El me siguió diez minutos después. Intercambiamos documentos, o alguna nueva consigna, no recuerdo bien, y tomamos café hablando de lo bella que es Buenos Aires cuando llueve. Luego nos despedimos como siempre, con esa efusividad contenida de los militantes clandestinos. Nunca más lo vi.” (Giardinelli: 2011: 104). Después de ese encuentro, Giardinelli, como muchos otros se aventuró a lo que serían sus años de exilio en México.

El tema de la información a la que los exiliados tenían acceso en México, formó parte relevante de los temas que se trataron durante los años de la dictadura y, posteriormente comenzó a ser una cuestión destacable que se abordó en la literatura del exilio y la dinámica del mismo. En entrevista, el escritor compartió este clima: “Se sabía poco al inicio. Nos enterábamos de lo que sucedía por las cartas que nos llegaban de amigos o familiares; por ahí nos informábamos de las desapariciones de muchos y era muy duro vivir todo eso. Después los medios de comunicación, sobre todo los diarios empezaron a evidenciar más cosas. El diario “El Día” fue importante en eso.” (Bs.As, Arg: dic 2010). En su relato nos introduce a este tema y la incertidumbre que generaba a través de párrafos como el siguiente, en el que habla sobre las versiones que recibía de Héctor en el año de 1979, cuando Giardinelli ya se encontraba en México. El relato lo retrata de la siguiente manera: “Las versiones son contradictorias. Hace dos años, los primeros informes fueron duros de asimilar: lo declaraban muerto y hubo quien dijo que en un enfrentamiento; otra versión aseguró que lo había entregado un delator; una

tercera no especificaba detalles pero lo daban como desaparecido.” (Giardinelli: 2011: 101). Más adelante, narrando cómo los días pasaban en medio de esa confusión sobre la certeza de los hechos, el autor en voz del narrador, describe los nuevos datos que, a través de cartas, le habían llegado sobre el paradero de su amigo. Dice lo siguiente: “Más tarde, en alguna carta, algún compañero me dijo que lo había visto, que estaba bien. Dadas las circunstancias, no era una pobre noticia. Y eso fue todo. Hasta que llegaron los comentarios sobre su desaparición, que trajeron un dolor intenso, profundo, nunca expresado.” (ibíd.: 105).

La memoria, un tema recurrente en la literatura del exilio, forma parte importante de este relato en el cual, mediante el ‘dato duro’ del conocimiento de la ausencia, se construye en la memoria el recuerdo de la persona a la que se dejó en la patria, ese lugar que constituyó, de acuerdo a Jean Amery y Judith Filc, la infancia que acompañaría por siempre a los exiliados. En medio de esa confusión - por no conocer el verdadero paradero de Héctor y tras la confirmación de su desaparición que generalmente era una forma de declaración de la muerte - el escritor, a través del narrador del relato, deja ver entre sus palabras la importancia que cobra la memoria en la reconstrucción de un hecho. En el texto se lee así: “No podría afirmar que he llorado, porque nosotros ya no lloramos a los muertos. Tampoco se los reemplaza, como jurábamos en las viejas consignas. Simplemente se los guarda en la memoria, se los acumula en la cuenta que algún día nos pagarán y se sigue adelante. Pero sí lo evoqué largamente.” (ibíd.: 101).

La nostalgia también se vislumbra en el relato “Viejo Héctor”, esa nostalgia que, aunque no sea un asunto sobre el que se reflexione conscientemente, sí es una cuestión que nubla y tergiversa el recuerdo y se implanta en la memoria sazonzando a la realidad y convirtiéndose, de esta manera, en eje temático de la literatura del exilio. Mempo Giardinelli, siendo consciente de esto, lleva a cabo una importante reflexión que incluye entre los párrafos de su relato y que dice: “Sé que la nostalgia que produce el exilio lleva a sublimar detalles, y que no hay que confiar demasiado en este tipo de recuerdos pues uno está demasiado expuesto a que el amor traicione a la memoria.” (ibíd.: 104).

Como éste, hubo muchos acontecimientos similares que los exiliados se vieron en la necesidad de asimilar e intentar superar a miles de kilómetros de distancia de su tierra natal. Aprender a vivir con la pérdida y la ausencia se convirtió en una nueva forma de vida. Y es en ese espacio donde la memoria cobró fuerza, porque es a través del recuerdo que esas ausencias se convierten en *presencias* y como se ha logrado hacer de los desaparecidos personas con un nombre, un rostro, un lugar y una historia.

4.3 Tununa Mercado. Melancolía y futuro

Esta escritora y periodista, nació en la provincia de Córdoba, Argentina en 1939. Vivió tres años en Francia en compañía de su esposo, el escritor Noé Jitrik y sus dos hijos. En 1974, a Jitrik lo invitan a dar clases por seis meses en El Colegio de México. Mercado y sus hijos planeaban encontrarlo en la capital mexicana para el periodo vacacional. Sin embargo, ante las amenazas del grupo paramilitar Triple A contra la familia, la escritora y sus hijos se vieron en la necesidad de adelantar la fecha de salida y abandonar el país. Cuando Tununa sale de Argentina, ya contaba con un Premio Casa de las Américas por su libro *Celebrar a la mujer como a una pascua* y con trabajos periodísticos en el diario argentino *La Opinión*. No fue hasta 1987, cuatro años después a la instauración de la democracia y trece años después de su salida, que Tununa Mercado y su familia volvieron a pisar de manera definitiva el suelo argentino.

De esta experiencia nace su libro *En Estado de Memoria*, publicado por primera vez en 1990, en el que a través de una serie de relatos, habla sobre su vida en México y el regreso a Argentina. En entrevista la escritora compartió el propósito de este texto: “En mi libro *En estado de Memoria*, me atreví a hablar de todo esto, de cómo yo viví el exilio...de las nostalgias, la melancolía y el dolor que inevitablemente provocaba en un principio. Recuerdo que la primera vez que salí a

la calle en México me daba la sensación de estar en Asia...la gente, los colores, etc.” (Bs.As, Arg: dic 2010).⁷

Como se hizo con el caso de Mempo Giardinelli, se analizarán tres relatos de esta escritora que forman parte del libro mencionado anteriormente, en los cuales se pondrán de manifiesto los aspectos que caracterizan a la literatura del exilio plasmados de manera evidente en cada uno de estos escritos, así como también algunos de los rasgos que fueron forjando la identidad del exiliado. Es importante señalar, que este análisis se sigue desarrollando bajo el marco conceptual de la sociología de la literatura, en la que teóricos como Lucien Goldmann consideran que la obra literaria es la expresión de una visión del mundo, y que esta visión no es un hecho individual, sino social. De igual manera, Goldmann hace un balance entre la importancia que la biografía del autor tiene sobre su obra y el valor que la obra tiene por sí misma. Afirma que existen muchas ocasiones en que el pensamiento del escritor es influido por el medio con el que está en contacto, y que esta influencia suele ser múltiple ya que puede formar parte de sistemas de *adaptación, rechazo o rebelión al medio*. Es por eso que la biografía del autor no puede desvincularse de su obra, pero tampoco puede olvidarse, que al hacer un análisis más profundo de su literatura, lo esencial es la relación entre la obra y las visiones del mundo que corresponden a ciertas clases y sectores sociales. Debido a esto, antes de poder hacer el análisis de los cuentos sobre los autores mencionados en este estudio, se introdujo al lector en un determinado momento histórico, social y cultural del cual formaron parte ambos escritores y bajo el cual desarrollaron su producción literaria.

Si como afirma Goldmann la obra literaria es “la expresión de una visión del mundo, de un modo de ver y sentir un universo concreto de seres y cosas, y el escritor es un hombre que encuentra la forma adecuada para crear y expresar ese universo” (Goldmann citado por Sánchez Vázquez: 1970: 284), entonces se entiende que el artista no copia la realidad ni pretende enseñar verdades, sino que

⁷ La primera impresión de la escritora en México y su sensación de estar en Asia han sido un tema recurrente en sus textos posteriores al exilio. En su libro *Narrar después* se lee un relato titulado “Esa Mañana en la que creí estar en Asia” en donde profundiza acerca de sus percepciones al pisar tierra mexicana y los primeros esbozos de la dinámica del exilio.

crea seres y cosas que constituyen un universo que se encuentra más o menos unificado y que debe poseer coherencia para finalmente ser visto desde una cierta perspectiva que se encuentra siempre determinada por la visión del mundo que rodea no solo al autor sino al lector de la obra. De esta manera, cada escritor expresa en su literatura su modo de ver, sentir e imaginar un mundo. En este caso, para el análisis que se desarrolla en esta investigación, se parte de la experiencia vivida por los dos autores para entender a su vez, la construcción de una realidad inmersa en un contexto social y cultural. Se podría decir que para Tununa Mercado la visión del mundo consiste en pequeñas partes que forman un todo. Un determinado suceso se compone de fracciones de otros momentos. El evento vivido por ella está rodeado de manifestaciones y repercusiones culturales, sociales y políticas que entrelazadas entre sí dan como resultado la acción específica de un determinado acontecimiento el cual se ve representado en su literatura.

Existen dos aspectos a destacar dentro de los textos que componen *En Estado de Memoria*. El primero de ellos es que, en palabras de la autora, estos escritos deben denominarse como relatos por la narrativa no lineal que presenta. Esto quiere decir que, a diferencia del cuento, el relato no sigue la figura literaria de introducción, desarrollo, clímax y desenlace, sino que se desenvuelve en la descripción de recuerdos. El segundo es el aspecto autobiográfico, que marca el eje conductor de cada uno de estos relatos.

El simple significado de la palabra autobiografía nos remite de inmediato a lo que sucede en los textos de la autora: *autoescritura de la propia vida*. De acuerdo con el investigador Francisco E. Puertas Moya, el elemento principal de la autobiografía es la memoria. En palabras suyas, la memoria “se convierte en agente de la narración, ordenando y organizando los acontecimientos según criterios que por lo general son de carácter cronológico pero que pueden responder a las más diversas motivaciones.” (Puertas: 2004: 18). De esta manera, la autobiografía no se remite únicamente a una simple narración, sino que consiste también en una interpretación de los hechos que han sido narrados en el texto. El autobiógrafo, se enfrenta a recuerdos que forman parte de su pasado y los

convierte en sucesos presentes mediante el uso de la escritura, que conecta la memoria con la reflexión. La transformación de pasado a presente le da a la autobiografía el encanto que posee todo texto literario: la atemporalidad. De acuerdo a Puertas Moya, “la finalidad de la autobiografía es, precisamente, dar una visión comprensiva de sí mismo, por lo que hay una interacción circular en la capacidad comprensiva que el sujeto ejerce mediante la narración de los hechos de su vida en el pasado y la necesidad de que éstos tengan un orden que los haga comprensibles y por ello almacenables en el sistema neuronal...”. (íbid: 29)⁸. Con este acercamiento al tema autobiográfico, se abordará la obra de Tununa Mercado.

4.3.1 El Frío que no Llega

“El exilio se me aparece como un enorme mural riveriano, con protagonistas y comparsas, líderes y bufones, vivos y muertos, enfermos y desposeídos, corroídos y corrompidos...” (Mercado: 2008: 33). Con estas líneas, la escritora introduce al lector, de manera fascinante, en un mundo rodeado de contradicciones y choques culturales. El norte y sur de América Latina se unían, por primera vez, bajo las pinceladas de una misma causa.

La narración se presenta en primera persona, situándose la autora como la protagonista de los relatos. Su voz acompaña al lector a lo largo de cada una de las palabras escritas.

A través de este relato, Tununa Mercado dibuja de manera gráfica su vida en México y el quehacer cotidiano de muchos exiliados argentinos en el país del hemisferio norte; sus dificultades en la adaptación al mismo y los conflictos que esto les traía.

El título *El Frío que no llega* es una bella y poética imagen del clima del centro de México, un clima templado que presenta grandes beneficios, pero que a su vez provoca una extraña sensación de “atemporalidad”. Argentina posee, en la

⁸ Para conocer más sobre el género de autobiografía se pueden consultar también, entre otros autores, a Nora Catelli y su libro *En la era de la intimidad seguido de: El espacio autobiográfico*. (ver referencia bibliográfica).

mayoría de su territorio, un clima en el cual el cambio de una estación a otra marca el avanzar del año reproduciendo el ciclo de la vida. El centro de México, por el contrario, vive, casi siempre, en un estado permanente de primavera imperecedera en el cual el cambio entre una estación y otra es en ocasiones imperceptible.

El frío que no llega es un invierno inexistente; una especie de pausa eterna en el devenir. La escritora describió de esta manera esta curiosa 'continuidad' climática: "El cambio de estación, es tan sutil en México...era como si a veces el tiempo no pasara. Llegaba un punto en el que no sabíamos cuántos veranos habíamos pasado ahí...como que todo pasaba sin que nos diéramos cuenta." (Bs.As, Arg: dic 2010).

Esta sensación de casi no percibir el paso del tiempo, hace perder la noción de la estadía en un lugar; es como vivir un presente eterno sin vista hacia el futuro. En su texto la narradora lo expresa con estas palabras: "...las hojas no caen, el frío no llega, el presente nunca pasa al futuro...nunca la paranoia tiene un cuerpo tan sibilino como en esa estancia sin estaciones." (Mercado: 2008: 35). Así como el pasar de los años generaba angustia en los exiliados que esperaban ansiosos el momento de volver a pisar el suelo argentino, la imagen casi congelada, del fluir de los días, semanas y meses ante la ausencia de un cambio evidente de estaciones provocaba en algunos, como en el caso de la escritora, la misma sensación.

En esta petrificación del tiempo la autora vivió un exilio que en ocasiones parece haberle dado la sensación de ser eterno. En su texto, continuando con la analogía que hace de su exilio con un mural al estilo de las pinturas de Diego Rivera, lo relata de esta forma: "El tiempo del exilio tiene el trayecto de un gran trazo, se extiende según un ritmo amplio y abierto, sus curvas son como las olas, oceánicas y lejanas de las playas, que no tienen rompientes y se parecen más a la idea de horizonte; el tiempo sucede más allá, en otro sitio, se lo oye transcurrir en los silencios de la noche, pero se lo aparta, no se lo quiere percibir porque se supone que el destierro va a terminar, que se trata de un paréntesis que no cuenta en ningún devenir." (ibíd.: 34). El tiempo del exilio era incierto e indefinido y

transcurría en esa esfera primaveral que confundía el acontecer cotidiano aún un poco más.

La melancolía fue un sentimiento que, si bien no fue un rasgo dominante en la vida de todos los exiliados, sí constituyó algo permanente para otros. Durante los primeros años de destierro, cuando había que reconstruir poco a poco una identidad que se ubicaba en un lugar absolutamente nuevo y ajeno para la mayoría, reinó en muchos una persistente melancolía que, en casos, se fue diluyendo con el tiempo y con la capacidad de adaptación. Así, la identidad que el exiliado esculpió a miles de kilómetros de distancia de su tierra natal y la literatura que se creó como resultado de ese exilio, dejan ver tintes de aquella melancolía que ocupaba un lugar importante en la vida de los desterrados. Tununa Mercado escribe en "El frío que no llega": "Hay un fuerte sinsabor en la evocación, me esfuerzo en este momento para separar del conjunto algún instante colectivo de felicidad, que los hubo, pero la melancolía lleva la delantera, nada se sustrae a la melancolía de un recuerdo gris, aunque muy intenso. En el mural hay un ancho por un alto, un comienzo y un final, y lo que resalta en el paño acotado y lo que vibra en el paisaje es, irremisible, la melancolía." (ibíd.: 33). Este sentimiento impedía en ocasiones que los exiliados pudieran vivir plenamente en el lugar que les daba asilo y que además buscaran constantemente la manera de importar su lugar de origen a su nueva residencia, en este caso Argentina a México. Este aspecto se encuentra también retratado en la literatura del exilio, y Tununa Mercado lo recuerda haciendo alusión a cómo y en qué se ocupaba el tiempo en el destierro. Sobre este aspecto señala que gran parte era invertido en hablar sobre Argentina, los problemas que azotaban al país, las cosas que había allá y que no existían en México, entre otros temas. En entrevista dijo: "Se hablaba mucho de Argentina, y...no quiere decir que estuviera mal, pero hoy me parece que en ocasiones se transformaba en una obsesión y en un impedimento para que muchos de nosotros pudiésemos apreciar lo que México nos estaba ofreciendo." (Bs.As, Arg: dic 2010). Quizás era la manera que algunos exiliados tenían para sentir cerca a la patria que habían abandonado y al país al que esperaban volver algún día. Era el arma para paliar la melancolía y mantener vivos los recuerdos de

una realidad cada vez más distante. La narradora expresa esta situación tan común a través de uno de los párrafos que forman parte del relato que estamos analizando. “Es también espantoso lo que provoca la evocación del modo en que ese tiempo era ocupado en setenta por cierto por el tema propio de la circunstancia, a saber, Argentina, ese país poca madre que nos había expulsado y sobre cuya situación se hablaba sin parar –el sol no se ponía, no había amaneceres- llenando, por así decir, con la materia argentina todo hueco de la realidad, saturando con la pasta argentina todos los agujeros, atiborrando el cuerpo y el alma con esa sustancia que no producía placer, ni buenos recuerdos, y que sólo depositaba su cuota de muerte al entrar y salir de la conciencia...” (Mercado: 2008: 35).

La adaptación al medio fue otro de los temas recurrentes en la creación de la identidad del exiliado y en los aspectos que se trataron en la literatura del exilio. Aprender todos los códigos culturales, costumbres, tradiciones, modales, etc, fue una de las pruebas más complicadas para los argentinos que radicaron en México. A pesar de ser ambos países latinoamericanos, las diferencias entre una cultura y otra no se hicieron esperar, desembocando algunas veces en malentendidos y confrontaciones. Desde la variedad culinaria hasta los códigos del lenguaje, los exiliados tuvieron que entregarse a las normas que dictaba una nueva sociedad que se movía bajo parámetros sociales muy distintos a los de Argentina. En “El Frío que no Llega”, Tununa muestra de manera clara algunos de los aspectos que se vieron en la necesidad de aprender para lograr incorporarse a la sociedad mexicana. Lo manifiesta de esta manera: “Tenían que aprenderlo todo, es decir, aprender a saludar al vecino, a dejarle el paso, a no pasar por entremedio de dos personas que están hablando, a no pasar los platos por delante de las personas en la mesa; a decir ‘por favor’ cuando pedían algo, y las correlativas fórmulas ‘permiso’ y ‘propio’” (ibíd.:39).

La adaptación del exiliado, incluía también el aprendizaje de giros y formas lingüísticas propias del lugar al que habían llegado. A pesar de que México comparte el mismo idioma con Argentina, una gran diversidad de palabras posee singularidades propias de cada sociedad. De esta manera, los exiliados tuvieron

que ir incorporando a su vocabulario una larga lista de palabras para nombrar objetos que en Argentina se decían de otra manera. Renombrar lo conocido fue para algunos un choque bastante fuerte; era el recordatorio de que tenían que empezar a ser un individuo nuevo, con nuevos referentes y casi un nuevo idioma. Tununa habla en este relato sobre cómo algunos argentinos intentaban limitar el uso de ciertos modismos propios de Argentina. Escribió lo siguiente: “A veces se obligaban a la humildad de eliminar el uso del *che* y del voseo y ahí se los tenía adocenados en cultismos del español que se les resistían y que no se amoldaban a los modos porteños de los que raramente se puede salir por ser demasiado marcados.” (ibíd.: 40).

Este proceso de adaptación llevaba, como era natural, a despertar distintas reacciones en los exiliados. Después de todo, así como el exilio es un hecho forzado, el adaptarse a un nuevo lugar formaba parte de otro ‘hecho forzado’ en la vida de muchos exiliados. A grandes rasgos, el exiliado presentaba, por lo general, dos respuestas ante la necesidad de adaptación. Una de ellas era camuflarse con la sociedad mexicana, incorporar la mayoría de los modismos y los cambios en el vocabulario y tener más bien una actitud reservada frente al resto de la sociedad. Por el otro lado, hubo quienes reforzaban las características del ser argentino creando una barrera que no les permitía aceptar ni ser aceptados dentro de la sociedad mexicana. La falta de disposición por apreciar lo diferente derivó en un difícil proceso en la yuxtaposición de ambas culturas. Con respecto a esto la escritora redactó: “Con ingenuidad, a muchos exiliados en México se les dio por pensar que seguían siendo, pese a todo, los mejores del mundo y entonces no supieron mezclarse o fundirse en la población –vecinos, colegas, o lo que fuere- y persistieron en mantener rasgos muy nacionales, gesticulaciones muy propias que solían provocar vergüenza ajena en aquellos que por miedo o timidez habían optado por hacerse lo menos evidentes posible.” (ibíd.: 36). Las diferentes posturas que tomaban los exiliados argentinos frente a la cultura mexicana, generó a su vez distintas reacciones por parte de la población de México. Se habló mucho de una cierta ‘vanidad’ de los migrantes rioplatenses, aunque también se reforzaron enormemente los lazos entre las dos naciones y el resto de América

Latina; apoyo que se veía constantemente en las peñas argentinas, en donde argentinos, mexicanos, y centroamericanos se unían apoyando una sola causa.

El sentimiento de pérdida, fue otro tema recurrente en el destierro. Todo aquello de lo que habían sido despojados al momento de abandonar Argentina fue otro de los referentes de la literatura del exilio. En palabras de Tununa Mercado: “En ese momento todo era muy... confuso. Es decir, lo primero que uno pensaba era en salvar su vida y la de su familia, lo material...no importaba. Pero volver un día y ver que ya no hay nada de lo que te había pertenecido...era muy fuerte. Nosotros por suerte logramos recuperar algunos libros.” (Bs.As, Arg; dic 2010). Es que, aunque lo primordial siempre es la vida, es en esas propiedades en donde el individuo se reafirma y se ancla a un lugar. Los muebles de una casa, los libros leídos, son objetos que le dan pertenencia al sujeto y al perderlo todo se enfrenta al hecho de reconstruir toda su vida desde el inicio una vez más. La autora lo relata, en el texto, de la siguiente manera: “...se enfrenta con la imaginación al adversario que interfiere el decurso, se cree acumular fuerza contra el enemigo mayor que ocupa también semana a semana, y en una ofensiva cada vez con una capacidad mayor de fuego, los terrenos que el exiliado ha perdido al ausentarse.” (Mercado: 2008: 37). Y más adelante, con respecto al mismo tema, escribe lo siguiente: “El apego al país que habíamos dejado condicionó la vida de todos nosotros; hubo incluso gente que no pudo sobrellevar la suma de pérdidas; que se pasaba el día pensando en su barrio...” (ibíd.: 38).

Los años de destierro obligaron a los exiliados a resignificarse como individuos. El tiempo que permanecieron lejos de su país los llevó a vivir en una sociedad que poco a poco los fue moldeando. Así, al momento de regresar a su tierra, ya no eran las mismas personas que habían salido tiempo atrás. Unos más y otros menos, pero cada uno había incorporado a su manera rasgos de la sociedad mexicana a la que habían pertenecido durante casi diez años. Tununa Mercado habla, en “El frío que no Llega”, de cómo el hecho del regreso a la Argentina representó un nuevo enfrentamiento nostálgico que buscaban disuadir incorporando decoraciones y elementos mexicanos a sus casas para evitar afrontar todos aquellos elementos identitarios que habían perdido al partir al exilio.

En el texto, el personaje narrador dice esto: "...uno se siente un poco tonto por creer que esos pequeños rituales de acomodamiento en el suelo argentino van a salvarnos del estruendo de la identidad perdida." (ibíd. : 43).

De la misma manera en la que no pudieron recuperar los rasgos que alguna vez formaron parte de su identidad, la escritora afirma que tampoco encontraron la manera de luchar contra la nostalgia que representó el abandonar costumbres que habían adquirido en México escribiendo lo siguiente: "...más cansancio me produce comprobar que con nada podremos paliar las nostalgias así como tampoco pudimos paliar las nostalgias con dulce de leche y otras fatuidades de desterrados." (ibíd.: 44).

4.3.2 Embajada

La narración en este relato se encuentra elaborada también a partir del narrador personaje, aquel que siendo el narrador de la historia, es también su protagonista, es decir la propia Tununa Mercado. La historia que aquí se cuenta, evoca la actividad que los exiliados realizaban frente a la embajada de Argentina en México. Estando a miles de kilómetros de distancia de su país, la casa ubicada en ese entonces en las Lomas, una de las zonas residenciales con mayor poder adquisitivo en México, se convirtió en la personificación del poder militar argentino en suelo mexicano. Ahí, frente al edificio que albergaba funcionarios impuestos por el régimen, los exiliados se manifestaban denunciando las torturas y las desapariciones de las que era responsable la dictadura. Tununa Mercado recordó en entrevista con respecto a este tema, lo siguiente: "Estar tan lejos de nuestro país nos producía...una especie de impotencia. Nadie iba a regresarle a las madres, que estaban ya en México, sus hijos desaparecidos y...teníamos que hacer algo. A veces ir a presentarte frente la embajada daba un cierto respiro; digamos que era algo catártico." (Bs.As, Arg: dic 2010). Esta imagen de ver manifestarse cada tanto a los argentinos que continuaban llegando a México, representaba para muchos mexicanos una imagen extraña en el folclor cotidiano de la ciudad, constituyendo uno de los primeros choques culturales con la

sociedad sudamericana. Observar a personas que fácilmente podían pertenecer a la clase alta de la población mexicana manifestarse con pancartas e insignias, era un hecho poco común. En el texto “Embajada”, la escritora, en su papel de narradora, lo describe de la siguiente manera: “el grupo era contemplado con extrañeza por los mexicanos que pasaban en sus autos, gente de clase acomodada que tenía el hábito de ver manifestaciones populares, pero que no entendía los clamores de esas personas en su mayoría blancas y rubias, casi sus semejantes, lanzando amenazas y vaticinando el final de los militares.” (Mercado: 2008: 153)⁹. De pie, frente a ese edificio que les representaba el poder militar que gobernaba a la Argentina, los exiliados, entre ellos muchas madres, simulaban el movimiento de las *Madres de Plaza de Mayo*, sacando de sus bolsas las fotografías de sus hijos desaparecidos por el régimen. Frente a ese edificio y a más de 7 mil kilómetros de distancia los desterrados pedían justicia.

En la literatura del exilio, se trató en varias ocasiones, la representación que el deseo de justicia dejaba ver en actos desarrollados desde el extranjero o simplemente a través de las palabras que los intelectuales imprimían en libros y artículos de prensa. Eran muchas las causas por las cuales se pedía a gritos que se hiciera justicia en la sociedad argentina y para Tununa Mercado uno de los hechos que más la afectó fue enterarse que uno de los generales que formaba parte del régimen se encontraba libre, caminando por las calles de su natal Córdoba, mientras su padre había fallecido sin poder despedirse de ella. En el relato, la voz del narrador lo describe de la siguiente manera: “*Por las calles de Córdoba se pasea el general Menéndez*, esta frase en el relato de alguien que regresaba de la Argentina produjo en mí una fuerte conmoción que me encegueció y ensordeció...*el general Menéndez se pasea por las calles de Córdoba, y sin guaruras*, decía todo. ¿Cómo podía pasearse el general Menéndez por las calles de Córdoba cuando *ya* se había votado y la condena a los militares corría sin

⁹ Esta observación se lleva a cabo debido a que la población mexicana que habitaba esa zona de la ciudad de México generalmente no formaba parte de las manifestaciones que, otros grupos sociales realizaban en la capital del país. De ahí que la autora haga el señalamiento del asombro que ese sector social acomodado de la población mexicana mostrara frente a los movimientos en la Embajada Argentina.

trabas por todo el país?” (ibíd.: 151)¹⁰. No se podía concebir que después de todo lo que había ocasionado la dictadura, todavía estuvieran sueltos por las calles los militares que habían formado parte del régimen. No era *justo*; no cuando ellos habían provocado la muerte y desaparición de un gran número de personas y a otras más las habían lanzado en condiciones extremas a un exilio incierto.

Esta necesidad de justicia iba de la mano con el sentimiento de pérdida que provocaba el exilio; la pérdida de familiares que se quedaban en Argentina y por causas naturales morían; la pérdida de los miles de desaparecidos que eran constantemente recordados por sus madres y compañeros; y entre muchas otras, la pérdida de toda una vida que había tenido lugar en aquel país y que de pronto les era arrebatada y los obligaba a empezar a sembrar nuevos elementos identitarios en un territorio desconocido. Así, el andar libre y despreocupado de los militares por las calles de Argentina destruía el caminar de todos los perseguidos y desaparecidos; los hacía perderse en el tiempo, como si nunca hubieran existido. La escritora reflexiona en su texto bajo las siguientes palabras: “El general Menéndez paseaba por mi ciudad y con su avance por las calles desplazaba, apartaba, por no decir eliminaba, el andar de mi padre. No había lugar para los dos andares.” (ibídem). Desplazar de las actividades cotidianas de la sociedad argentina a los militares, representaba para muchos una manera de ir *recuperando* aquellos espacios que les habían sido arrebatados. A pesar de saber que después de los años de dictadura nada sería lo mismo, se pretendía recobrar y reinstalar la memoria de todos aquellos que alguna vez habían estado ahí; caminando libremente por las calles argentinas. Por eso, al saber que uno de estos generales aún no había sido juzgado, la escritora sentía, como muchos exiliados, que la memoria de sus seres queridos era brutalmente aniquilada. En su relato “Embajada” el ‘yo-narrador’ escribe acerca de la sensación que le ocasionaba este hecho: “me provocaba descargas de adrenalina y el dolor de la gastritis emocional

¹⁰ Es importante señalar que, además del significado que la muerte de un familiar tuvo para la autora, representa también la contradicción de la justicia. El padre de Tununa Mercado fue un importante abogado penalista, por lo que la analogía que se hace sobre cómo el andar del general Menéndez libre por las calles borra el caminar de su padre, nos refiere también a cómo el régimen militar aniquilaba a su paso cualquier muestra de justicia y legalidad. Sobre la importancia que tuvo el padre de Tununa para la autora se puede consultar su novela *La Madriguera*. (ver referencia bibliográfica)

que me había producido, precisamente, la muerte de mi padre en Córdoba, dos años antes, estando yo ausente a más de diez mil kilómetros al norte.” (ibíd.:152).¹¹ La pérdida de los pilares familiares en el exilio se convirtió para muchos en ausencias eternas; en fantasmas que permanecen rondando el recuerdo.

Este tipo de circunstancias entre muchas otras, forzaron al exiliado a elaborar un proceso de duelo que les permitiera asimilar lo que sucedía. A pesar de no ser, aparentemente, un tema tan abordado por la literatura del exilio, la escritora lo subraya especialmente en este relato mediante la presentación de distintas maneras de procesar y enfrentar las pérdidas. En entrevista, Tununa Mercado lo explica con las siguientes palabras: “era muy complicado vivir tantas cosas estando fuera de nuestro país, es decir que...teníamos que encontrar alguna manera de digerirlo y de que no se nos quedara todo eso dentro haciéndonos un nudo constante en la garganta.” (Bs.As, Arg: dic 2010). A través de hechos catárticos se buscaba la manera de seguir adelante con las pérdidas que se sumaban día con día. Con respecto a esto, en su relato la narradora escribe el siguiente párrafo: “Había algunas maneras de descargar el odio y la insatisfacción cuando imágenes como las descritas nos asediaban. Una de ellas era ir a la embajada argentina, entonces en el Paseo de la Reforma, en su tramo de Lomas, desplegar mantas con inscripciones contra los militares y, desde allí, parados en el área central o camellón del boulevard, gritar insultos o hacer ademanes hostiles.” (Mercado: 2008: 152).

Como siempre, había distintas maneras de canalizar un mismo hecho. Algunos atacaban desde las afueras de la embajada intentando hacer escuchar sus gritos, a miles de kilómetros de distancia de su patria, hasta las calles que se encontraban bajo el mando de la dictadura; otros eran absorbidos por las hojas y las palabras, desde donde plasmando sus ideas y denuncias intentaban dar a conocer al resto del mundo lo que verdaderamente sucedía en el país sudamericano. Sea cual fuera la manera de manifestarse todos buscaban

¹¹ Esta memoria del general Menéndez es retomada por la autora en el relato “Los Paseos del General” que forma parte de su libro *Narrar después*.

encontrar en sus actos un poco de consuelo. En “Embajada”, Tununa, haciendo uso de su papel como personaje-narrador, comenta: “Los actos ante la embajada eran obviamente catárticos...esa descarga y la ilusión de que arremetíamos contra la dictadura fueron un ritual político que compensó la falta, por ausencia, de una práctica política efectiva.” (ibíd.: 154).

Las actividades de denuncia, formaron una parte sustantiva en las agendas de los contingentes de exiliados que pisaban suelo mexicano. El trabajo que hicieron los exiliados desde fuera, a través de testimonios y publicaciones, permitió que la prensa internacional esclareciera una gran cantidad de hechos que pasaban desapercibidos cuando se referían al país sudamericano.

Entre la necesidad de realizar actos catárticos que les permitieran seguir adelante sobrellevando sus pérdidas y el interés por denunciar lo que sucedía, en la embajada argentina en México los exiliados, entre ellos muchas madres, llevaron a cabo distintas representaciones que daban la vuelta al mundo a través de los medios que difundían dichos eventos. Con respecto a la presencia de los familiares de personas desaparecidas frente a la embajada, en el relato de Tununa Mercado se describe uno de estos acontecimientos de la siguiente manera: “Laura Bonaparte, llevaba sendos carteles por sus hijos, yernos, hijas y nueras desaparecidos y por su marido muerto en la tortura, y eran tantos sus muertos que tenía que sostenerlos por turno de a uno o distribuir sus retratos entre seis personas, hasta que optó por poner una sola gran pancarta con el nombre de toda su familia exterminada.” (ibíd.: 153-154). De esta manera, así como las *Madres de Plaza de Mayo* ya circulaban todos los jueves enfrente de la Casa Rosada, en el centro de la ciudad de Buenos Aires exigiendo la aparición con vida de sus hijos desaparecidos, Laura Bonaparte y Clara Gertel, mencionadas en el libro de la autora, y otras madres, se movilizaban desde el extranjero pidiendo justicia por los familiares que la dictadura había exterminado. Estos hechos circulaban en la prensa y hacían llegar estas imágenes a muchos países del resto de América Latina y Europa. Para ejemplificar algunos de los acontecimientos que se realizaban frente a la embajada argentina en México, en el relato se describe el siguiente episodio a través del cual se da una clara idea de la dinámica que se

llevaban a cabo en México con respecto a los actos de denuncia. Al respecto se señala: “Estas madres protagonizaron uno de los hechos políticos en los años finales del régimen militar: se encadenaron a unas columnas de la sede consular argentina, en un acto límite de protesta, justo el día de las elecciones, cuando tuvimos que ir para hacer sellar nuestros pasaportes, en una suerte de súbita, ridícula legalidad formal.” (ibíd.: 154). No podían permitir que la historia siguiera caminando sin la presencia de sus hijos, y había que manifestarlo de alguna manera. Las acciones de protesta resultaron ser, en ocasiones, las medidas más inmediatas e impactantes que las madres exiliadas encontraron en ese abismo que representó vivir un destierro acompañadas siempre por el fantasma de la eterna pérdida de sus hijos.

Entre estos actos de denuncia y protesta, el exilio enfrentaba a los desterrados con el hecho de saber que a su regreso a Argentina se encontrarían con un país que ya no era el mismo y con una sociedad mermada como consecuencia de las políticas ejecutadas por la dictadura. Una de las pérdidas que, una vez más, experimentarían a su regreso sería precisamente el enfrentarse con las ausencias. En entrevista la escritora comentó: “Fue muy difícil volver y no encontrar a toda esa gente que formaba parte de nuestras vidas... ¡que formaba parte de nosotros! A veces pienso que yo, sin darme cuenta, las buscaba mientras caminaba por las calles.” (Bs.As, Arg: dic 2010). Esto aparece tematizado en “Embajada”, pues la narradora, recuerda el fallecimiento de su padre en contraposición con la libertad del general del ejército y describe cómo la presencia de uno y la ausencia de otro modificaban el recuerdo de su patria: “era una síntesis de la Argentina y no sólo de la Argentina del terror que creíamos terminada, sino de una Argentina actual y permanente. La imagen contrastante que la frase convocaba empezó a perseguirme: una escena que se borra, que borró la muerte: mi padre por las calles de Córdoba...” (Mercado: 2008: 152). Con estas ausencias, muchos exiliados fueron regresando poco a poco a la Argentina y entre las dificultades a las que se enfrentaban a su retorno, la más relevante fue comenzar a recorrer y llenar con su presencia esos espacios de los que habían sido expulsados. Como

afirma la escritora, “no queda otra intención que ocupar el sitio reconquistado.” (ibíd.: 155).

4.3.3 Casas

Desarraigo, provisoriedad y pérdida son, como se ha podido apreciar a lo largo de esta investigación, algunos de los temas más importantes de la literatura del exilio, los cuales Tununa Mercado retrata en este texto. A través de las reflexiones que la autora realiza y haciendo uso, nuevamente, del narrador-personaje, nos introduce en la paradoja que representaba haber sobrevivido a la dictadura mediante su salida al exilio y, sin embargo, no poder asentarse y pertenecer al sitio de acogida. “Casas” es un texto a través del cual podemos observar el proceso de adaptación por parte de los exiliados a una sociedad completamente nueva y también la reinserción de los mismos a una Argentina transformada por siete años de dictadura militar; la búsqueda de hogar en cada uno de los lugares y la falta de pertenencia con respecto a los dos sitios: el propio país y el de acogida.

Apropiarse de espacios, lugares y objetos fue un proceso complicado para la mayoría de los desterrados; más aún cuando resultaba difícil aceptar la idea de un exilio largo y pretendían volver a Argentina en poco tiempo. La incertidumbre de vivir en un tiempo fortuito era un obstáculo para que muchos lograran radicarse en una sociedad de adopción. De alguna manera con la aceptación al arraigo eliminaban cualquier posibilidad de un retorno cercano. En entrevista para esta investigación la autora comentó: “En ese momento era complicado...pensar claramente. Nosotros sabíamos que estábamos viviendo un exilio, pero siempre tenés la esperanza de volver. No sabés cuánto va a durar y me parece que eso nos impedía pensar en quedarnos en cualquier país fuera de la Argentina.” (Bs.As, Arg: dic 2010). México, en el caso de la escritora, representó ese reto de comenzar a plantar cimientos en un país en el que no sabía por cuánto tiempo iba a permanecer, pero que, sin embargo, cada día tenía más claro que sería por mucho más de lo que hubiera previsto. Con respecto al desafío de establecerse en México, la narradora de “Casas” dice: “No aparecía en mí la voluntad de hacerme

de una casa o, mejor dicho, de hacer mía la casa que ocupaba. Este deseo obliterado causaba la sensación de vivir, desde siempre, en una provisoriedad total, sin arraigo a los sitios, sin fijación en los objetos, desposeída de esa lógica de la apropiación común a los humanos por razones que no lograba entender.” (Mercado: 2008: 143). Esta incapacidad de apropiarse del lugar, no era más que la representación de la negación a aceptar un exilio indefinido que ya exigía establecer las bases de una vida lejos de la patria de la cual se había partido.

Como mencionamos cuando se habló sobre el texto “Embajada”, la pérdida de objetos materiales también constituía una especie de amputación simbólica para el exiliado; no por el desprendimiento de objetos materiales, sino debido a que en esos objetos se proyectaba el esfuerzo de la construcción de toda una vida en su país de origen. La desposesión de éstos derivaba en un sentimiento de abandono y extravío, mismo que imposibilitaba el apropiarse de nuevas pertenencias en el lugar al que se había llegado. No se tenía nada en Argentina, pero tampoco se podía tener algo en México. Era como si se convirtieran en naufragos eternos. En el texto el personaje-narrador reflexiona sobre este dilema: “Una vez me arrebató el sueño y la vigilia una angustia bien precisa que se delimitaba –como casi siempre – en una frase. Esta frase era, en la circunstancia: *Nada de lo que me rodea me pertenece.*” (ibíd.: 144). Era como si al carecer de pertenencias en México estuviera más cercana la vuelta a Argentina. Al sentir que nada le pertenecía ubicaba todos sus valores en el país del sur de América y de esta manera, la partida de México no sería tan dolorosa porque no habría nada que dejar. Se percibe, un cierto rechazo al exilio y por lo tanto al establecimiento en otro sitio y a la adquisición de objetos que sean fuente de un arraigo. En “Casas” podemos ver ilustrado esto a través de las líneas que la voz narrativa plasma: “No podía desprenderme de la angustia y por más que tocara los objetos diciendo en voz alta *esto es mío* y ejercitara el sentido de la posesión, nada sucedía.” (ibídem). El desarraigo y una familiaridad tenue con todo lo que los rodeaba, derivaba en algunas ocasiones, en la evocación de la infancia como aquella patria que habían dejado atrás, que formaba parte de un pasado que los había lanzado al exilio que constituía su presente. Tununa Mercado experimentó en alguna oportunidad este

anhelo de recuperar esa infancia perdida. En el texto que analizamos, habla constantemente sobre las casas que recorrió en su exilio en México, las residencias que veía en sus sueños y la casa que más tarde ocuparía a su regreso a Argentina después de sus años de destierro. Con relación a su infancia, la autora comparte en su texto, con la voz narradora, la siguiente experiencia: “la casa de mi infancia en Córdoba aparecía en mis sueños, perforada de roperos sin salida en los que era atrapada en medio de las fricciones de la seda, el algodón o la lana.” (Mercado: 2008: 145). Los recuerdos de la patria y la infancia fueron un tema recurrente en las mesas y pláticas de los grupos de exiliados que llegaban a México durante los años de dictadura.

Esta ensoñación aderezada de melancolía y nostalgia convertía el deseo del regreso en algo permanente. El sentimiento de provisoriedad representaba la espera del regreso. Conversando con la escritora comentó: “cuando no personalizas un lugar es como si inconscientemente ya quisieras salir de ahí porque en realidad no te importa qué dejas o qué te llevas. Pasaba eso en el exilio también...el no habitar realmente un lugar no era otra cosa más que estar pensando en volver.” (Bs.As, Arg: dic 2010). Probablemente el primer período del exilio para Tununa Mercado fue una ilusión de una estancia temporal a través de la cual rechazando la apropiación de objetos que la hicieran asentarse a México sentía que podía volver más rápido a Argentina. En su texto tiene la siguiente frase: “siempre tenía ese sentimiento de que nada me pertenecía y de que todo era provisorio.” (Mercado: 2008: 144).

Para muchos el exilio representó desde el inicio la posibilidad de salvar la vida. Sin embargo, vivir en el destierro también fue en ocasiones una especie de prisión simbólica. En entrevista Tununa Mercado comentó que: “en cierta forma el exilio nos permitió sobrevivir...cosa que no todos lograron. Pero aún así había días difíciles...era como estar preso en libertad.” (Bs.As, Arg: dic 2010). En el texto “Casas”, la autora comparte esta experiencia a través de la narración de uno de los sueños que tuvo con una de las tantas casas que se le aparecían en la mente durante su estancia en México. Narra lo siguiente: “Soñé que en la cocina de esa casa había una gran jaula colgando del techo en la que revoloteaban unos

pájaros; la jaula no tenía piso, pero los pájaros chocaban contra los barrotes y no atinaban a huir, condenados a su prisión.” (Mercado: 2008: 145). Con la posibilidad frente a ellos de ser libres, los pájaros no veían más allá de su encierro. ¿Los había condenado el exilio a una prisión perpetua? Quizás en parte a eso se debía su dificultad al retorno y la resistencia al arraigo.

Después de vivir su estancia en México de la mejor manera posible, enfrentar el regreso a Argentina era revivir una vez más la sensación de provisoriedad que muchos sintieron durante la etapa inicial del exilio. Había que buscar una vez más un lugar para habitar y objetos para poseer. Este retorno, también enfrentaba al exiliado una vez más, con sus pérdidas. Sobre este aspecto del reencuentro Mercado, dándole voz a su personaje-narrador escribió: “Después la cuestión fue pensar en la casa del regreso, la que habríamos de ocupar en la Argentina. Entonces apenas se hizo evidente, después de trece años, que en 1974 habíamos perdido nuestra casa en Buenos Aires, que esa casa llevaba a evocar, además, todas las casas anteriores que habíamos abandonado, y la transhumancia y el despojo aparecieron entonces por primera vez en toda su magnitud, como datos de la realidad hasta ese momento ignorados.” (ibíd.: 146).

El retorno a ocupar el espacio abandonado significaba dar la cara al hecho de ser extranjero una vez más, un individuo que mientras más buscaba, más se descubría como un sujeto sin posesiones que tenía que empezar a repetirse a él mismo lo que en el exilio se repitió para arraigarse a un sitio: *esto me pertenece*. Sobre este momento Tununa narró lo siguiente: “No quedaba ningún mueble; no se había podido localizar a la distancia ninguna cobija, ni sábana, ni espejo, ni alfombra, ni cuchillo, y sólo se sabía que una docena de baúles guardaban nuestros libros y papeles.” (ibídem). Como si fueran personas sin un pasado; sin recuerdos, muchos exiliados forjaron una vez más una vida en una patria que sentían desconocer, una tierra que los había formado en su infancia, los había expulsado y los había llenado de memorias; pero que esta vez se presentaba ante ellos con el reto de iniciar ahí, dentro de casas desconocidas, un nuevo proyecto.

Conclusión

Concluir resulta, en ocasiones, más difícil que iniciar. La clausura se acompaña por una extraña mezcla de sentimientos. Es como si la nostalgia y la melancolía que custodiaron al exilio se apoderaran también del cierre de una etapa de larguísimas lecturas, aprendizajes, densas reflexiones y de un profundo análisis.

Estudiar temas sujetos a la experiencia humana, la memoria y sus manifestaciones a través de expresiones culturales como es el caso de la literatura, nos enfrenta con la dificultad de interpretar la subjetividad, condensar los recuerdos y volverlos objetivos; y hacer de cada vivencia personal un elemento clave para la reconstrucción de un determinado momento histórico.

De alguna manera, el cierre de esta investigación se convierte a su vez, en la antesala para abordar un trabajo exploratorio hacia otros espacios del comportamiento humano, porque todavía hay un vasto territorio sobre el cual reflexionar cuando se analiza el exilio y su reinterpretación a través de la narrativa.

El origen de esta tesis nace, entre muchas otras interrogantes e inquietudes, bajo la pregunta de si la literatura, aludiendo en este caso al relato corto, es capaz de recrear los aspectos sustantivos de una realidad determinada. El análisis realizado a lo largo de esta investigación nos permite decir que sí lo hace. Los seis textos que se trabajaron para este estudio son representaciones y reflexiones individuales sobre recuerdos y experiencias que conforman la memoria de un sujeto, la cual, a su vez, se nutre de una memoria colectiva perteneciente a la sociedad de la cual proviene quien lleva a cabo el acto de reflexionar. La construcción literaria que se observa en todos los relatos es la interpretación de la realidad de cada uno de ellos, y a su vez, se convierte en un fragmento de la composición de un momento particular de la historia de América Latina. Los cuentos y relatos analizados en este trabajo, muestran al lector la intensidad y el poder de un instante a través de textos breves pero sugerentes. Es posible que en este punto se pueda decir que, así como las memorias particulares nacen de una memoria colectiva, también la construcción de la memoria de una sociedad se hace a base de memorias y experiencias individuales, manteniendo un flujo

constante entre una y otra esfera de la conciencia social. Me atrevería a afirmar que la brevedad del relato es, para la literatura, la memoria particular; mientras que, la elaboración de una novela –por ejemplo- es la memoria colectiva. A través de los seis textos elegidos hemos podido apreciar el alcance que puede tener un instante; el estruendo que provoca la recreación de un momento específico en la vida de los protagonistas y el impacto que causa en el lector. Las representaciones que tanto Mempo Giardinelli como Tununa Mercado realizan a través de su escritura, constituyen un segmento importante del testimonio de una época sustancial en la historia de la Argentina y de América Latina.

En el camino que recorren estas reinterpretaciones, surgen importantes aspectos a destacar. El sustento teórico del exilio, el exiliado y todo lo que lo rodea está - de acuerdo a los autores consultados para desarrollar esta investigación- íntimamente ligado a un concepto de patria, noción que remite, casi invariablemente, a la infancia. Se afirma que el desterrado, sea cual fuere el lugar donde se encuentre, siempre escribirá desde su infancia. Por lo mismo, se siente maniatado para *recrear* una nueva patria y vivirá atado a la nostalgia de los primeros años que le fueron arrebatados. Se trata de una interpretación fuertemente ligada al psicoanálisis y a su concepción del proceso de construcción de la personalidad. Desde este enfoque, a partir del cual se argumenta que el periodo de la infancia de un individuo es crucial para la formación de la psique, surgen algunas interrogantes acerca de la literatura del exilio. ¿Es un constante viaje al pasado de cada protagonista, una forma de exorcizar el destierro o constituye un medio de denuncia que nace de las interpretaciones de experiencias traumáticas vividas recientemente?

El ejercicio de memoria que se puede apreciar en cada uno de los relatos que forman parte de la literatura del exilio es innegable. Es verdad que existe un constante regreso a los orígenes. Sin embargo, tampoco podemos hacer a un lado la tarea de denuncia que se realizó a través de textos como estos. Giardinelli y Mercado supieron hacer de su literatura un espacio de protesta mediante los cuales han plasmado sus recuerdos, experiencias y reinterpretaciones para dar a

conocer, a su vez, la realidad de un determinado momento histórico. Si recurren a su origen al escribir, también regresan al presente para denunciar.

Si se procura encontrar un punto medio entre ambas posturas es posible sostener que si el exiliado pierde su infancia, la literatura se transforma en su nueva patria. Es el lugar a partir del cual se 'recrea' una *nueva infancia* ya que desde ese espacio puede viajar al territorio de origen, pero no es la pura evocación y la nostalgia por sus primeros años, también es el soporte a partir del cual logra denunciar el presente. De esta manera, un escritor siempre escribirá desde su patria, una patria atemporal pero, paradójicamente, actual.

El papel del intelectual, entendido como aquel individuo capacitado con la facultad de representar y difundir ante el público una determinada visión del mundo - que los autores estudiados en este trabajo han sabido ejecutar frente al acto traumático de la represión y el exilio y su reinterpretación narrativa - es una muestra clara de esta especie de juego de ir y venir entre el pasado y el presente. Dicho de otro modo, es la representación del viaje que realiza el intelectual entre la patria y la denuncia, tarea que ha sido de vital importancia para los organismos de derechos humanos que reconstruyen la historia a partir de aquello que se manifiesta como información sobre hechos y situaciones específicas.

El regreso a la Argentina confrontó a los exiliados con una nueva lucha: recuperar el espacio perdido, temática que también ha sido tratada en la literatura del exilio y específicamente en los cuentos y relatos de los autores con quienes se trabajó en esta investigación. Tanto en el relato como en la entrevista y el diálogo, ambos escritores sugieren la imposibilidad de *recuperar el tiempo* que pasaron fuera de su país. La vida en Argentina transcurrió con ellos a la distancia y con el tiempo se transformaron los referentes políticos y se perdió la presencia física de compañeros de militancia, colegas y familiares. Esa es una afirmación constante que no parece ofrecer variables y que, además, es difícil de refutar pensando en el lógico transcurrir del tiempo. Sin embargo, la *recuperación del espacio* constituye un tema con más laberintos para indagar.

En el ámbito narrativo, del cual forman parte los relatos analizados, pareciera que la recuperación del espacio es algo improbable debido a que con el tiempo ese

paisaje también se modificó. Como si el lugar de origen se hubiese convertido en un sitio rodeado por un halo de constante melancolía alimentado por la memoria del territorio que se abandonó años atrás. A pesar de ello, y a diferencia de las reflexiones correspondientes al *tiempo*, en el discurso hablado de Mercado y Giardinelli se puede apreciar una actitud afirmativa acerca de la posibilidad de recuperar el *espacio*. Habría que analizar quizá, y esto abre la brecha para nuevas investigaciones, en qué consiste el *retorno*. Es verdad que no todos los que se exiliaron y volvieron a la Argentina han logrado apropiarse de nuevo del quehacer cotidiano y de la vida en las calles, los parques y las cafeterías. Sin embargo, se sabe que esto no es un comportamiento generalizado, y que, por lo tanto, existe la posibilidad de rescatar el lugar que alguna vez se perdió. ¿Cuál es el proceso para recuperar lo perdido? ¿Existe entonces el retorno? Lo que podríamos denominar como la *teoría del exilio* y su retrato en la literatura no se muestra muy alentadora, ya que es determinante en las afirmaciones sobre la imposibilidad de regresar y convierte al exiliado en una especie de ser errante sin oportunidad de elaborar un sentido de pertenencia e identidad o de reubicarse en una nueva sociedad. Quizás debiéramos empezar a trabajar más a fondo con nuevos testimonios sobre el exilio. Después de todo, es posible que el paso del tiempo sea, para algunos, un buen aliado y un elemento conciliador con respecto a algunas facetas de un pasado adverso. La proximidad entre el discurso hablado en la actualidad y la narrativa escrita hace algunos años, podría empezar a establecer una relación menos apasionada y una cierta distancia que permita hacer más objetivas las reflexiones hechas anteriormente.

Aun así, y más allá de las teorías e interpretaciones que se desprendan de este hecho, siempre habrá una constante: *la subjetividad*. Estudiar cualquier aspecto vinculado a las actividades culturales del ser humano, su memoria, sus experiencias y descubrir la naturaleza de las mismas, inevitablemente estará suspendido del hilo de la subjetividad. Y cuando se trata del comportamiento humano es arriesgado hacer afirmaciones con vocación demasiado universal. Pero siempre llegarán respuestas como algunas de las que se han podido vislumbrar en esta investigación, las mismas que, a su vez, ya han generado un

laberinto de nuevas preguntas e interrogantes para el futuro. Un desafío tentador para lo que puede ser la segunda etapa de este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

-ALTAMIRANO, Carlos; SARLO, Beatriz (1980). **Conceptos de sociología literaria**. Centro Editor de América Latina, Argentina.

-AMERY, Jean (2001) “¿Cuánta patria necesita un ser humano?” en **Más allá de la culpa y la expiación**, Editorial Pre-textos, España.

-ARAUJO, Nara; DELGADO, Teresa (compiladoras) (2003). **Textos de teorías y crítica literarias. Del formalismo a los estudios poscoloniales**. UNAM, México.

-BERISTÁIN, Helena (1985). **Diccionario de Retórica y Poética**. Editorial Porrúa, México.

-BERNETTI, Jorge Luis; GIARDINELLI Mempo (2003). **México: el exilio que hemos vivido**. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

-BOCCANERA, Jorge (1999). **Tierra que anda. Los escritores en el exilio**. Editorial Ameghino, Argentina.

-BOURDIEU, Pierre (1990). “Campo intelectual y proyecto creador”, en Jean Pouillon y otros, **Problemas del estructuralismo**, Siglo XXI, México.

-BOURDIEU, Pierre (1984). **Sociología y cultura**. Editorial Grijalbo, México.

-CALVEIRO, Pilar. (1998). **Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina**. Ediciones Colihue, Buenos Aires, Argentina.

-CALVEIRO, Pilar (2005). **Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70**. Grupo Editorial Norma, Argentina.

-CANELO, Paula. (2008). **El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone**. Prometeo libros, Buenos Aires, Argentina.

-CANITROT, Adolfo (1978). **La viabilidad económica de la democracia: un análisis de la experiencia peronista 1973-1976**, *Estudios Sociales*, Buenos Aires, núm 11, mayo 1978.

- CARSENIO, N; ORIETA, J; LEVENSON, G; MENDEZ, C. (1988). **Informe sobre la actividad desarrollada por la Oficina de Solidaridad para Exiliados argentinos y evaluación sobre su reinserción en el país entre el 01/07/83 y el 30/06/88**. Buenos Aires. OSEA.

-CASULLO, Nicolás (director) (2006). **Pensamiento de los confines número 19**. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

-CATELA, Ludmila, *“Pasados en conflictos. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas”*, en E. BOHOSLAVSKY, M. FRANCO, M.IGLESIAS y D.LVOVICH (eds.) **Problemas de Historia reciente del Cono Sur**, UNGS-UNSAM, en prensa, Buenos Aires, Argentina.

-CATELLI, Nora (2007). **En la era de la intimidad seguido de: El espacio autobiográfico**. Beatriz Viterbo Editora, Argentina.

-COHEN, Esther (editora) (2005). *“Atisbo a la emergencia de la sociocrítica”* por Negrín Edith en **Aproximaciones Lecturas del Texto**. UNAM, México.

-CORBATTA, Jorgelina (2002). **Feminismo y escritura fantástica en Latinoamérica**. Editorial Corregidor, Argentina.

-DE DIEGO, José Luis (2003). **¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)**. Ediciones Al Margen, La Plata, Argentina.

-DIAZ E, Ramón; MUÑOZ V, Diego (2003). **Cuentos en dictadura**. Editorial Lom, Chile.

-DUTRÉNIT, Bielous Sivia (2008). **Tiempos de exilio**. CEALCI e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.

-FILC, Judith (2004). “Desafiliación, extranjería y relato biográfico”, en Ana Amado y Nora Domínguez (coords) **Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones**.

-FRANCO, M. m.i. **Exilio y otredad: la construcción del enemigo bajo el terrorismo de Estado**.

-GADAMER, Hans-Georg (1993). “Hilde Domin, poetisa del regreso” en **Poema y diálogo**, Editorial Gedisa, España.

-GARCÍA Canclini, Néstor (1989). **Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad**. Editorial Grijalbo, México.

-GIARDINELLI, Mempo (1993). **El Castigo de Dios**. Editorial Norma, Argentina.

-GIARDINELLI, Mempo (1993). “El oficio de escritor en la sociedad contemporánea” en *Simpson 7, Revista de la sociedad de escritores de Chile. Volumen 3, primer semestre*, Chile.

-GIARDINELLI, Mempo (1982). **Vidas ejemplares**. Editorial Norma, Argentina.

-GIARDINELLI, Mempo (2011). **Vidas ejemplares y otros cuentos**. Editorial La Página S.A, Argentina.

-GELMAN, Juan; BAYER, Osvaldo (2006). **Exilio**. Editorial Planeta, Argentina.

-GILMAN, Claudia (2003). **Entre la Pluma y el Fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina**. Siglo veintiuno editores, Argentina S.A, Argentina.

-GONZÁLEZ Gómez, Claudia; SÁNCHEZ Díaz, Gerardo (coordinadores) (2008). **Exilios en México siglo XX**. Instituto de Investigaciones históricas; Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

-JELIN, Elizabeth (2002). **Los trabajos de la memoria**. Siglo veintiuno editores, Madrid, España.

-JENSEN, Silvina (1998). **La huida del horror no fue olvido. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)**. Editorial J.M. Bosch-COSOFAM, Barcelona, España.

-KOHUT, Karl; PAGNI, Andrea (compiladores) (1993). **Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia**. Editorial Vervuert, Alemania.

-LEÓN, Margarita (2004). **La Memoria del Tiempo**. Ediciones Coyoacán, UNAM. México.

-LORENZANO, Sandra (2001). **Escrituras de sobrevivencia**. Universidad Autónoma Metropolitana, México.

-LORENZANO, Sandra (2002). "Testimonios de la memoria. Sobre exilio y literatura argentina." En YANKELEVICH, Pablo. **México, tierra de exilios**. Ed. Plaza y Valdés, México.

-LVOVICH, Daniel; BISQUERT, Jaquelina (2008). **La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática**. Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.

-MIRAUX, Jean-Philippe (2005). **La autobiografía. Las escrituras del yo**. Ediciones Nueva Visión, Argentina.

-MERCADO, Tununa (2008). **En estado de memoria**. Biblioteca Breve, Argentina.

-MERCADO, Tununa (1996). **La Madriguera**. Tusquets Editores, Argentina.

-MERCADO, Tununa (2003). **Narrar después**. Beatriz Viterbo Editora, Argentina.

-NARVAJA de Arnoux, Elvira (2006). **Análisis del discurso**. Santiago Arcos Editor, Argentina.

-PIGLIA, Ricardo (2000). **Formas Breves**. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

-PORTELLI, Alessandro (2003). "Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista", en Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria (comps), **Monumentos, memoriales y marcas territoriales**. Siglo veintiuno editores, Madrid, España.

-PUERTAS MOYA, Francisco Ernesto (2004). **Aproximación semiótica a los rasgos generales de la escritura autobiográfica**. Universidad de la Rioja, España.

- PUJOL, Sergio (2005). **Rock y dictadura**. Emecé Editores, Argentina.
- ROMERO, Luis Alberto (1994). **Breve historia contemporánea de Argentina**. 2ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- ROSA, José María (1977). **Historia Argentina**. Editorial Oriente S.A, Buenos Aires, Argentina.
- SAER, Juan José (2004). **El concepto de ficción**. Ed. Seix Barral, Buenos Aires, Argentina.
- SAID, Edward (1996). **Representaciones del intelectual**. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, España.
- SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo (1970). **Estética y marxismo Tomo I**. Ediciones Era, México.
- SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo (1970). **Estética y marxismo Tomo II**. Ediciones Era, México.
- SARLO, Beatriz (2007). **Escritos sobre literatura argentina**. Siglo veintiuno editores, Argentina.
- SARLO, Beatriz (2001). **Tiempo Presente. Notas sobre el cambio de una cultura**. Siglo veintiuno Editores, Buenos Aires, Argentina.
- SIGAL, Silvia (2002). **Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta**. Siglo Veintiuno Editores, Argentina.
- SONDERÉGUER, María (selección de textos) (2008). **Revista Crisis (1973-1976) Antología**. Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Argentina.

-SKIDMORE, Thomas E; SMITH, Peter H. (1995) **Argentina: prosperidad, estancamiento y cambio**, en Carlos M. Vila, (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Conaculta, México.

-STEINSLEGER, José, “**El primer exilio argentino en México (1974-76)**” en La Jornada, México 16/03/2011.

-TERÁN, Oscar (2006). **De utopías, catástrofes y esperanzas**. Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, Argentina.

-TERÁN, Oscar (coordinador) (2008). **Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano**. Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, Argentina.

-TRAVERSO, Enzo (2007). “Historia y memoria. Notas sobre un debate” en Franco, Marina y Levín, Florencia (eds). **Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción**. Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina.

-VERANI, Hugo. J; ZUBIETA, Ana María (2000). **Norte y Sur: la Narrativa Rioplatense desde México**. Editora Rose Corral. México, D.F.

-VEZZETTI, Hugo (2002). **Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina**. Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, Argentina.

-VIÑAR, Marcelo (1995). “*La Memoria y el porvenir. El impacto del terror político en la mente y la memoria colectiva*”, en RICO, Álvaro (comp) **Uruguay: cuentas pendientes. Dictadura, memorias y desmemorias**. Editorial Trilce, Montevideo.

-YANKELEVICH, Pablo (2002). **México, tierra de exilios**. Ed. Plaza y Valdés, México.

-YANKELEVICH, Pablo (compilador) (2004). **Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino**. Ediciones al Margen, La Plata, Argentina.

-YANKELEVICH, Pablo; JENSEN, Silvina (compiladores) (2007). **Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar**. Libros del Zorzal. Buenos Aires, Argentina.

Páginas de internet

<http://cosario-de-mempo.blogspot.com/p/acerca-de-el-laberinto-y-el-hilo.html>

<http://mail.udgvirtual.udg.mx/biblioteca/bitstream/20050101/713/1/La+sociolog%c3%ada+de+la+cultura+de+Pierre+Bourdieu++Canclini.htm>

http://letrasuruguay.espaciolatino.com/aaa/iriart_viviana_marcela/julio_cortazar_y_latinoamerica.htm

<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/cortaz2.htm>

http://www1.tau.ac.il/eial/index2.php?option=com_conten&do_pdf=1&id=283

<http://www.literatura.org/Saer/jsTexto6.html>

<http://www.pagina12.com.ar/imprimir/diario/suplementos/libros/10-3787-2010-04-12.html>

Documentales

-**Es Más Vida**. Carrera de Cine Documental, Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo.

-**Juan Gelman y otras cuestiones** (2006), Producción Jorge Denti. Teveunam/TV AL Producciones, México.

-**30 Años de vida venciendo a la muerte**. Asociación Madres de Plaza de Mayo